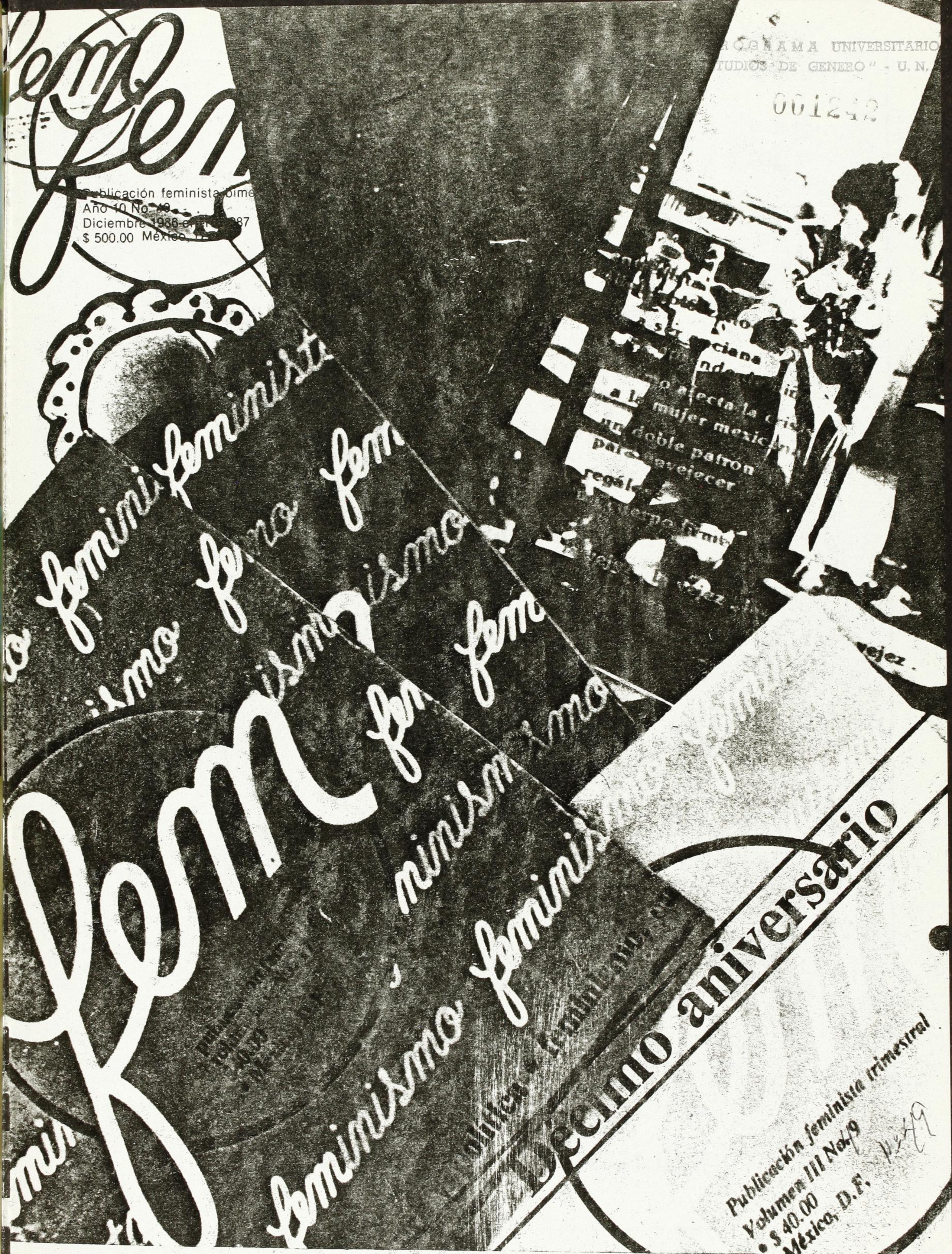
PROGRAMA UNIVERSITARIO
ESTUDIOS DE GENERO" - U. N.
061242

Publicación feminista trimestral
Año 10 No. 49
Diciembre 1986 - Marzo 1987
$ 500.00 México, D.F.

Fem

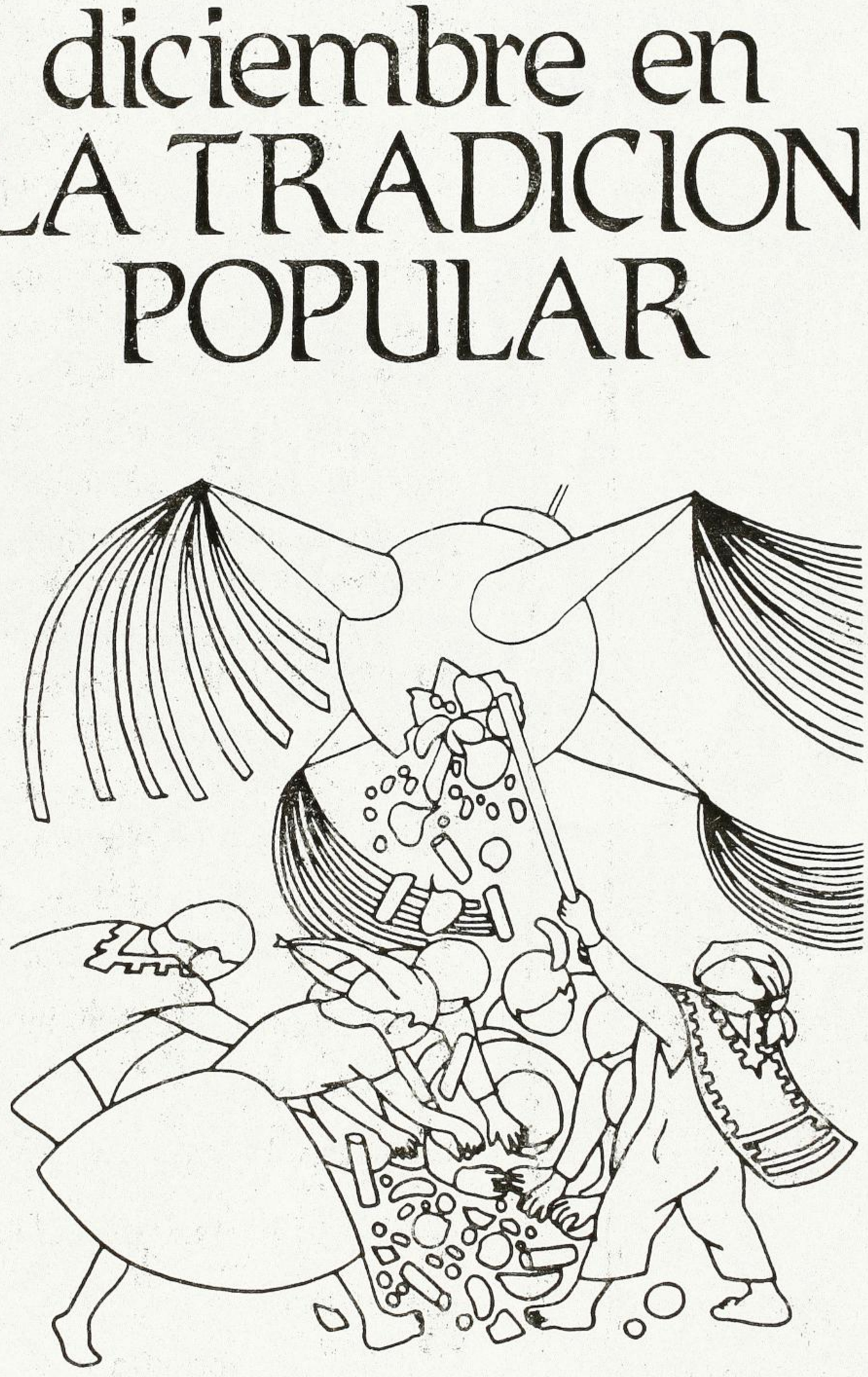

feminismo
feminismo
feminismo

sep

DDF

Vive y comparte tus tradiciones

diciembre en LA TRADICION POPULAR



Concursos · Exposiciones · Pastorelas

Publicación feminista bimestral
Año 10 No. 49
Diciembre 1986-enero 1987

Alaíde Foppa, siempre entre nosotras

Dirección colectiva
• Flora Botton Beja
• Anilú Elías
• Berta Hiriart
• Marta Lamas
• Tununa Mercado
• Patricia Morales
• Rosamaría Roffiel
• Elena Urrutia

Editora: Elena Urrutia

Coordinó este número:
Elena Urrutia

Consejo Editorial
• Lourdes Arizpe • Mariclare Acosta • Carmen Lugo • Adriana O. Ortega • Elena Poniatowska

Administración:
Margarita Hurtado
Enriqueta Gutiérrez

Diseño:
Ana María Monroy

Corrección: Aida López R.
Formación: Antonio Vera, Jorge Jacobo y Rufino Cortez

Editada por
Difusión Cultural Feminista, A.C.

$500.00

Los artículos firmados son responsabilidad del autor, no se devuelven originales. Se agradecería la reproducción parcial o total de lo publicado en nuestra revista señalándose la fuente Oficina fem. Difusión Cultural Feminista, A.C., Av. Universidad 1855, 4o. piso, Col. Oxtopulco. C.P. 04310. México D.F., Deleg. Coyoacán, teléfono 550-73-06. Certificado de Licitud de Título No. 1954 y Certificado de Licitud de Contenido No. 1203, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación, el 25 de mayo de 1983. Certificado de Reserva No. 129-83 para el uso exclusivo del Autor de la Secretaría de Educación Publica el 7 de junio de 1983. Correspondencia de segunda clase. Registro DGC. Núm. 0170385, características 229451212.

Precio de suscripción por 6 números en la República Mexicana $3,000.00

ISSN 01854666

Otros países: Centroamérica, Sudamérica y Estados Unidos: 5 dlls. el ejemplar y 30 dlls. la suscripción por 6 números. Europa 6 dlls. el ejemplar y 36 dlls. la suscripción. Japón y Australia: 7 dlls. ejemplar y 42 dlls. la suscripción, agradeceremos no enviar cheque personal sino orden de pago. Impreso en México por TIDI. SA, Durango 338, Col. Condesa, México, D.F.

INDICE

Editorial 2

Democracia para un pequeño planeta bigenérico Lourdes Arizpe 3

Mi Corazón Diamante Sabina Berman 7

Una publicación feminista Elena Urrutia 9

Nuestra tarea Patricia Morales 12

De la construcción de la "Sensibilidad femenina" Carlos Monsiváis 14

Simone de Beauvoir: háblenos de ellas Entrevista con Anne Zelinsky 20

El Castor y la Kobra, un modelo de pareja Annie Cohen-Solal 23

La Scherezada Criolla Helena Araújo 26

¿Cómo andamos? A.O. Ortega, C. Hinojosa y B. Hiriart 31

¿A dónde va el movimiento feminista? Ursula Paredes 34

Deseos para Fem. en su nueva etapa Tununa Mercado 35

La cocina de la escritura Rosario Ferré 36

Que diez años no es nada... Anilú Elías 43

Mis complejos por ser de la clase media Marcela Guijosa 44

La voz de las poetas latinoamericanas Montserrat Ordóñez 45

Al rescate de Penélope Fernanda Navarro 49

El Purdah o los universos separados. El caso de la India Alcira Forero 51

Reunión de damnificadas Nora Caso 53

Las costureras, hoy Nora Caso 55

Testimonio: Crónica de un recuento 56

En pocas palabras 57

Solidaridad para Viviana Erazo Berta Hiriart 59

Corramos libres ahora Tununa Mercado 60

Un amante con lengua de cometa Angeles Mastretta 61

Lo que se dice y lo que se soslaya en "La historia oficial" Noé Jitrik 63

Editorial

fem. cumple diez años y se dispone a iniciar un nuevo ciclo. A lo largo de esta primera etapa son muchas las personas que han contribuido al sostenimiento y desarrollo de la revista. Gracias a todas ellas —colaboradoras, anunciantes, impresores, distribuidores y, por supuesto, lectoras y lectores— *fem* llega a este aniversario, poco usual para el promedio de vida de las revistas independientes.

Durante estos años, quienes elaboramos *fem.* hemos intentado cumplir lo mejor posible la tarea de informar y llamar a la reflexión sobre los asuntos relacionados con las mujeres. Los hechos que expresan con mayor claridad el sexismo que predomina en esta sociedad han sido analizados en los cuarenta y nueve números, monográficos en su mayoría, de nuestra publicación. No es mérito de este grupo, sin embargo, haberlos puesto al descubierto, sino del movimiento feminista en su conjunto. *fem.* no se concibe como presencia aislada, nace y existe como una voz del movimiento de las mujeres que luchan por una sociedad mejor, más justa, orientada hacia la vida.

Ahora, varios aspectos de la elaboración y distribución de la revista precisan ser modificados. De los tiempos en que *fem.* fue fundada a los días presentes, ha cambiado la situación del mundo, de nuestro país, del feminismo, y de las mujeres mismas.

Aquéllos eran los tiempos en los que parecía posible dirigir colectiva y armoniosamente los trabajos de grupo, sin rivalidades ni contradicciones, simplemente sumando los deseos, las palabras, las ideas, de quienes quisieran integrarse a la tarea de cambiar al mundo. Eran los místicos setentas, cuando las feministas creíamos que iba a ser fácil para nosotras —ajenas desde siempre al poder— encontrar nuevas formas de trabajo creativo y político. Años en que era posible concentrarse en la labor cultural, en abrir espacios de expresión crítica, sin preocuparse demasiado por la comercialización de las publicaciones.

Estos son otros tiempos. Hoy predominan la guerra por la supervivencia, la incertidumbre, en muchos casos, la franca desesperanza. Hay que detenerse y volver a mirar cada hecho a la luz de este momento.

fem. se va a reestructurar con la intención de estar más acorde a la realidad presente. El impulso hacia el cambio nos llegó paradójicamente por la crisis; nos vimos, al mismo tiempo, en riesgo de extinción, y ante la oportunidad de comenzar una nueva etapa. Elegimos aprovechar el momento para dar un paso adelante, animadas por la certeza de que una revista como *fem.* cumple una necesidad social, y que la experiencia de sus equipos editorial y administrativo ofrece una base sólida para, al menos, hacer el intento.

En este número ofrecemos un panorama de lo que ha sido *fem.* en estos años para quienes trabajamos en ella, y también algunos apuntes sobre lo que deseamos que sea en el futuro. Estamos abiertas a las sugerencias, a las colaboraciones escritas y gráficas, a la crítica. La palabra final la tienen ustedes, amables lectoras y lectores.

Democracia para un pequeño planeta bigenérico: *los movimientos de las mujeres en perspectiva*

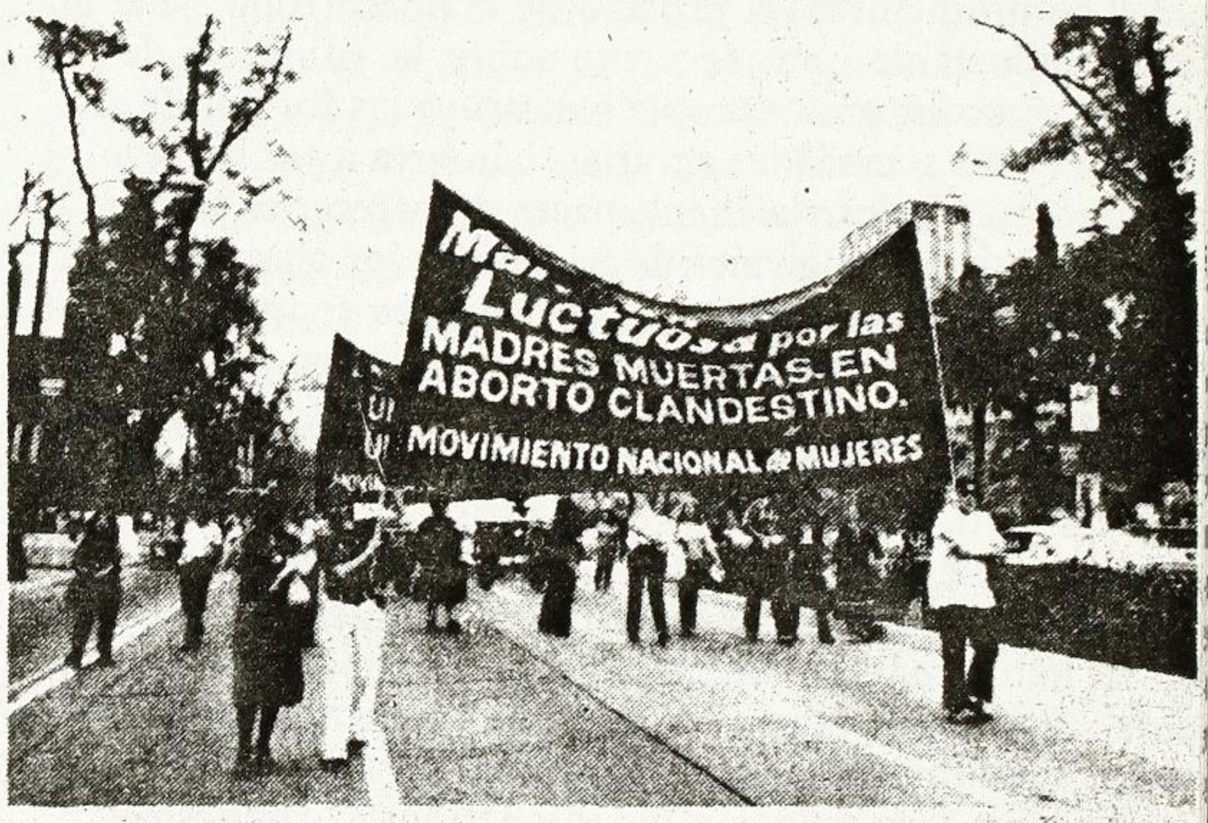
La causa de las mujeres es un sueño antiguo, cuyas oleadas secularse han quedado siempre sepultadas bajo las grandes marejadas políticas. Tiene, sin embargo, el don de volverse visible de época en época. Se sabe que, aun en los tiempos de silencio, las mujeres son siempe parte del escenario de las obras que se plasman en el teatro de la historia. Son actrices, coro , mensajeras, retaguardia, soldados, soldaderas, las que detienen o impelen a los hombres a luchar, en fin, el oleaje que sólo se alza en furor en los momentos extremos. Pero, por lo general, se encuentran en los entretelones, en los despliegues demasiado íntimos para ser conocidos públicamente. Pero siempre han estado presentes; eso, que no se olvide.

Su ámbito ha sido, claro, el de la vida privada. Pero la ecuación de la vida humana ha cambiado a un grado inverosímil en estas fechas que nos ha tocado vivir. Hoy se puede manipular la vida, es decir, la concepción, la genética, la biotécnica. Hay además, los medios técnicos y económicos para erradicar la mayor parte de los males de la humanidad. Nunca había habido tantos vivos en el planeta, y sin embargo, nunca habíamos estado tan cerca de morir todos. ¿No es contra esta flagrante insensatez contra la que se alza ese extendido afán por la democracia, en el que participan también las mujeres?

Hoy día recorre el mundo un afán de democracia que sobrepasa los cauces políticos tradicionales. Sus expresiones son múltiples: en el orden internacional se exige mayor equidad, y en el interior de las naciones, surgen nuevas y viejas demandas de igualdad. Entre los movimientos que llaman la atención se encuentran los de mujeres, los de habitantes urbanos, los étnicos y los ecologistas. Se trata de movimientos heterogéneos entre sí, cuya convergencia histórica hacia fines del siglo XX difícilmente puede pensarse casual. Abren, muy probablemente, caminos del porvenir cuyos trazos todavía no alcanzamos a discernir.

En el presente, puede comprobarse que las mujeres adquieren cada vez mayor visibilidad en los movimientos sociales, y que están creando, por su parte, movimientos propios. Cabe preguntarse a qué se debe este fenómeno. ¿a la diseminación ideológica del feminismo? ¿a un generoso pero último estertor cultural de Occidente? ¿a una nueva conspiración imperialista? ¿a los sinceros deseos de las mujeres por superar su condición atávica? Sin duda, todo ello confluye. Para hacer un río, se necesitan muchos arroyos.

Posiblemente hayan sido decisivos dos grandes hechos históricos.



Fotos: Rosamaría Roffiel

Por una parte, se rompió el dique demográfico de la civili-ıción humana con la sobrevivencia ampliada de la pobla-on. En estrecha conjunción, se rompió un dique fisiológi-, con el descubrimiento y difusión de la contracepción. ıs efectos fueron fulminantes en relación con la mujer: su ıpel rector como reproductora biológica ha perdido pre-ninencia e incluso, en muchas sociedades, se está minimi-ındo. Como consecuencia, si antaño las mujeres tenían que char contra el dictado de "biología es destino", hoy tienen ıe ir en busca de un destino adicional.

Por otra parte, la irrupción del industrialismo en casi to-ıs las regiones del mundo, con sus ambivalentes aportes a organización de la vida social, ha trastocado el papel tra-icional de las mujeres en todas las sociedades. Hoy, en la ıedida en que penetran en la vida cotidiana el mercado ca-italista y/o el Estado, ésta ya no es custodia primordial de s mujeres sino de instituciones impersonales que usurpan ıs funciones. Las mujeres se van quedando con las manos ıcías. Pocos hijos, familias nucleares, ceremonias sociales ritos religiosos restringidos, entornos urbanos altamente ›rmalizados, usanzas sociales programadas. Este es, ob-ıamente, un proceso inacabado en la gran mayoría de aíses, en especial en América Latina y el Tercer Mundo, pe-› hacia allá apuntan las líneas de evolución que las ıracterizan.

Precisamente por inacabado, pero sobre todo por desi-ual y contradictorio, el proceso de maldesarrollo tiene un fecto importante que repercute sobre la situación de las ıujeres. Esto es, que expropia o destruye las formas de pro-ucción de las sociedades agrarias, e inserta a sus habitantes n economías industriales incapaces de ofrecerles empleo o ıstento. Los bajos niveles de ingreso de las clases trabaja-oras hacen indispensable que las mujeres se incorporen a lgún tipo de actividad que produzca ingresos.

Además, influye la revolución tecnológica. Qué bueno ue la alta tecnología ahorre el desgaste físico de obreros y breras, pero, también, ha vuelto obsoletas sus habilidades ıanuales; qué bueno que las mujeres ya no tengan que mal-astarse en las tareas arduas del trabajo doméstico, pero con llo se han vuelto obsoletas muchas de sus aptitudes; qué ueno que la producción agrícola mecanizada ofrezca uenos rendimientos, sin embargo, ha borrado del inventa-io de recursos humanos a los campesinos y campesinas.

Todo ello provoca que pierdan valor, y por tanto, poder, sos obreros, esos campesinos, y esas mujeres de muchos rupos sociales. Lo que importa saber es ¿quién ha captura-o, invisiblemente, ese poder? La respuesta es inequívoca: as instituciones públicas y los mercados de bienes y servi-ios. Y ¿quién controla a éstos? Ese es el problema: tienden centralizar (aunque desconcentradamente) este poder, or-anismos no controlados por los ciudadanos. Estos organis-ıos son las trasnacionales dueñas de la alta tecnología y de ›s medios de comunicación, y los Estados, muchos de ellos arentes de legitimidad política. ¿Cómo no esperar, por tan-o, señales de que se remueven fuerzas subterráneas, de la ase popular de las sociedades?

"Hacemos pura política"

Las mujeres han empezado a movilizarse por todo el mun-lo. Y este fenómeno, no nuevo, pero de nueva visibilidad, s el que empiezan a estudiar las cientistas sociales. Como bien señala Elizabeth Jelin, nos lanzamos a la búsqueda de guías analíticas para ir creando una perspectiva acerca de "cómo y por qué salen las mujeres de su mundo privado". La intención no es sólo oportuna sino que incluso se encuentra rezagada frente a los grandes cambios en la configuración de la presencia femenina en las sociedades actuales. Ya sucedió y los cientistas sociales apenas empezamos a explorar conceptos y herramientas teóricas para tratar de captarlo.

Con toda sinceridad hay que preguntarnos qué tienen en común una campesina de la "Federación de Mujeres Bartolina Sisa", una sindicalista chilena, una feminista mexicana, una madre de la Plaza de Mayo, una campesina aymará y las líderes de barrios pobres de Sao Paulo, Lima, México y tantas otras ciudades latinoamericanas. Una primera definición es que todas ellas protestan, defienden, exigen, en acciones que las convierten en sujetos activos del cambio social.

Sin embargo, la heterogeneidad en sus formas organizativas, en sus demandas inmediatas y en sus estrategias y tácticas remite a la pregunta de si hay razones que permitan considerarlo como un movimiento general de las mujeres.

Si partimos de la premisa de que el feminismo es el principal motor de estos movimientos, directa o indirectamente, concluímos, sin dudarlo, que se trata de un sólo cauce de movilización. Sin embargo, muchos de estos movimientos niegan una génesis feminista y, ante su aparente heterogeneidad, hay quienes arguyen que no tienen que ver nada entre sí estos movimientos.

A mi juicio, esta es una visión plena de miopía. Porque al ser estos movimientos un transparente reflejo de las preocupaciones primarias de las mujeres, constituyen, ipso facto, genuinas demandas sociales. El problema surge cuando 1) no se consideran genuinas, lo que remite a un problema ideológico-político o 2) cuando no se ven rasgos comunes que unen a estas formas heterogéneas.

En cuanto al primer punto. Es un hecho que los procedimientos que organizan la vida política en las democracias formales restringen los temas y formas discursivas para acomodarlos a grandes líneas de debate político. De otra manera no sería manejable la heterogeneidad infinitesimal de las miles de genuinas demandas de toda clase de grupos y personas. De amalgamarlas se encargan las corrientes ideológicas y los partidos políticos, uno de cuyos oficios principales es, justamente, renegociar demandas de grupos para presentar una plataforma común electoral.

Vale la pena preguntarse entonces si las formas heterogéneas y diversas de los movimientos de las mujeres no son, en gran parte, efecto precisamente de su exclusión real del espacio político tradicional. Es decir, del hecho de que las organizaciones políticas tradicionales se resisten todavia, o no saben, cómo incorporar las demandas polisémicas de las mujeres a sus esquemas ideológicos. Se trataría, entonces, de un problema político, que se refleja en un problema teórico de cómo calificar a los movimientos de mujeres.

Esto puede ampliarse de otra manera. En las filosofías políticas hegemónicas, tanto en América Latina como en otros países, por razones a las que sería demasiado largo entrar aquí, las demandas referidas al ámbito privado, casi por definición, quedan excluídas de las demandas políticas generales. La demanda implícita de las mujeres por hacer político lo personal, en este sentido viene a ser profunda-

mente revolucionario. Exigen, ni más ni menos, que estas demandas ingresen al espacio de debate y negociación política. ¿Por qué? Podría ser por el postulado feminista. Pero en el caso de las mujeres latinoamericanas, la realidad sociopolítica impone otra causa. Esta es, que la fuerza pública y el mercado cada vez intervienen más con la vida privada, desvirtuando la organización social tradicional.

Esto es, si los gobiernos de las dictaduras secuestran y matan a sus hijos, las mujeres exigirán voz y foro público para denunciar y clamar porque cesen los atropellos. Si el mercado provoca el derrumbe del nivel de ingresos de los maridos, obligando a las mujeres a buscar empleo, y a compensar la penuria con trabajo doméstico adicional, a la vez que se les exige seguir cumpliendo con su benemérito papel de madres, ellas exigirán mejores servicios sociales, mejor infraestructura urbana, mejores salarios, más guarderías. Si sus esposos campesinos y mineros se encuentran apresados, literal y metafóricamente, en esquemas represivos, ellas exigirán poder hablar por ellas y por ellos.

Vale la pena hacer un señalamiento especial para el caso de las comunidades indígenas. El ámbito privado en el medio indígena constituye también de defensa étnica. Es allí donde se conserva la lengua, la cosmovisión y la identidad indígena y su destrucción implica, además de mayor subordinación para la mujer, una mayor subordinación étnica.

Lo importante de todo esto es que, si el mercado y los regímenes crean condiciones cada vez más intolerables para el ámbito privado, reino de las mujeres, éstas, con todo derecho, saldrán al ámbito público a denunciar y a exigir, CON EL LENGUAJE MISMO DEL AMBITO PRIVADO. ¿Por qué se les critica y ridiculiza entonces, cuando usan ese lenguaje del ámbito privado? La respuesta es quizás: porque los partidos políticos y sindicatos no entienden cómo se articulan el ámbito privado y el público. Y si no lo empiezan a entender pronto, corren el riesgo de quedarse encogidos en un pequeño rincón de la política.

De ahí que se hable tanto, en América Latina, de "una nueva forma de hacer política". Habría que ir más allá: no es una nueva forma política, sino una nueva forma de relaciones y de organización social y, añadiría, una nueva concepción de la política.

"Luchamos por el bien de la gente".

Si pensamos que hoy en día la democracia es ya preocupación central en política, incluso en la guerra hegemónica entre países; que las actividades económicas de las mujeres en muchos países representan, o un factor de alto desempleo, o un factor crucial de sobrevivencia de las mayorías; que cada vez que se hace más clara la relación entre el autoritarismo político y el machismo y patriarcalismo familiar; que la familia sufre una transformación decisiva en casi todas las sociedades; que la conservación ecológica y la calidad de vida están en la agenda del día. Si consideramos todo esto, nos daremos cuenta de que el campo de la política se ha ampliado ya irremisiblemente. Y las mujeres, con toda valentía, andan a tientas creando canales nuevos de expresión y de exigencia en sindicatos, partidos políticos, en la Plaza de Mayo, en las calles urbanas.

Pero no olvidemos tampoco que en este proceso, las mujeres tratan de ganar algo porque han perdido algo. Lo privado, en el orden antiguo, era el reino de poder de las mujeres. Esto es muy claro en América Latina puesto que esta esfera abarca a la religión, la familia, la parentela y la dinámica social. Y es la pérdida de ese poder el que acrecienta el sentimiento progresivo de exclusión y marginación de las mujeres.

Si entendemos todo lo anterior, la pregunta de si estos movimientos de mujeres son meramente reivindicativos o si representan una alternatia de transformación social profunda, resulta prematura. Si se pregunta desde los cánones de las ideologías y prácticas políticas tradicionales, la respuesta sería que no son esa alternativa. Porque la lucha de estas mujeres no es únicamente votar, ser votadas, y escalar la escalera establecida del poder.

En cambio, si se pregunta desde la perspectiva de los cambios históricos que ocurren en la actualidad en sociedades capitalistas, la respuesta es que sí pueden ser una alternativa. Lo que es más, los cambios en la redefinición de los campos de lo privado y lo público, en términos del papel del Estado, de la reproducción social, de las relaciones conyugales, y de la participación política de las mujeres, que conllevan sus demandas, sobrepasan, por mucho, los programas de transformación social postulados en la actualidad por la mayoría de partidos políticos.

Parte del problema consiste en considerar que los movimientos de las mujeres tienden a dar resultdos populistas y no de clase. Si, pero como ya se señaló, hoy en día están quedando fuera del esquema de clase demasiados movimientos: las luchas campesinas, las étnicas, las anti-industrialistas, las ecologistas, las anti-tecnologistas, las populares urbanas, las anti-consumistas, al grado de que, en América Latina al menos, lo que alcanza a analizar una perspectiva política de clase social es un sector muy restringido de la economía formal. El problema, entonces, consiste en desarrollar un análisis más amplio que pudiera abarcar a estos movimientos en una estrategia de clase.

Los avatares de la dominación

Lo que podría considerarse la conclusión más importante de todos estos movimientos de mujeres, es que se trata de una lucha CONTRA TODAS LAS FORMAS DE DOMINACION. En todos los casos, además de los problemas que enfrentan las mujeres en el sindicato, en los partidos, en las calles y en las oficinas burocráticas, todas las informantes describen su batallar cotidiano para lograr que sus maridos les permitan una participación pública. Hay aquí, sin duda alguna, una lucha, callada y envuelta en culpabilidad, que es específica de las mujeres y que es una razón más para estudiar sus formas de participación.

Porque cabe recalcar que la contraparte de la DOBLE JORNADA —económica y doméstica— de las mujeres, es, sin duda, su DOBLE MILITANCIA —política y conyugal—. En una, lucha simultáneamente como trabajadora y como madre, en otra, como ciudadana y como esposa.

En este sentido, la esquizofrenia de lo público/privado de la sociedad capitalista le impone a las mujeres esta dualidad de militancias. Y es lo que hace que el feminismo haya nacido como la ideología de lo privado.

Aventurándonos un poco, podría incluso decirse que las mujeres son la única mayoria que tiene una ideología de minoria. Porque el feminismo, sobre todo en su vertiente más estrecha, aparece únicamente como teoría sobre, por y para las mujeres, cando debería ser *una teoría de la sociedad, desde la perspectiva de las mujeres.*

Esto afecta directamente las formas de participación de las mujeres, ya que, para pasar de la rebelión a la revolución hay que tener una ideología globalizadora. Pero quizás es históricamente injusto pedir que las mujeres desarrollemos a priori un plano magistral de cómo debería ser una sociedad alternativa. Recordemos que el capitalismo, las democracias parlamentarias y republicanas, y el socialismo actual nunca tuvieron tal plano, sino que se fueron haciendo en la práctica.

Para finalizar, recordemos que el mecanismo definitorio de la dominación es la exclusión. Y que la forma principal y primordial en que se excluye a las mujeres es no permitirles influir en las decisiones mediante las cuales se organiza la vida pública. Se sigue, naturalmente, que tienen que ejercer su lucha y sus demandas en estructuras ya existentes, mal adaptadas a sus afanes.

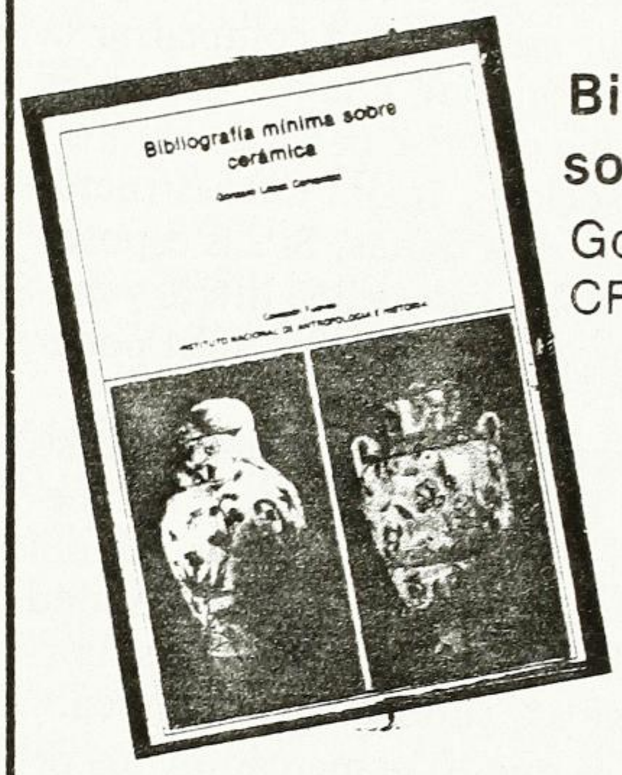
Vayamos más lejos: es muy probable que la historia esté de nuestro lado. Al alterarse la vieja demarcación entre lo público y lo privado en sociedades capitalistas, por los cambios profundos en la estructura de la producción y la reproducción, se abren nuevos cauces de participación para las mujeres que éstas empiezan a ejercer, poco a poco, en la práctica y en las ideas.

Por ello, hay que entender los éxitos y fracasos del movimiento feminista y de los movimientos más amplios de mujeres, en este contexto de fluir mayor. Es sorprendente la rapidez con que aquellos han proliferado. No hay que ser, sin embargo, autocomplacientes. Porque las ideas y las voluntades sólo cambian al mundo cuando engarzan de manera propicia con un proceso histórico. Si la historia, hoy, nos es propicia, lo que resta por hacer es trabajar para alcanzarla.

DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCION

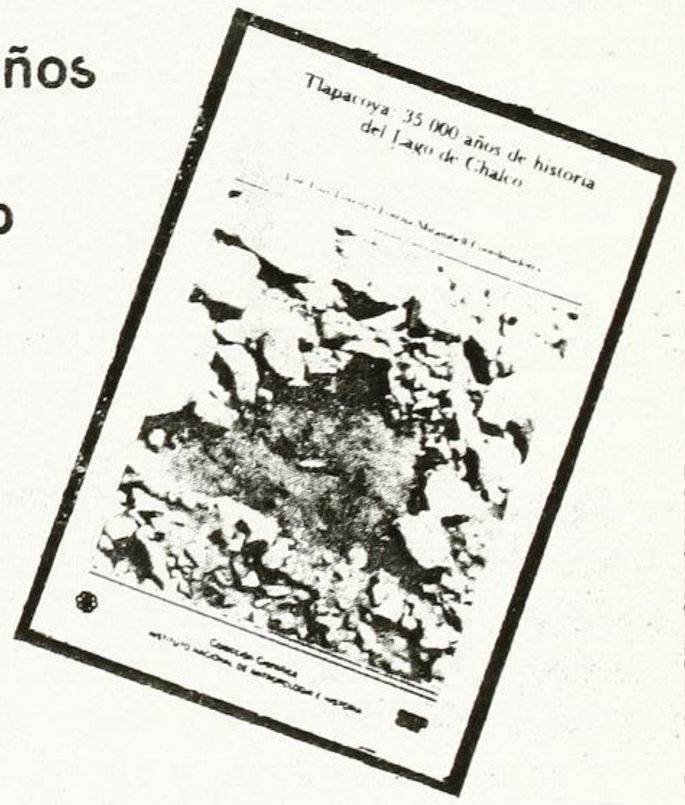
Av. Tulyehualco No. 3428
Col. San Francisco Culhuacán
C.P. 09060 México, D.F.
582-56-02
582-53-00
582-54-56

INAH
Instituto Nacional de Antropología e Historia



Bibliografía mínima sobre cerámica
Gonzalo López Cervantes
CFD-07

Tlapacoya: 35000 años de historia del Lago de Chalco
José Luis Lorenzo/
Lorena Mirambell/
Coordinadores
CC-155



HISTORIAS II
Pedro Carrasco,
Elsa Malvido,
Carlos Viesca,
John Tutino,
Heriberto Frías,
Jorge René González,
Marco Bellingeri
y Saúl Escobar

14-11

Mijaíl M. Bajtín

PROBLEMAS DE LA POÉTICA DE DOSTOIEVSKI

Reflexión pormenorizada y honda sobre las novelas y cuentos de Fedor Dostoievski, este libro nos entrega la concepción del mundo del enorme clásico ruso así como las líneas de fuerza espirituales en que reposa su obra. El estudio de Bajtín debe considerarse como uno de los grandes logros de la crítica literaria moderna.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Sabina Berman*

Mi Corazón Diamante

Bajo las aguas de la carne
mi corazón se mece
Mi corazón florece
Mi corazón radiante
Mi corazón diamante
bajo las aguas de la carne

Mi corazón que a pleno mediodía
se me vuela al cielo
Mi corazón alado
Mi corazón en desbandada
Mi corazón desperdigado
en el cielo luminoso
de la alegría

Mi corazón de tonta,
fragante
Mi corazón flagrante,
sellado a la malicia
Mi corazón de sed
que ahogué en el agua
Mi corazón de fuego
que ahogué en el agua
Mi corazón cenizo
que ahogué en el agua
Mi corazón de agua

Mi corazon de agua
donde el mundo flota
como en una pecera redonda
Donde el tiempo existe
como un galeón hundido
Donde la vida pasa:
pequeño pez de jade
que asoma y no
y sí
y no
entre los peces oscuros del misterio,
los dorados, los celestes, los vacíos peces
del agua en el agua

Mi corazón colmado
Mi corazón rebosante
Mi corazón de amante
de si amado:
mi corazón diamante
en su propia luz borrado
Mi corazón de luz
Mi corazón ausente
Mi corazón desmesurado

*Sabina Berman, dramaturga mexican

Dibujos: Magali Lara

40 años de labor ininterrumpida

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Octubre, 1986 *429*

EL PROCESO A EZRA POUND

GRANDES MAESTROS: MANUEL GAMIO

ENTREVISTA CON LOS PROTAGONISTAS DE SALOMÉ

TEXTO DE SANTIAGO GENOVÉS

Edificio Anexo de la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales Primer Piso. Ciudad Universitaria.
Apartado Postal 70288, C. P. 04510, México, D. F. Tel. 550-55-59 y 548-43-52

□ Suscripción Renovación Adjunto cheque o giro postal por la cantidad de $ (*5,000 cinco mil pesos 00 / 100 moneda nacional*)

□ Adjunto cheque por la cantidad de (9 Dlls. U.S. C (Cuota para el extranjero)

nombre dirección

colonia ciudad estado país teléfono

Elena Urrutia

Una publicación feminista

Alaíde Foppa, siempre entre nosotras

Tan aficionados como somos a las celebraciones, cumplir diez años de vida es un excelente pretexto para echar una mirada hacia atrás, hacia el camino andado, e intentar hacer una evaluación.

En efecto, son diez los años de vida de *fem.*, una revista feminista en México. Con un ligero desfasamiento, esos años corresponden a la década de las Naciones Unidas para la Mujer y, por lo mismo, no es fácil evaluar la influencia que en nuestro medio ha tenido la revista, toda vez que estos años del movimiento feminista en el mundo y del reconocimiento oficial del decenio de la mujer han contribuído, de distinta manera pero innegablemente, tanto en los países industrializados como en aquellos en vías de desarrollo, para que la condición de la mujer haya sido revisada, intentando mejorarla.

Hay algo que no se puede negar y es, ni más ni menos, la visibilidad de la mujer: y no me refiero solamente al hecho, por ejemplo, de un número creciente —aunque distante todavía de niveles satisfactorios— de mujeres que participan en la vida social y política del país. Empieza a haber una visibilidad del trabajo invisible de la mujer, oculto hasta no hace mucho bajo el velo de la domesticidad, y que de igual forma no dejaba ver la importancia para la economía familiar del trabajo de la mujer en la casa, como la que tiene para la economía del país el trabajo de tantas mujeres en el campo o en la ciudad.

Así como puede hablarse de la creciente visibilidad de la mujer en todos los campos, se puede mencionar el *desembozamiento* de asuntos considerados hasta no hace mucho como tabús. El del aborto es uno de ellos, no obstante que lo intocado de nuestra legislación respecto al mismo haría tener, más bien, una visión pesimista sobre él.

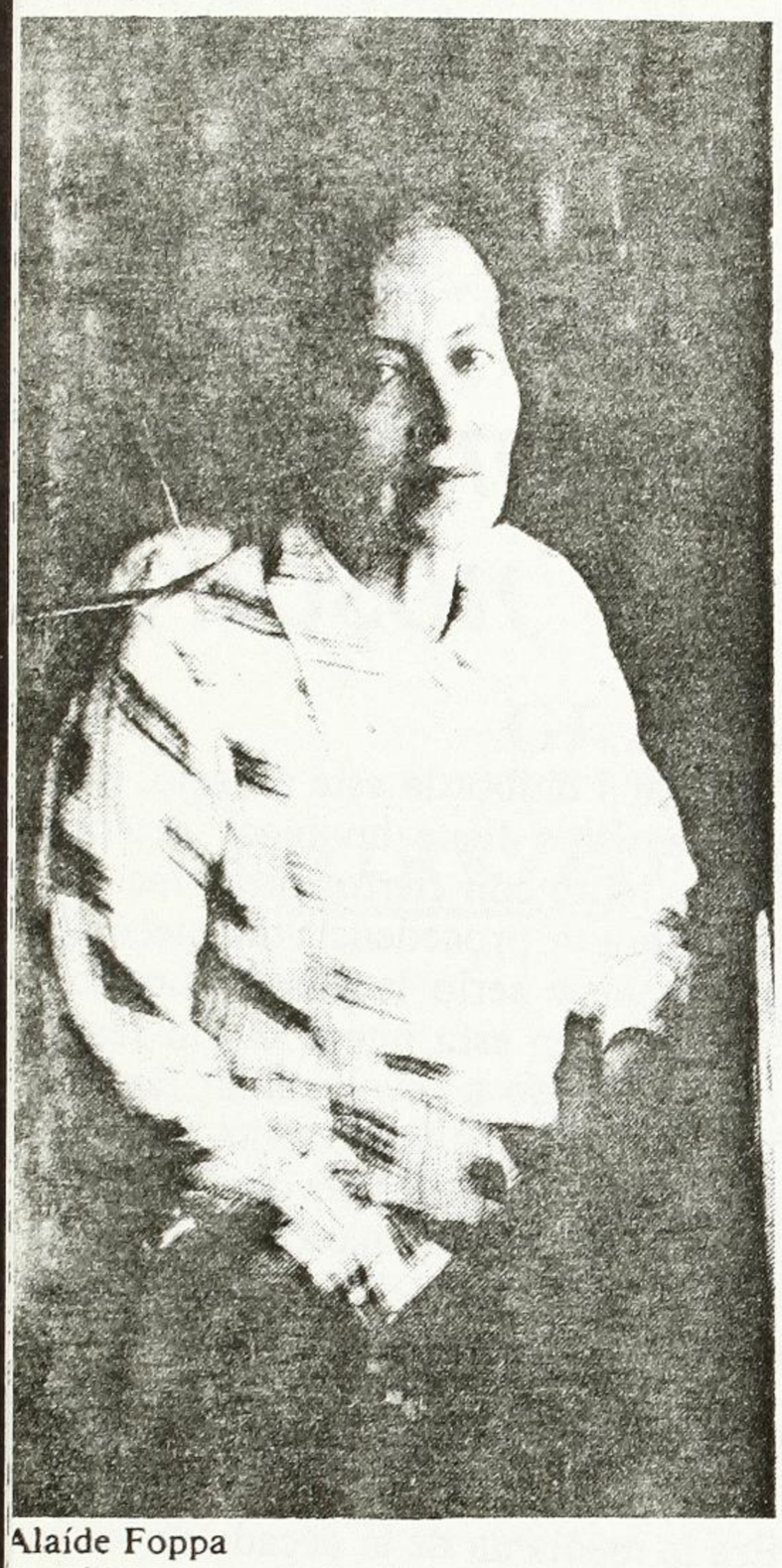
El tema desborda este espacio, pero el feminismo tiene un lugar determinante, junto con ciertos otros factores —algunos de procedencia tan mecánica como puede serlo la pastilla anticonceptiva—, en esta nueva moral sexual que ha venido a revolucionar las últimas décadas de nuestro siglo, constituyendo una verdadera revolución. Pero éste, repito, es tema para se tratado extensamente. Mi interés, por ahora, es referirme a una revista.

Nace la revista fem

Era la medianía de la década de los setenta y un pequeño grupo de mujeres teníamos ya algunos años de venir manifestando nuestras reflexiones, denuncias y críticas feministas en los medios de difusión a nuestro alcance: quién en periódicos y revistas, quién en la radio y eventualmente en la televisión, quién en la cátedra. El Año Internacional de las Naciones Unidas para la Mujer, en 1975, y la consiguiente Conferencia Internacional celebrada en México ese mismo año no hicieron más que legitimar tales inquietudes y mostrarnos que nuestra idea de una publicación feminista era en efecto —como lo pensábamos— una necesidad en nuestro medio.

En el volante que nos sirvió para obtener anuncios en la revista y suscripciones a la misma —unos y otras conseguidos gracias a la fe de nuestras amistades, ya que era impensable contar con un número "cero" par ser mostrado—, decíamos en el primer párrafo: "Desde hace algún tiempo, un grupo de escritoras y periodistas interesadas en el cambio de la condición social de las mujeres, venimos pensando en la publicación de una revista que trate los problemas relacionados con tal objetivo".

Puedo afirmar que el problema fundamental no era tanto el trabajo edito



Alaíde Foppa
Foto: Paulina Lavista

rial cuanto la solución de los innumerables aspectos prácticos, materiales y económicos que debíamos de enfrentar sin ningún capital. No teníamos el dinero pero sí unos deseos muy grandes de hacer la revista, y la tarea de escribir no nos amedrentaba.

La Imprenta Madero se portó como un hada madrina: "Nosotros le hacemos el trabajo de tipografía, diseño, impresión y acabado y ustedes no se preocupen, ya nos pagarán uno o dos meses después" nos dijeron, resolviendo así el primer y principal escollo.

El número uno de la revista salió a la calle en el otoño de 1976 (octubre-diciembre), bajo la dirección de Alaíde Foppa y Margarita García Flores, y un consejo editorial integrado por Elena Poniatowska, Lourdes Arizpe, Margarita Peña, Beth Miller, Elena Urrutia, Marta Lamas y Carmen Lugo. Muy pronto esa dirección se hizo colectiva y dejaron de colaborar con nosotras Margarita García Flores, Beth Miller y Margarita Peña. Quedamos, pues, en la dirección colectiva Alaíde Foppa, Marta Lamas, Carmen Lugo, Elena Poniatowska y Elena Urrutia. El consejo editorial quedó integrado por Lourdes Arizpe, Flora Botton Beja, Sara Sefchovich —que más tarde abandonó el grupo—, poco después Tununa Mercado, María Antonieta Rascón, Marta Acevedo y Teresita de Barbieri —las tres últimas salieron también—, Anilú Elías, Berta Hiriart, Rosa María Roffiel, Mariclaire Acosta, Ilda Elena Grau y Claudia Hinojosa —las dos últimas ya no están más—, y Patricia Morales y Adriana Ortíz Ortega. Algún nombre me escapa, ya que hubo alguna más que entró al grupo, para salir muy poco después. Con reacomodos, la revista siguió hasta ahora con una dirección colectiva de ocho miembros y un consejo editorial de igual número, aproximadamente.

Cuando el primer ejemplar de *fem.* apareció a la venta, ya estaba circulando el número uno del periódico, también feminista, *La revuelta*, hecho por el colectivo del mismo nombre y que publicó nueve números, el último de los cuales salió en julio de 1978.

Otro periódico feminista aparecía por esos años, aunque con una circulación mucho más breve: *Cihuatl*.

Estas experiencias, confirmadas por las que conocemos en otras partes, hablan con elocuencia de la singular e inusitada persistencia de *fem.*: diez años ya y cuarenta y nueve números que en un principio salieron con una irregularidad trimestral pero que ahora podemos jactarnos de su puntualidad bimestral.

¿Publicación alternativa?

¿Es *fem.* una publicación alternativa para las mujeres? Entiendo que para poder optar entre dos cosas, se deben plantear ambas en un mismo terreno. Es cierto que *fem.* está dirigida a la mujer, como también se dirigen a ella multitud de revistas femeninas del tipo de *Vanidades, Cosmopolitan* ó *Buen Hogar*. Aunque veo entre una y otras diferencias abismales: éstas son complacientes, reforzadoras de un estado de cosas, encaminadas a acentuar cada vez más el papel enajenado de la mujer, no obstante parezcan disfrazarlo con recursos llamativos y novedosos, con una pretendida máscara de modernidad liberadora.

Fem., en cambio, impugna ese estado de cosas, invita al análisis y a la reflexión, endereza una crítica y una autocrítica, no es de ninguna manera complaciente y su meta, por supuesto, no consiste en entretener.

En aquel primer número de la revista aparecido hace diez años, el editorial resumía los puntos fundamentales de nuestros objetivos que ahora conviene recordar:

fem. Se propone señalar desde diferentes ángulos lo que puede y debe cambiar en la condición social de las mujeres; invita al análisis y a la reflexión. No queremos disociar la investigación de la lucha y consideramos importante apoyarnos en datos verificados y racionales y en argumentos que no sean sólo emotivos.

fem. Pretende ir reconstruyendo una historia del feminismo, para muchos desconocida, e informar sobre lo que en este campo sucede hoy en el mundo, y particularmente, sobre lo que pasa en México y en América Latina.

fem. No publica sólo información y ensayo; da cabida a la creación literaria de las mujeres que escriben con sentido feminista y que contribuyen con su obra al reconocimiento de ese nuevo ser, libre, independiente, productivo, tal como empieza a manifestarse la mujer de hoy y será sin duda la mujer de mañana. Y no excluimos la colaboración de algunos hombres que comparten nuestras ideas.

fem. No es el órgano de ningún grupo; por lo tanto, está abierta a todos aquellos que persigan sus mismos objetivos.

fem. Considera que la lucha de las mujeres no puede concebirse como un hecho desvinculado de la lucha de los oprimidos por un mundo mejor.

La descomunal tirada de las revistas femeninas ¿podría ser un indicador de la aceptación que publicaciones de ese tipo tienen, al lado de revistas como

fem., con una tirada muchísimo más restringida? Sí y no. Los cientos de miles de revistas femeninas suponen, sin duda, un vasto público que todo en la sociedad le está dirigido para convertirlo en consumidor natural de ellas: una larguísima tradición en publicaciones del mismo tipo; la proliferación en medios no impresos de productos del mismo género: radio novelas, telenovelas, programas en radio y televisión dirigidos especialmente a las mujeres que son amas de casa y que "deben serlo cada vez mejor", a quienes se les dan consejos para "no dejar ir con otra a sus maridos", para "asegurar a sus amantes", para "lucir cada día más jóvenes y bellas"; lo "bonito", "entretenido" y de fácil lectura que resultan esas publicaciones femeninas que parecen contener justamente lo que sus lectoras esperan que se les dé; la extraordinaria distribución que hace a estas revistas —muchas de ellas transnacionales— gozar de una especie de don de ubicuidad: el mismo día que aparecen pueden encontrarse en todos los puestos de venta cerrados y abiertos, incluidos los kioscos de periódicos estratégicamente situados y, por supuesto, en la capital y la provincia, lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas y remotas poblaciones.

Este último punto lleva de manera muy clara a un asunto que es clave en las tiradas millonarias —basta enunciar algunos títulos para sumar millones de revistas—: desde un principio tales revistas fueron concebidas como empresas que habían de redituar ganancias, es decir, se plantearon como un negocio y todo en ellas se encamina para que lo sea. Y esto explica en parte el que revistas como *fem.* no constituyan una alternativa a las revistas femeninas tradicionales.

No digo que sean mejores o peores: sólo señalo que no son alternativas; no porque no puedan serlo sino, simplemente, porque no se lo han planteado. Por limitaciones intrínsecas o por decisión propositiva: dilucidarlo sería tema de otra discusión. Por lo pronto nos quedamos en el hecho de que *fem.* no fue planteada en ningún momento como una empresa lucrativa. De allí algunas de sus virtudes y muchas de sus limitaciones.

Deseábamos, es verdad, lograr su autosuficiencia económica y su independencia ideológica, lo cual se dice pronto pero ciertamente no es fácil de lograr. Tener un patrocinador —un diario por ejemplo, o una institución cultural o académica— hubiera facilitado la tarea pero también significaba una suerte de enajenación que habríamos siempre de estar negociando, tratando de equilibrar.

Lo contrario era la locura, en vista de que no teníamos un capital con el que echarnos a andar de modo independiente. Así, sin patrocinador, sin capital, emprendimos la aventura por lo demás utópica, puesto que pretendimos el quehacer colectivo, la estructura no jerárquica, las decisiones tomadas en forma democrática y el trabajo repartido equitativamente; y esto último nunca ha sido. Y yo diría que esta manera desigual de comprometernos en la práctica con las tareas y responsabilidades que en teoría hemos pretendido asumir equitativamente ha sido, sin duda alguna, la fuente de todos nuestros problemas.

Un balance positivo

Todo lo anterior explicará sin duda la razón de nuestras limitaciones. Ahora que, conocidas éstas, el resto habría que verlo como el resultado de un balance positivo.

Si bien para el primer número el desconocimiento de la demanda nos hizo ser en extremo cautelosas y tirar nada más dos mil ejemplares, para el segundo fueron tres mil y ya para el quinto tiramos cuatro mil. Después llegamos a tirar entre doce y quince mil ejemplares, parte de los cuales distribuyó el diario *Unomasuno* a sus suscriptores y el resto quedó para ser vendido en la ciudad de México y provincia, y enviado a nuestras suscriptoras nacionales y extranjeras.

Con excepción del primer número que fue misceláneo, *fem.* ha mantenido durante toda su trayectoria una vocación monográfica o temática: cada revista está dedicada a un tema —aborto, sexualidad, servicio doméstico, amor, familia, educación, trabajo, historia, matrimonio, iglesia, salud, política, etcétera— que se complementa por otra parte con textos sobre la actualidad en nuestro país y en otras partes, algunas secciones fijas como crítica de cine, teatro, libros y, por supuesto, una muestra de quehacer creativo: cuento y poesía.

Desde muy pronto se estableció una mecánica regular de trabajo. Al mencionar el tema que, pensamos, debe ser tratado en futuras revistas, alguna se propone para coordinarla. Intentamos fijar un calendario que cubra los siguientes dos o tres números y vamos pensando en el material que puede ser de interés, en las lecturas indicadas, en los textos que nosotras mismas podemos escribir y las personas a quienes puede pedírseles algún artículo.

En varias ocasiones se ha señalado a *fem.* como a una revista elitista. En efecto, aunque nuestro interés ha sido siempre lograr un órgano de difusión que llegue a un gran número de mujeres, sabemos que el perfil de nuestras lectoras corresponde al de la mujer de clase media ilustrada, con estudios universitarios o nivel de escolaridad correspondiente. Y ésto, en México, constituye un privilegio.

Es útil, por otra parte, conocer las propias limitaciones y saber que una sola acción no puede colmar todas las carencias y que, en este caso, una revista no puede llegar a las manos de todas las mujeres.

Sin embargo, la revista ha logrado despertar conciencia de su situación marginada en mujeres que vivían un malestar, una inconformidad, sin tener una idea clara de cuáles podían ser sus causas.

No se puede negar que el público lector de *fem.* es un público multiplicador. Y yo creo en los vasos comunicantes.

Por otra parte, *fem.* no es sólo un órgano de difusión sino también una fuente constante de consulta para aquellas personas que investigan o hacen trabajos sobre aborto, por ejemplo, o sexualidad, trabajo, familia, matrimonio, las niñas y la educación, la mujer y la literatura, la ciencia, la historia, los partidos políticos, la vejez, entre otros.

Creo sinceramente que hemos cumplido con los objetivos que nos planteamos desde que apareció *fem.* por primera vez. Y que al citar el último de ellos —que no el menos importante— que establece: "*fem.* considera que la lucha de la mujer no puede concebirse como un hecho desvinculado de la lucha de los oprimidos por un mundo mejor", no podemos dejar de pensar en nuestra compañera Alaíde Foppa que murió, justamente, por creer en ello.

Patricia Morales

Nuestra Tarea

Me incorporé a *fem.* recientemente, pero igual que para mis compañeras de la revista, estos diez años han sido para mí de preocupación por el destino femenino; de una constante reflexión sobre la mujer, su condición en nuestra sociedad y su relación con el hombre.

Creo que la sociedad industrial y de consumo en la que vivimos; que la tecnología, sobre todo, ha impuesto en la vida del hombre profundos cambios cuyo alcance ni siquiera alcanzamos a vislumbrar. Y su aceleración es asombrosa. Un hombre nacido a principios del siglo puede decir, sin temor a equivocarse, que en el lapso de su existencia la humanidad ha cambiado más que durante el resto de su historia. Nuestro siglo es el del automóvil, el avión, la radio, la televisión y el cine, la comunicación instantánea y vía satélite; el de la penicilina y otros remedios contra enfermedades antes mortales. Se inventó la píldora y otros medios eficaces para el control de los nacimientos, lo que hace posible separar y distinguir —por primera vez en la historia— a la reproducción del placer. Y lo más sorprendente es que estos cambios, entre muchos otros, se han registrado en el ciclo vital de una generación. Si nuestros padres vieron el surgimiento de la radio, sus nietos son capaces de jugar con aparatos electrónicos y entender como cosa natural las incursiones espaciales. Para ellos la bomba de neutrones y la amenaza de una destrucción total del planeta es una realidad con la que han tenido que aprender a vivir. Sí, los niños de hoy parecen haber perdido la capacidad de asombro ante las posibilidades del hombre.

Todo ello incide en, y necesariamente altera, las relaciones del hombre con el hombre. La mujer participa cada vez más activamente fuera de su tradicional recinto doméstico y tiene una conciencia justa de sí misma; ahora ya aprecia lo femenino, los rasgos y valores que le son propios. Sin duda el futuro registrará a las inovaciones tecnológicas y al cambio cualitativo en las relaciones entre hombre y mujer, como las dos más grandes revoluciones del siglo XX. Y es que ella no escapa a la reflexión y a las transformaciones, es incluso una de sus partes más activas. Una de las consecuencias es que nadie parece ya estar conforme con los modelos de relación convencionales. En todas partes vemos a un creciente número de solitarios o insatisfechos preocupados por el amor y sus formas. Es en este sentido que podríamos considerar al feminismo como una demanda ulterior de amor en las mujeres; como un intento de explicación y comprensión; una búsqueda de verdadero acercamiento entre los sexos.

Somos mujeres atrapadas en la educación familiar que no nos sirve para educar a nuestros hijos; que no tiene ya respuestas al desafío que nos plantea el mundo moderno. Mujeres, las de esta generación, que se empeñan en la construcción de una sociedad justa, una sociedad en la que sean consideradas las iguales del hombre y en la que se respete su integridad y dignidad. Somos mujeres pertenecientes a una generación que quedó marcada de por vida, de una u otra manera, por la tremenda experiencia del 68; generación que en su momento quiso cambiar al mundo y que no se resigna a la imposibilidad de esta tarea. Mujeres que se empeñan en conquistar una relación amorosa con su compañero que sea sana, una relación en la que el respeto a la dignidad, la libertad y la mutua comprensión sean norma. Nadie nos enseñó el camino para lograrlo; madres y abuelas dejaron sus inquietudes vueltas lágrimas en las almohadas. Todo es nuevo y hemos de ensayar por vez primera el cómo; el cómo en este mundo cambiante y difícil. Cómo conquistar un amor verdadero y también la posibilidad de llevar a cabo un proyecto de vida personal, una realización propia que satisfaga los íntimos talentos y potencialidades. Conciliar ambas metas para que no se contradigan, o incluso se complementen, tal es

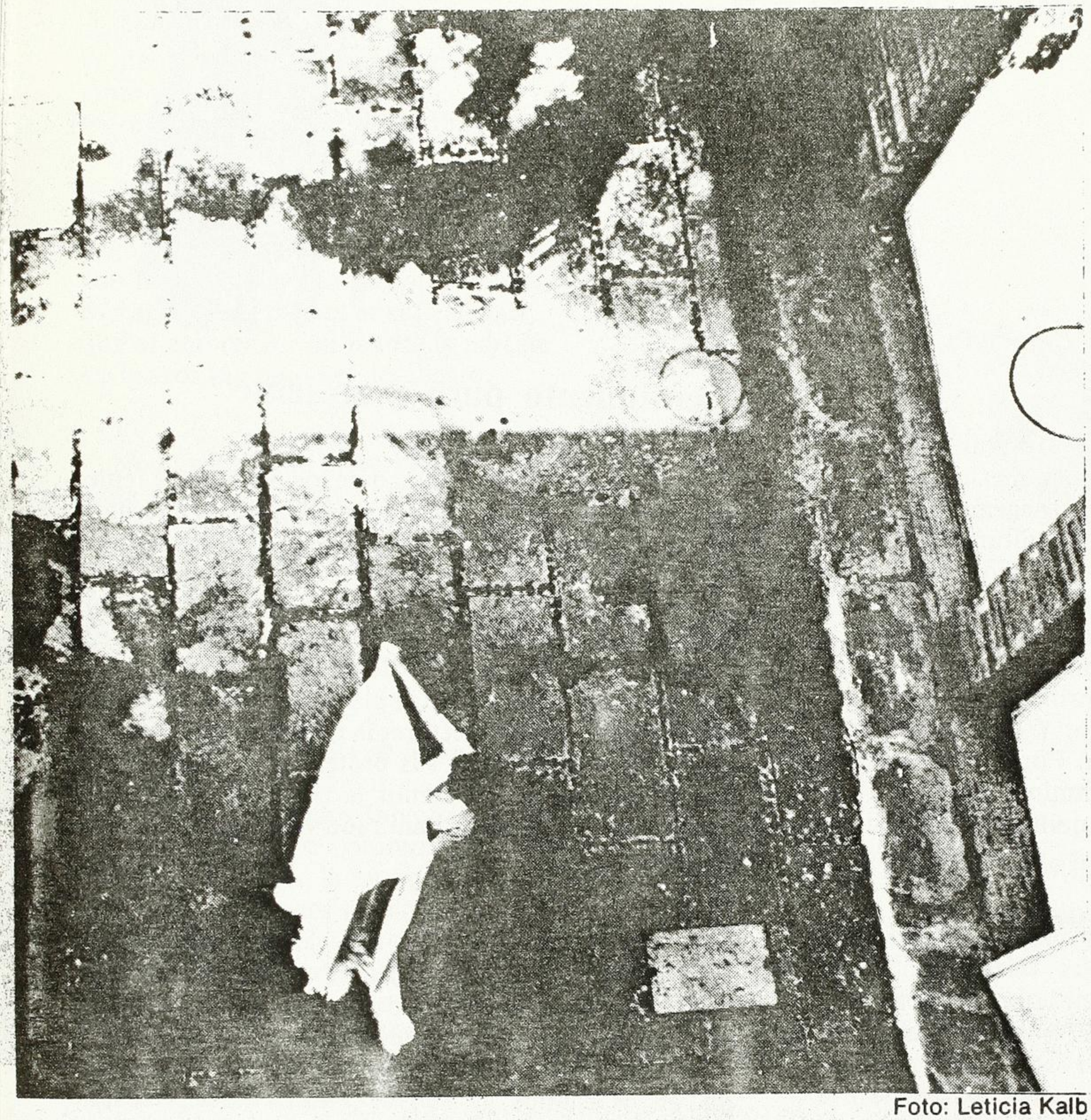


Foto: Leticia Kalb

una parte de la lucha que compartimos las mujeres de hoy.

El feminismo encierra varias dimensiones. En lo inmediato su campo de batalla es social, sus coordenadas políticas. Allí la lucha se libra por salarios justos, por suficientes guarderías y facilidades para quienes trabajan fuera de casa, por el derecho irrestricto al aborto, por la igualdad de oportunidades frente al hombre, para mencionar tan sólo unas cuantas demandas que son ya inaplazables. El hecho de que en la base misma de la relación entre hombre y mujer exista un conflicto de aproximación a la vida y de intereses, no significa que él no pueda y deba ser compañero nuestro en esta tarea.

La dimensión amorosa también concierne al hombre, ya que el amor sólo florece entre iguales que sean libres; otras formas de relación han de llamarse con distintos nombres. Y sobre todo importa a todos la tercera dimensión del feminismo. Porque este movimiento representa una alternativa de vida diferente a la que ha impuesto una visión exclusivamente masculina; esa occidental y judeocristiana que nos tiene al borde de la extinción. La razón pura, el estricto mundo del trabajo, la búsqueda del poder y los bienes materiales, ya no dan para más. Es preciso que la humanidad incursione en otros senderos; y es aquí donde la aportación de lo femenino cobra su real importancia. Porque la mujer, más apegada a la vida y la naturaleza, más vinculada a lo concreto y cotidiano, con un universo interno que es más rico; más respetuosa de la verdad ajena y con una mayor sensualidad, es capaz de alterar el rumbo que ha tomado el progreso humano.

Porque no se trata de renunciar a los atributos considerados 'femeninos' como son la ternura, una capacidad mayor de cuidar de los demás, y acaso una intimidad física y emocional más preciada; no se trata de volvernos como hombres para incorporarnos en la sociedad y 'triunfar' en ella, sino por lo contrario, de llevar al todo social los rasgos que nos son propios y diferencian de ellos para enriquecerlo. Y simultáneamente, acercar al hombre a ése, nuestro universo doméstico, para compartirlo todo hasta donde eso sea posible. No no somos como los hombres; tampoco mejores ni peores, simplemente diferentes. Y quizá el problema actual de la humanidad es haber dejado de lado, el haber ignorado o menospreciado a su parte femenina. Masculino y femenino se complementan; es poco lo que puede hacer sola una de sus dos partes, ya que ambas son indispensables. Porque diferencia no quiere decir desigualdad; y lo que pretende el feminismo es la abolición de las desigualdades (léase injusticias) que encuentran su origen y causa última, que no su justificación, en la diferencia sexual.

El proyecto de *fem.* expresa esta lucha. Nuestra revista es una forma de participar —desde la letra impresa— en esta difícil tarea que a todos concierne. Luego de diez años de esfuerzo, nos proponemos seguir en ella con lo mejor de cada una de nosotras: la esperanza en el cambio.

Carlos Monsiváis

De la Construcción de la *"SENSIBILIDAD FEMENINA"*

Nota introductoria

En 1972, publiqué unas notas sobre el sexismo en la literatura mexicana, dedicadas a probar las hegemonías del patriarcado en nuestra cultura. 13 años después admito la inutilidad de tal empresa, como cualquiera donde de antemano se conocen con detalle los resultados de la búsqueda: a la cultura mexicana desde el principio, la ha ordenado el machismo. Y este hecho no admite controversia. Por eso, considero más adecuado examinar la construcción de esa entidad múltiple, "la sensibilidad femenina".

"Procure ser discreta en lo posible"

En el proyecto de nación liberal la mujer no tiene sitio. La Constitución de 1857 y la Constitución de 1917 trazan claramente un espacio de privilegio y responsabilidad que excluye a las mujeres, los pobres y los indígenas. Más allá de los datos unificadores (territorio, legislaciones, idioma, tradiciones), una minoría guiada por motivos nobles e importantes, sabe o cree saber lo que le conviene más al resto de los pobladores. *Nación* no son todos los habitantes del territorio, sino —únicamente— los dotados de conciencia, los enterados del sentido (social, político, económico) del país. ¿Qué pueden hacer las mujeres que, según los dirigentes de la Nación, carecen de calidades participativas, son frágiles y débiles y no tienen otro destino que la condición de amas de casa, cuidadoras de las llaves del hogar?

Forjar una nación es asunto de fuerza viril y del refinamiento que facilita el ingreso al Concierto de las Naciones. Los porfiristas, por ejemplo, creen ser la excepción de un país bárbaro, y ven en las maneras recién aprendidas y en la educación gálica, no a una formación cultural sino al proceder amable y brillante de una clase. A la cultura (versión occidental aprobada en París y, con algo menos de importancia, en Londres y Berlín), el gobierno y la sociedad le conceden funciones ornamentales, a tono con el ideal: ¡La madurez de la civilización!

"Un sentimiento puro y ardiente"

Desde el principio, la sensibilidad de los personajes femeninos está marcada, y va desde la imposibilidad de alternativas morales al permiso degradado de la creación artística. El ejemplo evidente: las poetisas (luego "poetas para indicar la seriedad de su intención, como reza el absurdo sexista). ¿Qué se demanda de una *poetisa* en el siglo XIX? Sencillez, espiritualidad, búsqueda de los valores que enaltecen el hogar. Y si la escritora no cumple al pie de la letra con las exigencias, peor para ella. Sus lectores la tratarán como si así lo hubiera hecho, y desdeñarán sus brotes de sexualidad, sus intentos heterodoxos de transmitir la condición femenina. Una cita de Ignacio Manuel Altamirano viene al caso. En relación a una amiga:

> Gratísima y por demás deliciosa es la impresión que deja en el ánimo la lectura de las poesías de usted. Un sentimiento puro y ardiente, robustez de inspiración, inefable ternura en las expresiones, profunda moralidad en los asuntos, gala en los cuadros descriptivos; he aquí las cualidades que sobresalen en las composiciones poéticas de usted ("Carta a una poetisa" en *La literatura nacional*).

La sensibilidad femenina: "un sentimiento puro y ardiente", "robustez de inspiración", "inefable ternura", "profunda moralidad", las cualidades definitorias de quienes jamás dispondrán de ciudadanía, ni de genio o talento, pero que repiten en el hogar las lecciones morales aprendidas de los hombres. Ser eco fiel de la didáctica masculina, "dulcificar" la realidad, es cumplir con los requisitos de la "condición femenina". Por eso, el interés narrativo en la prostituta, que es la mujer quintaesenciada (la rendición) y la negación de la femineidad verdadera (la permanente disponibilidad sexual). La prostituta es mujer sólo en lo biológico, porque al prescindir de su vida espiritual se *desfeminiza*. Lo femenino es la sensibilidad indefensa, tal y como lo ejemplifica en su obra una poetisa típica del siglo XIX, María del Refugio Argumedo de Ortíz:

Desaliento

Tiembla en el cáliz de la blanca rosa
la gota cristalina de rocío;
cruza ligero murmurando el río;
la niebla se levanta vaporosa:
gime suave la brisa vagarosa
entre arboleda de ramaje umbrío,
y en las noches templadas del estío
la luna se desliza misteriosa...
Sólo mi alma de duelo entristecida,
vaga entre sombras de letal tormento
con la esperanza y la ilusión perdida;
Me agobia sin piedad el sufrimiento;
que al emprender mi madre la partida
en brazos me dejó del desaliento.

No hay aventura literaria, y ésto no sólo por el talento o la falta de talento, sino por la ordenanza social: no te apartes de un vocabulario poético, no te alejes de la sensibilidad reconocida y reconocible. Otro ejemplo: un soneto de Mateana Murguía de Aveleyra (1856 - ?).

A una rosa

Lozana ayer, fragante se ostentaba
luciendo sus espléndidos colores,
y del sol a los vívidos fulgores
en tu tallo gentil se columpiaba.
El céfiro amoroso la besaba
al arrullo de tiernos ruiseñores:
era la reina entre las otras flores,
y el pensil orgullosa engalanaba.
Pero llegó la noche, y la tormenta
de sus galas airadas la despoja
dejándola marchita, amarillenta:
así la mano del pesar deshoja
la flor de mi ventura, y macilenta,
en el abismo del dolor la arroja.

La mujer es una flor, la mujer es objeto bello, la mujer es la falta de resistencia ante la adversidad y que las interesadas se sometan, es tarea de la sociedad literaria: "Si es mujer deberá escribir como mujer" En todo caso, las escritoras sólo tienen una defensa: el aprendizaje brillante de la técnica. Este es el principio de su independencia. Véase el caso de Josefa Murillo, llamada más que demostrativamente *la Alondra del Papaloapan,* título que ya en sí mismo previene ante la obra. Josefa Murillo es reconocida por su dominio técnico, y eso le permite expresar otros registros (entre ellos, la apetencia sexual), pero es mujer (y Alondra) y no hay modo de huir a la lectura-sin-lectura. ¡Qué espiritual y casta! Esta poesía será sucesión de ritmos gráciles, artificios meritorios, sensaciones de finitud, ausencia de ideas, visión del mundo desde la debilidad y la falta de recursos del poder. A los hombres les toca la poesía vigorosa que exalte y eduque el espíritu. A las mujeres, la poesía que se escribe cuando no hay poesía.

Los personajes que no logran ser autores.

Altamirano *dixit*: las mujeres, por disponer de más tiempo, leerán novelas, género dedicado fundamentalmente al bello sexo, que dispone de más tiempo, y se conmueve más rápidamente ante los sufrimientos. Lectoras, nunca autoras. No hay en el siglo XIX de América Latina equivalentes a Jane Austen, George Eliot o George Sand (dos mujeres que travistieron su nombre literario para posponer los prejuicios). El desarrollo literario tiene que ver con muchas cosas, entre otras la tradición. Pero como lectoras, la mujeres de clase media apresan con facilidad el chantaje sentimental de los relatos, y crean la tradición oral del melodrama al contarle historias a sus hijos a la hora de la comida, "función reproductora" y pedagógica.

En las novelas, antes que ninguna otra cosa, los personajes femeninos encarnan la falta de poder. Si son decentes, se les desensualiza o desexualiza, se les aparta de la política, del Mundo Verdadero. Para compensarse, las lectoras se transfiguran en heroínas, disfruten o no (lo más probable es que no) de posibilidades amatorias. En tanto lectoras, ejercen al máximo la sensibilidad a su alcance, las virtudes "propias de lo femenino", la espiritualidad (sinónimo en las novelas de XIX de *sumisión* o de un espíritu cuya nobleza y decisión de sacrificio se somete a los dictados del padre, del cura, de la sociedad). Ellas también creen en que la inferioridad natural de la mujer es fundamento de la autoridad, y de ese sitio secundario ni la heroína más notable se exime, especialmente a partir de que la lectura de novelas comienza a ser asunto básicamente de hombres.

Un ejemplo de la pureza como insignificancia: el personaje de Remedios, en la tetralogía de Rabasa (*La bola, La gran ciencia, Moneda falsa* y *El cuarto poder* 1887-1888). En el ambiente mezquino y ruin de la provincia y de la capital, entre sublevaciones y corrupciones, Remedios es el ángel que atraviesa con semblante de éxtasis y dolor entre las acechanzas del destino, dormida, agónica, en estado de fiebre. Mientras ella inconciente suspira y gime, la contempla con unción quien la protege de la realidad. Sin autonomía, su pureza es la única dignidad que se le otorga, y su representación social es la debilidad prestigiosa.

En esta literatura (y la regla implacable casi no permite excepciones), si una mujer es independiente, no dispone de dignidad social. Esto no sólo vale para el caso extremo de las prostitutas, sino para la Coqueta, categoría femenina tan fechada que desaparece al establecerse nuevas leyes sociales. ¿Qué es la *coquetería?* El elemento de distracción funesta, la disponibilidad que ofende a la moral y anticipa la independencia como negación de la moral (Por eso, al dejar de ser la coquetería rasgo negativo de lo femenino, se amplía el espacio de independencia). En la novela que introduce a la mujer en la sociedad mexicana de la Independencia, *La Quijotita y su prima* (1819) de Fernández de Lizardi, la oposición surge entre la mujer que conoce y ama su lugar-en-el mundo, y la coqueta, despilfarrada y alocada. Prudenciana, virtuosa y hacendosa, cuida de su hogar; Pomposita (la Qùijotita) es la exhibición del deterioro: mimada, lisonjeada, consentida, "fiada en su hermosura y en sus gracias, sólo trataba de acrecentar el número de esclavos, que así llamaba a sus admiradores".

Los efectos retroactivos

Hablar de pensamiento patriarcal es calificar todo nuestro proceso histórico: colonial, formalmente independiente, liberal, revolucionario, pos y contrarrevolucionario. Por eso, en la literatura mexicana el sexismo encuentra a un colaborador eficaz e inevitable. En este caso, el reflejo de la moral dominante es directo y —casi siempre— sin matices. Si otros fenómenos de la vida nacional (la pobreza, o la pasión política, por ejemplo) suelen admitir asimilación y recreación artística, no sucede así en lo tocante al sexismo. Es visión tan poderosamente arraigada que —júzguesele como se le juzgue— constituye una respuesta idiosincrática a las solicitudes externas e internas. Así, cuando Díaz Mirón se exacerba y dice

Convéncete, mujer, que hemos venido,
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma para el nido,
yo como león para el combate

encarna el machismo de su época, y, al mismo tiempo, escenifica el papel concedido al hombre por las costumbres, una visión operática de la realidad, que se requiere para ser captado. (Gran parte de la literatura del porfiriato recurre al énfasis para no disolverse).

La sensibilidad traducida en imágenes

La "sensibilidad femenina" se construye a través de funciones fijas: diosa idolatrada, recipiente de la concupiscencia, fragilidad envilecida y redimible, compañera de la vida, pecadora arrepentida, santa de los mataderos y las cabeceras de los enfermos, ingenuidad acosada, virgen de medianoche, señora tentación, pinche puta, madrecita adorada, vieja chismosa, momia rezandera, candor pisoteado, pobre beata, noviecita santa, patrona de México... Gracias a las imágenes, el estereotipo (el cliché) (el arquetipo) se interiorizan, devienen lugares comunes del comportamiento social.

La "sensibilidad" impuesta no requiere de mujeres específicas, sino de la Mujer con mayúsculas, el don del espíritu, la presencia reconfortante que le otorga su poesía a la lucha por la vida: "Brindo por la mujer mas no por esa en la que halláis consuelo a la tristeza". Y la abstracción culmina en el Hogar (el Recinto Sacrosanto) del cual será guardian y vestal.

Una hipótesis de trabajo: en el proceso de la cultura mexicana (en este y otros sentidos, tan dependiente de la cultura occidental, de la ortodoxia judeo-cristiana), la construcción de la "sensibilidad femenina" sigue una táctica: concederle una *imagen visible* a la mujer para mejor invisibilizarla, y confirmar —a través de paseos simbólicos— su ausencia de los verdaderos escenarios del poder.

Tómese el caso límite de los años de la guerra contra la dictadura y las guerras civiles en México (1910-1930, aproximadamente). Hasta ahora el personaje femenino por excelencia de la Revolución Mexicana es la soldadera. Y si una mujer —Nellie Campobello o Rosa Castaños— quiere escribir sobre la violencia armada, deberá hacerlo prodigando símbolos y alegorías. Cito un fragmento de Nellie Campobello:

> Pablo Mares murió maromeando su rifle de caballería. Cuentan que detrás de una peña grande, un día que hacía mucho sol. Su cara era dorada, su frente bien hecha, sus ojos claros, nariz recta y manos cuadradas. Hermoso ejemplar. Sus hijos le habrían agradecido la herencía. Los niños feos y enclenques, pobrecitos, y sus padres también. Los Pablos habrían dado hijos sanos y bien parecidos. Yo creo que Pablo Mares dejó de maromear su rifle y el cuerpo fuerte, el regalo que hacía a la revolución cayó poco a poco, resbalándose sobre su lado izquierdo; las manos se fueron acostando sobre la peña y se quedaron quietas junto a la tierra, sus ojos claros no se cerraron. Su cara roja se fue muriendo poco a poco. Sus anchas espaldas reposaron ya tranquilas. Toda la sangre que corría hecha hilos rojos, hervidos sobre la roca, pedía perdón por no haber dado hijos fuertes... Yo creo que sus brazos se durmieron junto con el rifle después de un canto de balas.

Son Elena Garro y Elena Poniatowska, las primeras escritoras que trascienden los inpedimentos culturales que le vedan a las mujeres la descripción de la violencia. O de los temas "ajenos a feminidad". Así, los esfuerzos de Rosario Castallenos por usar las posibilidades temáticas y formativas a su alcance, sólo quebrantan con claridad cuando recurre a la ironía, al sarcasmo, a la autodeterminación, y se inventa un personaje que le da vuelta a las prohibiciones y a los rechazos. En los años de la revolución se fomenta una sola cultura, que ve en el nacionalismo la mayor creación cultural del proceso armado y encuentra en el muralismo y

en la novela de revolución sus expresiones mayores. El énfasis se deposita no tanto en la creación o en la reconstrucción nacionales, sino en el sentimiento nacionalista donde la mujer no tiene participación activa. En novelas, poemas proletarios, narraciones costumbristas, obras de teatro, crónicas, etc. encontrarán cómo lo que impulsa al nacionalismo es el sentimiento de pertenencia que da origen a la nación y en este nacionalismo impulsado la mujer sólo tiene papeles secundarios, así sea Tina Modotti repartiendo los rifles en el mural de Diego Rivera. El nacionalismo mexicano está hecho a imagen y semejanza del impulso masculino de violencia que al aquietarse se transforma en el impulso masculino de construcción de la nación y del orgullo de pertenecer a una nación construída con violencia.

En la Alta Cultura, a la mujer se le encomienda encarnar hasta el límite las sensaciones y los sentimientos, ser cursi hasta lo último, agotar la sensiblería. Las poetisas de provincia (aquéllas que le dan tan mala fama a las poetisas y a la provincia), representan a la sensibilidad como inermidad cultural,la defensa de los valores familiares, la desprotección que se sublima en el sufrimiento o la dulzura extrema. Lo femenino es comtemplación plácida, arroyuelo cristalino, amancer diáfano, etc. y esto se aviene perfectamente con la cultura de la provincia, ya carente de prestigio desde los años veintes, así su poder de reproducción alcance todavía a los años cincuentas, y de un modo u otro todavía hasta hoy.

La pureza es una luz que no se extingue

En el siglo XIX, se destina para las mujeres un espacio del "crecimiento espiritual" a pausas, donde desarrollen sus "potencialidades" sin esforzar su mente, sin abandonar *los deberes propios de su sexo* (Entiéndase por *mujeres* aquellas "menores de edad moral" bendecidas por la Respetabilidad de la clase media y la burguesía). Los *Calendarios para señoritas,* las lecturas piadosas, la incitación a la lectura de *novelas convenientes,* el cuidado del habla masculina en su presencia, el sometimiento a la complicada jerarquía paternalista, la prohibición de salir solas, la imposibilidad de recibir trato igualitario de las leyes, la obligación de mostrar cualidades específicas, todo el conjunto de prohibiciones y deberes interviene en la construcción de la "sensibilidad femenina". Socialmente y culturalmente, la mujer es más objeto que sujeto, y en ese orden de cosas su ser le resulta al patriarcado un reflejo del ser verdadero.

La primera presencia es Tonantzin, Nuestra Madre, que será Guadalupe. Al afianzarse religiosa y políticamente el guadalupanismo, quedan fijos los términos de la idealización: la mujer más venerable ("Te juro que eres lo más sagrado para mí") será la Virgen, con o sin mayúscula, la guardiana del himen inviolable. Y en la literatura (o en la realidad) cuaja el programa panvirginal: lo inmaculado es el signo de las mujeres respetables: mi madre o mi esposa o mi hija, son, han sido y serán vírgenes sin tacha, porque la virginidad, más que condición física, es atributo patrimonial. Todo objeto de mi posesión, en especial las mujeres, es inaccesible: se encuentra más allá de cualquier profanación. Por eso, y en última instancia, se sacraliza a la virginidad femenina: es la manifestación más compleja y evidente del derecho de propiedad.

La lucha armada trae consigo una revolución cultural que reordena los términos de la "sensibilidad femenina". Imposible y sólo representarla como la fragilidad ilustrable. En los campos de batalla y en las tareas de la sobrevivencia, las mujeres han destruido el mito de la debilidad sin límites. Se dan entonces diferentes procesos. El primero, y más notorio, el literario. En cuentos, poemas, novelas, artículos, la mujer será la amada retoma enmarcada por la evocación y los eufemismos sexuales (el objeto idolátrico cuya cumbre es la Fuensanta de López Velarde); la novia pura (que para no dejar de serlo, carecerá de cualquier personalidad); la madre abnegada que resplandece desde el dolor (ser ubicuo que va de la novela de folletín al melodrama teatral a la poesía popular, en el estilo de "El brindis del bohemio" de Guillermo Aguirre y Fierro); la pecadora arrepentida, Magdalena enterada del precio a pagar por el rescate de su virginidad, la muerte (la corriente que encumbra *Santa* de Federico Gamboa); la devoradora, que aprende del espíritu depredatorio de los hombres para vengarse por la destrucción de su inocencia (este cliché atraviesa el folletín y en el cine, María Félix lo convierte en su emblema); la soldadera fiel, presta a morir por su hombre (la Codorniz en *Los de abajo* de Mariano Azuela); la coqueta que juega con su honra para perderse (Micaela en *Al filo del agua* de Agustín Yáñez); el ser febril e inaccesible que es la poesía pura entre las ruinas (Susana San Juan en *Pedro Páramo* de Juan Rulfo); la amante enloquecida cuya entrega decidida la redime de su impudor (Adriana en *La Tormenta* de José Vasconcelos)... La lista es muy amplia, pero no hay dudas sobre el hecho fundamental: el ámbito cultural en México tarda mucho en incorporar nociones contemporáneas sobre las libertades de la mujer.

En el proceso de implantación forzosa de la "sensibilidad femenina", la literatura es, por razones obvias, elemento menor. Los agentes principales son el Estado (reacio a los derechos a la mujer. El voto femenino se concede apenas en 1953), la Iglesia (empeñada en negarle derechos corporales y psíquicos) la Familia (en donde se opera la curiosa estrategia de decirle *matriarcado* a la típica delegación de funciones del paterfamilias), y la Sociedad, (renuente a todo cambio que amenace a su sistema jerárquico). Antes de los años sesentas, a la literatura mexicana le corresponde el registro de los prejuicios, con muy escasa resistencia de su parte.

Las dificultades del cambio

La modernización pone en crisis la "sensibilidad femenina" tradicional. Se deteriora el cerco protector de revistas que exaltan el candor, homilías, eufemismos de la madre para endulzar los procedimientos nupciales, graves y leves regaños del confesor, propaganda de los almacenes comerciales, cultivo del pudor y del rubor...Diversos fenómenos actúan simultáneamente: la virginidad el día de la boda deja de ser requisito inexorable, la familia tribal cede el paso a la familia nuclear, se adelanta la edad de la pubertad con la formación más precoz de los cuerpos, las costumbres evolucionan (en gran parte, gracias a la explosión demográfica y al influjo internacional de los medios masivos, se resquebraja casi en todas partes la moral tradicional, se acrecienta, el peso de la mentalidad permisiva).

Casi de golpe, y en todas las zonas del país, las jóvenes descubren su cuerpo (con la pequeña ayuda del culto al deporte y la publicidad), ya no apena confesarse a disposición del placer sexual. Pese a las resistencias de los núcleos tradicionalistas, se prodiga la educación sexual (que de batalla científica pasa a la condición de industria), se divulgan las teorías de Freud, seguidores y adversarios, la sexología es un horizonte de conocimientos deleitosos y casi siempre inexactos. El salto dialéctico: la eficacia de los métodos anticonceptivos. El vuelco de las mentalidades: el tránsito del aborto de pecado mortal a imprevisión lamentable, lo que implica la disminución del control de la Iglesia sobre las vidas, y la eliminación gradual del concepto represivo de la Honra.

De la "sensibilidad femenina" del siglo XIX quedan huellas profundas en el lenguaje público, y en la literatura, en donde se pierde todo intento "correccional" (ya nadie educará como Lizardi, ni amonestará como Payno, ni regañará como Gamboa), y a cambio de la indiferencia ante la "sensibilidad femenina" de dulzura y resignación, que se da por bien perdida, se libra la campaña contra la censura que es reclamación de una nueva "sensibilidad", con más derechos, pero igualmente sometida en lo esencial. En las novelas abundan ya los personajes tanto más libres de acostarse con quien quieran cuanto más incapaces de autonomía psíquica.

Hoy no se advierte con claridad cuál es el concepto dominante de "sensibilidad femenina". Lo impide la democratización de la vida social (precaria todavía, pero enorme a comparación de lo anterior). La industria cultural propone una "sensibilidad moderna", consumista, deportiva, libremente dependiente, fundada en los criterios de belleza y elegancia. El tradicionalismo mantiene sus premisas de sometimiento, cuyo mayor éxito es convencer —so pena del infierno— a las millones de jóvenes que han abortado que deben llegar vírgenes al matrimonio, que a pocas se les ofrece. Y la "feminización de la economía" (la entrada creciente de mujeres al mercado de trabajo), genera otro proyecto de sensibilidad, mucho más ajustado a la realidad, cada vez menos dictado desde fuera.

Hasta ahora, el mito o el sistema de mitos llamado la "sensibilidad femenina", ha sido sinónimo de las cualidades que facilitaban la vida doméstica, y mistificaban las relaciones sexuales. Aunque todavía esta versión dispone de fuerza social, su reemplazo está a la vista, una sensibilidad más franca, directa, belicosamente resentida, irónica, democratizadora, la vislumbrada en los últimos poemas de Rosario Castellanos, la que hace de la conciencia de la enajenación el punto de partida para la libertad crítica.

NOVEDAD

PUBLICACIONES
EL COLEGIO DE MÉXICO

Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM)
Directorio de investigadoras sociales y programas de estudio e investigación sobre la mujer en América Latina y el Caribe
coeditado con la UNESCO

Este directorio presenta, con cuatro índices distintos, las referencias básicas de las investigadoras —de 18 países— que participan en diversos programas y proyectos de investigación cuyo objeto de estudio es la mujer
En el documento se anotan datos de más de ciento treinta investigadoras de 19 disciplinas diferentes

De venta en la librería de **El Colegio de México**

El Colegio de México, A.C., Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F., teléfono 568-60-33 ext. 388

siglo veintiuno editores

Tres libros del antropólogo suizo Jean Ziegler

1 LOS VIVOS Y LA MUERTE
...una tentativa de hacer avanzar el conocimiento sociológico en la zona oscura de la muerte, sin separar la voluntad de comprender de la de liberar

2 UNA SUIZA POR ENCIMA DE TODA SOSPECHA
...país que, bajo el disfraz de la neutralidad y el altruismo, ayuda al imperialismo contra las fuerzas progresistas del Tercer Mundo

3 SAQUEO EN ÁFRICA
...la tragedia histórica de un continente que, del rompecabezas colonial a los más recientes saqueos neoimperialistas, no ha dejado de ser fragmentado

Nevermore

Y ahora les presentamos el nuevo libro de Raimunda Aminlau de la editorial Nueva Cultura Feminista

¡AH NO, YA BASTA, POR DIOS!

Ya no se ve más que mujeres, no se oye hablar más que de mujeres, sólo existen las mujeres. ¡No puede ser!

Mujeres, mujeres las muuuujeres ¡Ya verán!

Yo no me opongo... ¡Tienes que reconocer que tú haces lo que quieres! ¡Yo no te critico! No estas muy oprimida que digamos ¿no?

Ya cállate de vaudo en cuando ¿si? Tampoco nos vamos a dejar arrastrar por el lodo hasta ya no dar más...

En Africa no son pendejos... hace tiempos que encontraron la solución: ¡El HAREM!

En verdad yo debo haber nacido para eso a ti también te gustaría... ¡Si, si! no te molestes en darle importancia

serías más amable porque tendrías que emular... Todas ustedes querrían ser mi favorita...

yo llegaría trendría los dedos y ustedes, lánguidas, las siete a mis pies... ¡Perfecto!

PUAAÀ

...en el cual Raimunda Aminlau nos habla de la Toma de Conciencia y de la lucha de las mujeres Tubules de la Tribu

BRETÉCHER

Simone de Beauvoir; háblenos de ellas Entrevista con Anne Zelinsky

Simone de Beauvoir no podía haber estado ausente en el primer número de *fem*. (octubre-diciembre de 1976). Publicamos entonces una entrevista de la autora de *El segundo sexo* a su compañero e interlocutor, Jean Paul Sartre, y que tradujo Andrea Revueltas. En ella, entre otras cosas, la pareja estuvo de acuerdo en que la revolución socialista, lejos de lo que siempre habían creído, no traía consigo necesariamente la emancipación de la mujer.

En el número 46 de *fem*. de junio-julio de este año, poco tiempo después de su muerte, recordamos a Simone de Beauvoir en un artículo. Ahora, para este número 49 que celebra nuestro décimo aniversario, hemos traducido la entrevista que le hizo Anne Zelinsky y que fue publicada en el número especial de *Hommes & Libertes*, diario de la Liga de los Derechos del Hombre, número 33, aparecido en París, 1984; y unos fragmentos del libro *Sartre* de la escritora francesa Annie Cohen Solal.

Anne Zelinsky. Usted y yo nos encontramos hace ya catorce años, en 1970, cuando el feminismo reaparecía en Francia o el MLF (Movimiento de Liberación de las Mujeres) empezaba a existir. Teníamos mucho por hacer ¿se acuerda?

Simone de Beauvoir. Perfectamente.

Anne Zelinsky. Me parece que en catorce años nuestra reflexión y nuestra acción han sacudido profundamente a la sociedad: derecho a la maternidad libre, denuncia de la violación y de la violencia sexual, incluso un proyecto de ley antisexista que rescata la reivindicación que hacen las mujeres de la dignidad. Mucho se ha cambiado en catorce años, incluyendo un informe del Consejo Económico y Social que hace un balance de las modificaciones que han sufrido esos modos de vida, y se alarma por ello. Habla de cambios sin precedente de la sociedad y de las formas de la familia. Parece, en efecto, que la sociedad patriarcal está a punto de resquebrajarse: hay un aumento muy importante de los divorcios, los matrimonios disminuyen (se supone que si el movimiento continúa, 37 por ciento de hombres y 35 por ciento mujeres nunca se casarán) y por otra parte está la popularización de la unión libre. Los jóvenes prefieren con mucho vivir juntos antes que pasar por la institución del matrimonio.

Muchas preguntas se plantean entonces a partir de este balance y de los catorce años que acaban de pasar. Nunca se ha reconocido lo que este cambio le debe al feminismo; un cambio en el que somos, después de todo, protagonistas.

Hay un fenómeno de ocultamiento ya conocido y, más todavía, una denigración del feminismo hoy día. Asistimos, particularmente desde hace un año, a campañas de prensa que tienden a hacernos creer que el feminismo ha muerto. ¿Cómo explica usted esos rumores públicos? ¿Cuáles son las razones de tales campañas?

Simone de Beauvoir. Creo que desde el principio el feminismo fue muy mal visto por la sociedad patriarcal en su conjunto. Y no digo sólo por los hombres sino también por las mujeres que están integradas en esa sociedad y que la desean, porque encuentran en ella ciertas ventajas. La primera acción que hicimos juntas fue por el aborto: lo que se ha llamado "el manifiesto de las 343 cochinas". Decíamos en él que habíamos abortado. No se atrevieron a procesarnos. De acualquier forma, a partir de ahí se dieron las leyes que legalizaron completamente el aborto. No sólo tenemos ahora el derecho de abortar sino que, también, nos reembolsan los gastos que el aborto origina.

Pienso que ahora el feminismo ha perdido su aspecto más virulento y exhibicionista, necesario al principio para que algo se desencadenara, y verdaderamente algo desencadenó. Ahora la contracepción, así como el aborto que fue objeto de una lucha, han pasado a formar parte de la costumbre. La gente dice que ya el feminismo es inútil, que no hay nada por hacer, o que todo está ganado. Es completamente falso.

Anne Zelinsky. ¿No ve usted una relación entre esas campañas de entierro y denigración y la existencia de un ministerio de los derechos de la mujer? ¿No será justamente porque el feminismo no ha muerto sino que está a punto, incluso de institucionalizarse que, de golpe, los perros guardianes del patriarcado, por así decirlo, se movilizan en su contra?

Simone de Beauvoir. Es totalmente cierto. No solamente existe un ministerio, lo cual es muy importante, sino que también la óptica de las publicaciones femeninas (no digo feministas) ha evolucionado. Las respuestas de Marcelle Segal, por ejemplo, en el "correo sentimental" de *Elle,* son completamente diferentes de lo que eran antes. Antes estaba muy mal visto que una joven tuviera un amante, que se acostara con él. Ahora simplemente se dan algunos consejos acerca de las precauciones que hay que tomar. Ya no hay más la preocupación por moralizar. Ciertas cosas se admiten, como por ejemplo la homosexualidad, que ya no es más un tabú.

Pienso que estas ideas nuevas han penetrado en la mujer, no diría yo en la más antifeminista sino en la afeminista, en la mujer común. Esto es muy importante y es, precisamente, obra de las feministas.

Traducción: Elena Urrutia

Anne Zelinsky. Sí, pero esas mujeres siguen diciéndose: "Yo no soy feminista". Me gustaría llamar la atención hacia la trampa en la que caen cuando rehusan reconocer la acción de las feministas. Entran en esa división que los hombres siempre han establecido entre las mujeres y las feministas. Entran en esa rivalidad que ha constituido la base de nuestra represión. Creo que tenemos ahí un fenómeno de reacción que es completamente legítimo y que siempre acompaña a los movimientos revolucionarios. Pero las mujeres no se tendrían que dejar intimidar ni caer en las trampas que se les tienden. De hecho, cuando han producido un discurso feminista ¡que lo asuman, pues! No hay en ello ninguna merma, ninguna vergüenza.

Simone de Beauvoir. Naturalmente, pero para la mujer comun y corriente la condición de ser mujer, pese a sus inconvenientes reales, tiene ciertas ventajas como por ejemplo la falta de responsabilidad, el hecho de ser más o menos mantenida por el marido, o el poder no trabajar, entre otras cosas. Entonces la idea de una mujer verdaderamente libre, responsable de sí misma, responsable también de sus hijos, le da un miedo infinito y no quiere que la comparen con las mujeres que reclaman eso. Porque quiere conservar al mismo tiempo el estatuto de la mujer objeto, de la mujer mantenida. Creo que prevalece el punto de vista económico.

A muchas mujeres no les da vergüenza ser mantenidas y ponen esa vergüenza en el punto de vista feminista que rechaza la opresión y afirma la necesidad de ser autónomas.

Anne Zelinsky. Es cierto que en el fondo el rechazo del feminismo está ligado al miedo que inspira. Es un ideal alto que no es accesible para todo el mundo y que obliga a cambios dolorosos.

Lo que usted dice es cierto para algunas mujeres pero, sin embargo, muchas de ellas continúan en el mercado de trabajo. Se mantienen firmemente en él a pesar de la crisis y el desempleo. Tienen por ello mucho mérito, porque el nuevo modelo que se les propone es un modelo aparentemente invisible. Se les pide conciliar a toda costa la vida profesional en la que tienen que hacer tanto o más que el hombre, y la vida familiar. Hay que preguntarse si, en el fondo, han ganado algo con este asunto porque, a fuerza de conciliar tanto ¿no pierden ahora todavía más de lo que perdían antes?

Simone de Beauvoir. Pienso, en efecto, que se trata de conciliar; el momento que vivimos actualmente es en extremo difícil para las mujeres. Pero ¿qué es lo que quiere decir conciliar? A un hombre no se le pide que adapte su vida profesional a su vida conyugal, su vida de padre y de hombre de la casa. Concilia tanto más fácilmente en tanto la mujer es quien tiene, de hecho, que conciliar. Si los hombres aceptaran su parte de responsabilidad, no habría más problema ni para las mujeres ni para los hombres. No se hablaría de conciliación.

Anne Zelinsky. En otras palabras, a una mujer joven ¿le aconsejaría usted no conciliar?

Simone de Beauvoir. No conciliar o pedir a su marido que él también concilie. La palabra conciliar me da horror. Yo nunca he conciliado. Tal vez porque nunca tuve hijos. Porque nunca quise casarme.

Anne Zelinsky. ¿Qué es para usted determinante en una pareja para que una relación sea digna de ese nombre?

Simone de Beauvoir. Un total reciprocidad. Es decir, el respeto que cada uno tenga de la dignidad y la libertad del otro; sin imponerle deberes que no comparta él o ella misma. Que el hombre respete el trabajo de su mujer como ella puede respetar el suyo. Que no le pida, por ejemplo, si ella es profesora, que deje de corregir tareas para ir a ponerle los calcetines al hijo o a la hija. Hablo de ejemplos que conozco bien. Hay muchas mujeres que son profesoras y que trabajan y corrigen tareas igual que su marido. Pero el hijo o el marido siempre pueden pedir: "La sopa, tengo hambre, ya deja eso". Hay siempre una interiorización tal de los deberes femeninos que, aun cuando una mujer sea feminista de palabra, contradice su acción y su voluntad real.

Anne Zelinsky. Se podría decir que, en el fondo, las mujeres no han alcanzado la dignidad porque no tienen el respeto de sí mismas que hace que en un momento dado puedan decir no.

Simone de Beauvoir. Absolutamente.

Anne Zelinsky. ¿Por qué esas mujeres de las que usted habla, cuando se les pide que interrumpan la corrección de las tareas para hacer la comida, lo aceptan?

Simone de Beauvoir. Conozco a muchas que aceptan. Profesoras comunistas, por ejemplo. Porque de hecho el comunismo no es para nada feminista. Esas mujeres son cómplices de su situación.

Anne Zelinsky. Como decíamos antes, el feminismo se obstinó en que esta noción de dignidad emergiera a lo largo de todas las batallas que sostuvimos y que aún ahora sostenemos. No es tanto la igualdad lo que exigimos, porque la igualdad sin dignidad sirve para nada. Es sobre todo ese sentimiento de respeto a uno mismo lo que conduce automáticamente al otro a respetarnos. Ese sentimiento es el que buscamos que emerja, no sólo en el derecho al aborto y a la contracepción (quien no es libre de disponer de su cuerpo, no es libre), sino también a través de ciertas medidas, como por ejemplo el proyecto de ley antisexista, que fueron temas de actualidad pero muy mal comprendidos. El proyecto de ley antisexista, en el fondo, ¿no es acaso un medio de hacer respetar la imagen de la mujer?

Simone de Beauvoir. La integridad de la mujer, es cierto. Tomemos el ejemplo del parto, que sigue siendo a menudo un suplicio. Podría no serlo. He hablado con muchas parteras que me han dicho: "Si los anestesistas fueran más numerosos, sí, sobre todo, fueran más concientes de su deber y se quedaran cerca de la persona anestesiada, se podría bloquear a todas las mujeres". A un hombre, cuando hay que intervenirlo en la parte inferior del cuerpo, siempre se le hace un bloqueo. Pero se les niega a las parteras el derecho de usar una segunda inyección cuando hace falta. Una comadrona me contó que había pedido a una anestesista firmar una carta solicitando que se les autorizara poner la segunda inyección. "¿No le importa a usted el sufrimiento de las mujeres?", le había dicho, a lo que la anestesista, siendo mujer, le respondió: "A mí qué me importa el sufrimiento de las mujeres".

Esto significa que el cuerpo de la mujer es considerado como objeto de sufrimiento. No era necesario haber escrito la *Historia de O.** para pensar que la mujer estaba hecha para sufrir. Si un hombre tuviera que sufrir los dolores de parto es evidente que, desde

---

Pauline Réage, *La historia de O.* "Clásico" de la literatura erótica en el que predomina una concepción sado-masoquista, siendo la mujer el objeto pasivo.

hace mucho tiempo, esos dolores no habrían desaparecido, pero habrían sido de tal forma atenuados que ya no se hablaría de ellos. Si las mujeres se movilizaran, como lo hemos hecho en otros momentos, para conseguir que se les haga el bloqueo en el parto, lo lograrían. Pero son muy pasivas y se someten; tienen la idea de que es necesario aceptar. De la misma manera que aceptan las tareas domésticas. Les parece "normal" que todo les caiga sobre los hombros, tanto el dolor del parto como el trabajo doméstico.

¡Consideran que son asuntos privados!

Anne Zelinsky. Pero el aborto, la contracepción ¡también eran asuntos privados!

Simone de Beavoir. Sí, pero de cualquier forma un privado ya muy discutido que las mujeres resentían de una manera muy violenta. Mientras que los dolores de parto, las cargas domésticas, el hecho de educar a los hijos, forman parte de su dominio, del que obtienen, además, beneficios. Es necesario, de cualquier forma, seguir siendo mujer, una mujer con encanto, que guste a los hombres y que sepa llevar una casa. Hay un hecho cierto: los hombres representan una casta mucho más poderosa política y económicamente que la casta de las mujeres. Y digo casta porque no se puede pasar de una casta a la otra. La casta inferior, la menos privilegiada, tiene todas las ventajas cuando traiciona a su propia casta y se solidariza con la clase superior.

Anne Zelinsky. ¿Están dispuestas ellas a pagar el precio de su liberación, que es la posible ruptura, momentánea o definitiva, con el hombre? Eso que nosotras nos atrevimos a hacer. Porque ahí tocamos el problema de la relación de la pareja. Una relación sólo es un intercambio profundo cuando se asume el riesgo de romper con el otro, cuando se afirman los límites de cada uno.

Simone de Beauvoir. Por supuesto.

Anne Zelinsky. De otro modo, sería una relación, una especie de rutina cómoda.

Simone de Beauvoir. Una rutina cómoda, en efecto, pero muy pocas mujeres son capaces de sustraerse a ella. Al mismo tiempo, ellas ya no aceptan, por ejemplo, el adulerio del marido como algo natural, o su propio adulterio como si fuera una falta. Creo que su mentalidad evoluciona, aunque muy lejos todavía de la revuelta radical, lo único que podría cambiar las cosas verdaderamente.

Anne Zelinsky. Es preciso señalar esta ambigüedad o complejidad de la situación: muchas mujeres tienen conductas feministas innegables en ciertos planos y en otros no. El plan más problemático es el del amor, porque es un sacrificio que las mujeres no están siempre dispuestas a hacer. Y se equivocan porque cuanto más se afirma uno con respecto al otro, más el otro lo toma en cuenta. Hacen un mal cálculo porque en el fondo los hombres están dispuestos, en cierta forma, a aceptar a las mujeres que se les enfrentan. Me pregunto si no hay ahí un atractivo suplementario.

Simone de Beauvoir. Es posible.

Anne Zelinsky. Pienso que un hombre inteligente —y por supuesto hay algunos— encuentra en la compañía de una mujer que se le enfrenta un interés más grande que en la compañía de aquélla a la que aplasta.

Pero para volver a un tema de más actualidad, un fenómeno que va en aumento, el de las mujeres solas. Son ahora ocho millones en Francia. Mujeres que por diversas razones no conviven con un hombre o no dependen directamente de él. Eso les da y les dará todavía más el gusto por la independencia...

Simone de Beauvoir. Ciertamente.

Anne Zelinsky. ...y por cierta soledad. Porque, en el fondo, la soledad no es tan terrible como se piensa. A medida que las mujeres se familiarizan con la soledad y la conocen, se dan cuenta de que no es ese espantajo que les habían pintado sino, a menudo, una oportunidad de construirse, de encontrarse.

Simone de Beauvoir. Sí, y de realizarse. Pero ¿a quiénes se les llama mujeres solas? Es difícil saber si son verdaderamente mujeres solas o sencillamente mujeres que viven en concubinato y que no se han casado. Lo interesante es que las concubinas tengan los mismos derechos que las mujeres legítimas.

Anne Zelinsky. Eso es, justamente, lo que provoca la alarma del informe del consejo económico y social sobre el que hablábamos antes. Porque el concubinato actualmente es una situación mucho más ventajosa que el matrimonio. El Estado no logra ya controlar a los individuos, pero éstos se aprovechan de las ventajas que te ofrece el Estado. Es una situación única en la historia.

Simone de Beauvoir. Sí, es cierto.

Anne Zelinsky. Y es muy interesante porque marca el ascenso del individuo, el advenimiento de una cierta autonomía del individuo en relación con el Estado. Y, sin embargo, un individuo que se aprovecha de las ventajas que el Estado puede darle.

Simone de Beauvoir. Eso significa un verdadero golpe a la civilización patriarcal. Es muy importante. Creo que esta pulverización de la familia patriarcal es algo positivo para las mujeres. Porque hay madres solteras que eligen tener hijos sin tener marido; mujeres que escogen tener una relación con un hombre sin haberse casado. Todo eso, evidentemente, les permite una mayor autonomía, una mayor toma de conciencia de ellas mismas y, por lo tanto, un acceso a la dignidad como usted decía hace un rato.

Anne Zelinsky. Entonces, para concluir, ¿usted piensa que esta situación es irreversible?

Simone de Beauvoir. ¡Sí, por supuesto! La mujer será cada vez más libre y cada vez más conciente de su libertad. Creo que no se podrá retroceder de la misma manera que no se ha echado marcha atrás en la abolición de la esclavitud.

La mujer oprimida va a desaparecer progresivamente de la civilización, y ése es un fenómeno irreversible y muy importante. El mismo feminismo ha estado imbuido por la evolución de las costumbres, es cierto, pero ha desencadenado algo, me parece, irreversible. Es difícil imaginar que dentro de cien años una mujer esté sometida a su marido o a sus hijos como lo estuvo hace cien años.

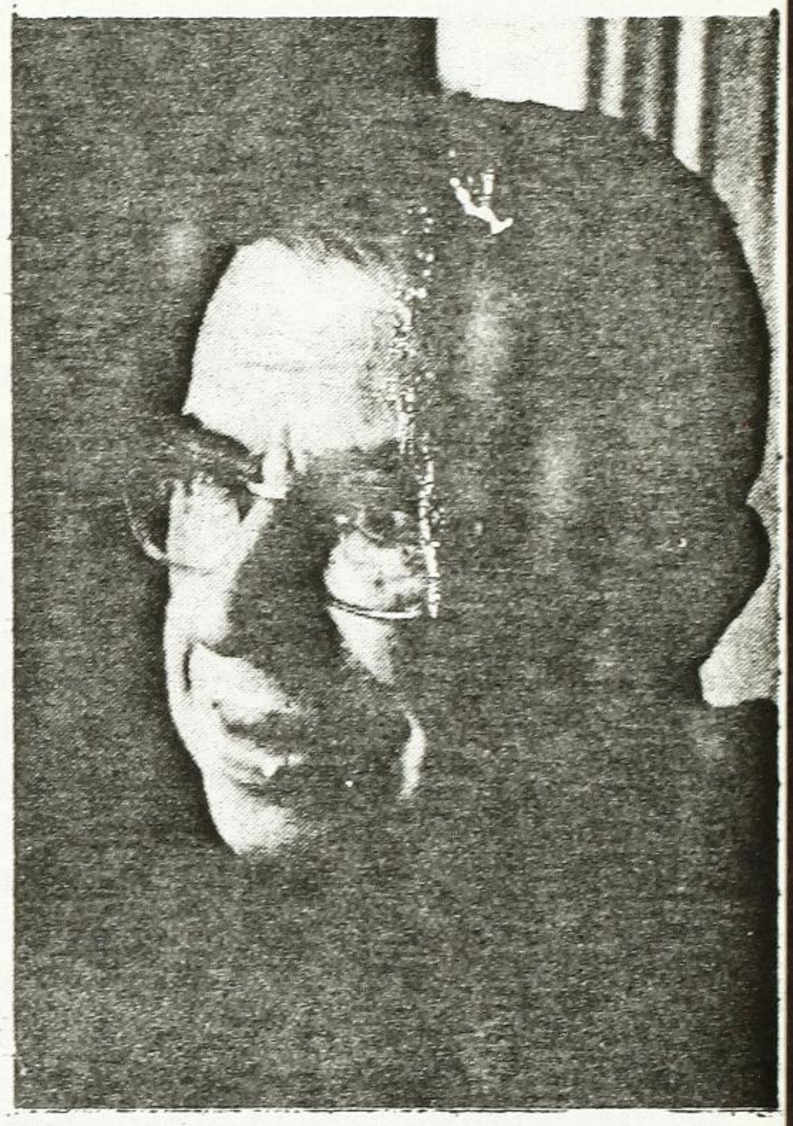
Anne Zelinsky. En cien años, tal vez, se preguntarán cómo la humanidad...

Simone de Beauvoir. ...ha podido soportar eso. De igual manera que nos sorprende que esas magníficas civilizaciones griega o romana (que eran en principio democráticas) aceptaban la existencia de la esclavitud, aunque esto se comprenda, por supuesto, cuando se conoce un poco mejor su historia. De igual forma se comprenderá sin duda cómo las mujeres pudieron ser, si no esclavas, por lo menos oprimidas por los hombres. Y causará asombro que esto haya durado tanto tiempo en una época en la que, justamente, se hablaba de democracia y de libertad.

Annie Cohen-Solal

El Castor y la Kobra
*un modelo de pareja**

En el primer lugar de esta promoción de 1929 de agregados en filosofía, Sartre apenas aventajaba al candidato clasificado en el segundo lugar y que era, en esta ocasión, una candidata: la señorita Simone Bertrand de Beauvoir. "Rigurosa, exigente, precisa y técnica, cuenta (Maurice de) Gandillac, era la más joven de la promoción: sólo tenía veintiún años; era, por lo tanto, tres años menor que Sartre y se había saltado un año de estudios, puesto que había cursado su carrera obteniendo su diploma de estudios superiores al mismo tiempo que preparaba su examen-concurso de la agregación. Por otro lado, dos profesores del jurado, Davy y Wahl, me confesaron más tarde que habían dudado mucho entre ella y Sartre para conferirle el primer lugar. Porque si bien Sartre mostraba cualidades evidentes, una inteligencia y una cultura fuertemente afirmadas pero a veces aproximativas, todo el mundo estaba de acuerdo en reconocer que La filósofa era ella".



Sarte había pasado ese segundo año de preparación del examen-concurso en la ciudad universitaria del Boulevard Jourdan porque, como consecuencia de su primer fracaso, ya no podía seguir ocupando la habitación de la rue Ulm. El año fue tumultuoso: cursos en la Sorbona, preparación en grupos con Nizan, Maheu y Gandillac. Todos los aspirantes a la agregación de ese año 1928-1929 habían reparado en el imponente trío compuesto por los normalistas Sartre, Nizan, Maheu; habían consagrado algunas reputaciones, la de Sartre sobre todo, "a quien no le faltaba cabeza" pero que "se decía era el más terrible de los tres" e incluso que "se le acusaba de beber". Entre los jóvenes que Maheu encontraba en la Bilbioteca Nacional y en los anfiteatros de la Sorbona, Sartre ya había dado el alerta sobre una estudiante de filosofía, alta, seria, de ojos azules. "Simpática, bonita, pero mal vestida", había señalado, superior, con una voz tajante y condescendiente. Así comenzó la relación de Sartre con Simone de Beauvoir a quien Maheu había dado el sobrenombre de "el Castor", "porque en inglés *beaver* quiere decir castor" y porque el castor es un símbolo de trabajo y de energía. Una relación que habría de durar cincuenta y un años.

Dejemos que Sartre y el Castor cuenten por sí mismos este encuentro que se volvió casi mítico y que será prácticamente el centro del primer volumen de los recuerdos de Simone de Beauvoir en *Memorias de una joven formal*. No obstante, uno de los compañeros de ese año, Maurice de Gandillac, da una versión un poco diferente de esos primeros momentos: "No fue de ningún modo un encuentro del tipo 'Y por fin apareció Sartre', como ella se complace en referir en sus memorias; había todo un grupo de gente, de contemporáneos, que más o menos se conocían y se frecuentaban, y eso durante cierto tiempo; entre ellos Sartre, Nizan, Maheu, Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir y yo mismo. Fue a través de Merleau-Ponty que yo conocí a Simone, ella conoció a Maheu por mí, y fue Maheu quien la acercó a Sartre y a Nizan. Pero todo eso tuvo lugar a lo largo de aquel año universitario en cuyo transcurso

---

* El título es de *fem*.

Fragmentos del libro de Annie-Cohen Sola *Sartre 1905-1980*
Gallimard, Francia, 1985. páginas 116-117-118 y 130-131-132

Annie Cohen-Solal nació en Argel. Doctora en letras ha publicado antes que éste, un libro sobre *Paul Nizan, comunista imposible*

Traducción: Tununa Mercado

nos preparamos para rendir la agregación''. No fue por lo tanto un ''flechazo'', según Gandillac, sino un acercamiento más lento, más razonado, y quizás más trivial de lo que uno se imagina.

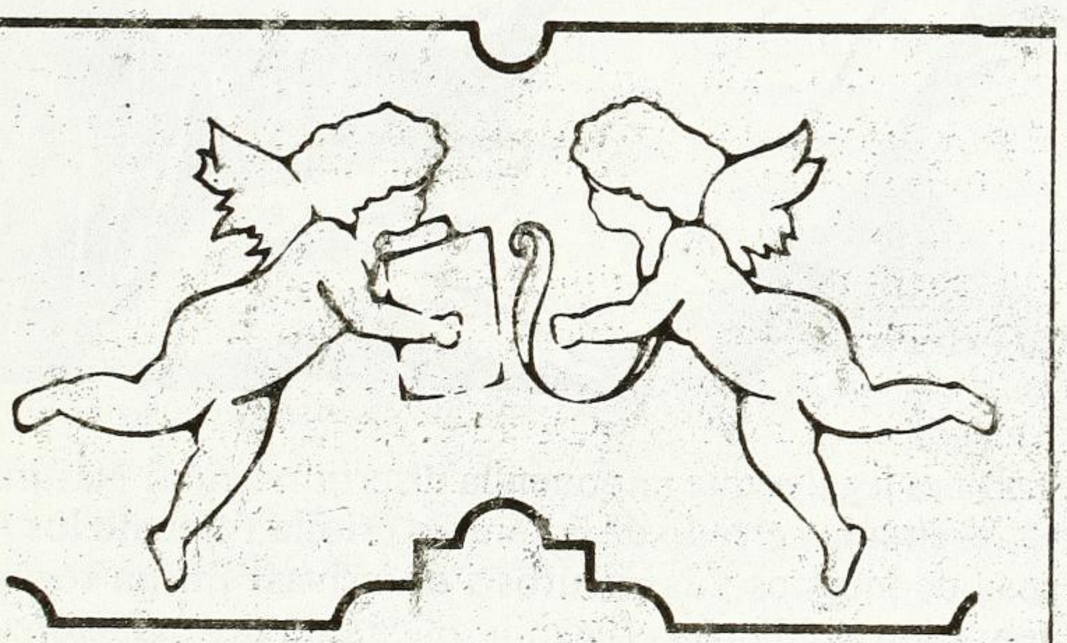
Rituales de encuentros alrededor de los textos del programa, códigos cómplices entre dos estudiantes saturados de lecturas, exacerbados por las convenciones del examen, las presiones de las pruebas. Primer encuentro verdadero, en efecto, en medio de la excitación de esos últimos días previos al examen oral: Sartre le había ofrecido a la joven ''repasar con ellos'' en su cuarto de la Cité. ''Había allí un gran desorden —cuenta ella en sus memorias— de libros y de papeles, de colillas en todos los rincones, una enorme humareda. Sartre me acogió mundanamente, fumando en pipa. Silencioso, con un cigarrillo pegado a la comisura de su sonrisa oblicua, Nizan me espiaba a través de sus gruesos anteojos con un aire de pensar profundo. Todo el día, petrificada de timidez, comenté el discurso metafísico''. Mal vestida, de acuerdo. Pero se vieron obligados, de todos modos, a reconocer que intelectualmente ella ''aguantaba'' la competencia. Sartre, y Maheu la incluyeron en su trío de trabajo: ''Era Sartre, de lejos el que más sabía —explica ella—, se esforzaba para que aprovecháramos de su ciencia, era un maravilloso incitador intelectual... yo quedé pasmada por su generosidad porque esas sesiones no le enseñaban nada y durante horas se gastaba sin cobrar...Cuando ya había pagado lo suficiente con su persona, ponía un disco en el fonógrafo''. Servicial, disponible, ameno, divertido, generoso, tonificante, Sartre fue, durante los exámenes, el verano siguiente y los años posteriores, el compañero amoroso, el gran hermano sólido y consejero, el interlocutor estimulante de esta jovencita tres años menor que él, y que estaba por romper amarras con su pasado de joven formal, educada en una institución católica privada y rodeada de convencionalismos familiares que estaba decidida a dejar de respetar. ''Voy a ocuparme de usted'', le dijo, como un desafío, antes de salir de vacaciones.

Entonces se sucedieron los encuentros, multiplicados, acumulados, y las justas intelectuales, entre estas dos máquinas de pensar, agotadas por los exámenes, pero siempre aceleradas en sus desarrollos personales. ''todos los días, todas las jornadas —cuenta ella— yo me medía con él y en nuestras discusiones no ahorraba... Una mañana... le expuse esa moral pluralista que me había fabricado...: la hizo pedazos... Tuve que reconocer mi derrota''. Cuando, al cabo de tres meses, ella habló de él como del ''doble'' con el que había soñado a los quince años, cuando los intercambios epistolares fueron cotidianos, cuando ese juego les permitió inventar un porvenir liberado de cualquier forzamiento, cuando, finalmente, Sartre cobró conciencia del servicio militar que lo acechaba, de todas las libertades que durante un tiempo iba a tener que conceder, se sentaron frente a sus vidas futuras y reflexionaron. Sartre impuso, en el acto, sus leyes: el viaje, la poligamia, la transparencia. No pensaba renunciar a ninguna de estas sanas disposiciones. Para evitar el aburrimiento de una carrera de profesor en provincia, había solicitado un puesto de lector en Japón para el año siguiente a su baja en el servicio militar. Quería hacer ese viaje y lo haría. Del mismo modo, las amistades con mujeres siempre lo habían tentado y no las abandonaría. En esta situación de cuadratura del círculo se volvió, por supuesto, creativo, y no quiso perder ni su nueva amiga ni sus leyes esenciales. Entonces inventó los conceptos de ''amor necesario'' y de ''amores contingentes'', así como la idea de un ''contrato por dos años''. Simone de Beauvoir seguiría siendo por lo tanto su relación afectiva privilegiada, sin que eso le prohibiera otras. Podría así verla cuanto quisiera durante sus dos años de servicio militar antes de partir para el Japón. Y la transparencia estaba a salvo. ''Soñaba sobre todo —escribiá más tarde al evocar los años precastorianos— con afirmar esta libertad contra las mujeres. Todo esto era tanto más cómico cuanto que ellas estaban lejos de correr tras de mí y que era yo el que corría tras de ellas... Pero una vez tenían que agarrarme: el Castor aceptó esta libertad y la conservó''.

(...)El Castor se había también convertido para los alumnos del liceo de Le Havre en una personalidad misteriosa y atrayente. Sartre había explicado primero que ella enseñaba en Marsella, luego en Rouen, y sobre todo, se sabía que los miércoles después de la clase, él se iba corriendo para no perder el tren de Rouen. Algunos incluso eligieron un miércoles para unir dos ojales de su sobretodo con un candado de manera que tuvo que ir al encuentro de ''Simone'' en chaqueta, ¡un día de invierno! Los alumnos habían oido mencionar igualmente otros nombres, los del pequeño círculo que Sartre y el Castor habían poco a poco organizado en torno a ellos ¿Pequeño círculo? Más bien ''bestiario'' porque la Kobra —alias el hombrecito— y su Castor, por turno, frecuentaban al Bubú y la Babá, el Llama y la Llamita, Pelota y el Mopi, Eute el Hermoso, el Zorro, el Conejo, el Gran Duque y la Viuda. Respectivamente: Sartre y Simone de Beauvoir, Fernando y Stépha Gérassi, Maheu y su mujer, Albert Morel y su hermana, la mujer de Pierre Guille, Marc Zuorro, Hélene de Beauvoir, Paul y Henriette Nizan. En ese muestrario zoológico había muchas huellas de los años de la Normal, pero sobre todo consolidación del círculo de íntimos. Hay que recordar la amistad de Sartre con la Morel, la madre de su ''tapir'', llamada ''Esta Señora''. El Castor se integró a la tribu Morel y fue invitada a su departamento del Boulevard Raspail, a su casa de La Polleze en la costa del Loire, o a la de Jean-les-Pins, sobre el Mediterráneo. Una pequeña red, por lo tanto, tejida progresivamente, en las fluctuaciones de amistades, las movilidades geográficas, a partir de las relaciones de la Escuela Normal; el Castor se había incorporado, había integrado a sus amigos, los Gherassi. Poco a poco otros alumnos-amigos se incorporarán a su turno a los círculos más o menos íntimos de la red, algunos para quedarse toda la vida, otros para seguir su camino.

''Antes incluso de definir nuestras relaciones les dimos enseguida un nombre: Es un matrimonio morganático. Nuestra pareja poseía una doble identidad. Por lo común éramos el Señor y la Señora M. Organático, funcionarios nada ricos, sin ambición y satisfechos con poco. A veces... íbamos a un cine en los Campos Elíseos o al dancing de La Coupole, y éramos millonarios norteamericanos, el Señor y la Señora Morgan Hatick''. En el volumen de sus memorias titulado *La fuerza de la edad*, Simone de Beauvoier da cuen-

ta, se sabe, de experiencias comunes entre las dos guerras, traza en detalle sus viajes, sus lecturas, sus encuentros, con un "nosotros" que confunde a los dos individuos en un personaje siamés indiscernible. En el origen, sin embargo, el "pacto" prosaico impuesto por Sartre, el "contrato por dos años", fue casi una humorada. Esta pareja habrá de convertirse, durante varias generaciones, en un modelo de recambio, un sueño de complicidad en la duración, un logro magistral puesto que, aparentemente, lograba conciliar lo inconciliable: sus dos partes seguían siendo libres, iguales y sin mentira. ¿Cómo nació esta pareja excepcional? ¿Cómo estrechó sus lazos? ¿Cómo se encaminó? Más allá de todos los modelos, el hombrecito y su Castor, llegaron —evitando siempre el matrimonio— a establecer un intercambio, un diálogo entre iguales que duró, al parecer, mucho tiempo. Lo lograron, pero ¿a qué precio? Integraron a algunos pero ¿en qué porción? Rechazaron a otros pero ¿a costa de qué daños? Simone de Beauvoir, al aceptar el pacto de libertad, al desarrollar su propia autonomía, al respetar la de Sartre, habría de agarrarlo en la trampa de sus propias exigencias. Juntos, en lo sucesivo, cultivarían gustos comunes, rechazos comunes; inventarían, poco a poco, una verdadera contra-cultura de lo cotidiano, en lo anticonvencional, la provocación, el odio a los cabrones, la frecuentación de los lugares públicos. "Me da usted pena". "Se me hace muy poético". "Nada me ha parecido tan gratuido y tan necesario", escribía Sartre a su "pequeña flor", a su "encantador Castorcito": elaboración de un léxico de grupo que, acompañando los sobrenombres del bestiario, construiría signos de complicidad, impenetrables y fantásticos. Juntos, tenderían emboscadas a la noticia y adorarían la transparencia. "Mis sentimientos más mínimos, mis más mínimos pensamientos eran, desde su origen, públicos", escribirá Sartre en 1939. "Hasta esta guerra, viví públicamente". Juntos descubrirían a Celine, Faulkner y Kafka; juntos visitarían Nápoles y Barcelona, Londres y Atenas, Hamburgo y Rabat; juntos intentarían descubrir a las recién nacidas *boites* de jazz de París; juntos beberían, a fondo, hasta la ebriedad. Pareja físicamente dispareja; ella grande, él pequeño —como Anne Marie y Jean Baptiste—; ella de una belleza sorprendente, él más bien feo, serían inseparables retóricos y amigos íntimos. El, hermano mayor y sostén constante, como durante el examen oral de la agregación; ella, escucha y consejera. Pondrán en común lecturas, proyectos, amigos, dinero —gastándose en un viaje la suma que él había heredado de su abuela materna—. Dos intelectuales que inventarán contra la sociedad a la que les repugna "integrarse", usos, normas, códigos, nuevos modelos que, más tarde, tendrán adeptos. Por el momento, son sólo profesores de filosofía que odian violentamente la provincia francesa y medianamente a sus colegas, que viven en el hotel y el café y que, extrañamente, se tratan de usted.



FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE · BAR

MAS ALLA DE LA BUENA COCINA...
EN EL CORAZON DE SAN ANGEL

DESAYUNO · COMIDA · CENA
PLAZA SAN JACINTO 3. SAN ANGEL. MEXICO TEL 548 75 68

era

José Emilio Pacheco

POESÍA

Miro la tierra

NOVEDAD EN ERA

Irás y no volverás

Islas a la deriva

El viento distante

EDICIONES ERA ■ AVENA 102 ■ 09810 MÉXICO, D. F.
MÉXICO, D. F. ☎ 581 77 44 | GUADALAJARA, JAL. ☎ 14 90 48 | MONTERREY, N.L. ☎ 42 08 12

Helena Araújo*

La Scherezada Criolla

Scherezada en el trópico, Scherezada en el paramo, Scherezada en la sierra, en el llano, en la aldea, en la subdesarrollada ciudad latinoamericana. Scherezada sería un buen sobrenombre kitch para la escritora del continente. ¿Por qué? Porque como Scherezada, ha tenido que narrar historias e inventar ficciones en carrera desesperada contra un tiempo que conlleva la amenaza de la muerte: muerte en la pérdida de la identidad y en la pérdida del deseo. Muerte-castigo. Seguramente también, la latinoamericana ha escrito desafiando una sociedad y un sistema que imponen el anonimato. Ha escrito sintiéndose ansiosa y culpable de robarle horas al padre o al marido. Sobre todo ha escrito siendo infiel a ese papel para el cual fuera predestinada, el único, de madre. Escribir, entonces, ha sido su manera de prolongar una libertad ilusoria y posponer una condena.

Una condena a la frigidez y al silencio, pues para una sociedad donde los roles sexuales siguen la pauta tradicional, la represión en el discurso tiene mucho que ver con la represión de las pasiones y la libido. Sobra decir que la latinoamericana sobrevive bajo la prohibición del deseo y que tanto la tradición religiosa como la moral burguesa le impiden reconocer y asumir su cuerpo. Además, un siglo adscrito a la técnica y a la productividad limita su libertad de creación, robando espacio a su imaginación y sensibilidad. Fatalmente, los procesos inconscientes de represión no le permiten salir de su mundo introverso sino para enfrentarse a una ley: la de la falocracia. El goce de la lengua y la permeabilidad del estilo provienen de un sentido interior intuitivo que ella quisiera transformar en procesos significantes, pero que finalmente se estanca en la vacilación de lo no-expresado, de lo no-dicho.

Volviendo a la referencia un poco estrafalaria de Scherezada y el oriente, vale tomar en cuenta la influencia que tuvo en Latinoamérica una España invadida por el islamismo. Y sumada a ésta, naturalmente, el tradicional concepto del honor castellano tal como se considera en *Las Siete Partidas*; es decir, como una conducta justificada por hazañas caballerescas o identificada (sobre todo a partir del siglo XV), con un cierto ideal de pureza. Pureza de la sangre, con respecto a judíos y moros en épocas de intolerancia religiosa. Pureza del linaje, que ha de salvaguardarse exigiendo la virginidad o la fidelidad de las mujeres. Por eso el hombre debe defender su honor en la persona de la madre, la hermana, la esposa, la hija. Y debe considerar igualmente inalienable su «derecho de pernada» en los predios de la servidumbre. Esta ideología, trasladada al Nuevo Mundo, se traduce hiperbólicamente en los abusos del conquistador que atropella y viola a la indígena considerada impura.[1] Más tarde, llega la dama española y el orden patriarcal predomina en la tradición de uniones legales que imponen la discriminación. Naturalmente, el círculo cerrado de la familia criolla fomenta los fantasmas de incestos y las neurosis obsesivas. En un régimen de represión libidinosa el sexo implica una degradación: "toda mujer, aun la que se da voluntariamente, es desgarrada, chingada por el hombre", dice Octavio Paz, afirmando luego en una definición ya célebre: "lo chingado es lo pasivo, lo inerte y abierto, por oposición a lo que chinga, que es activo, agresivo y cerrado. El chingón es el macho, el que abre. La chingada es la hembrea, la pasividad pura, inerme en el exterior"[2]

Nació en Colombia. 1934. Ha publicado: *La M de los moscas* (relatos), *Signos y mensajes* (crítica), *Fiesta en Teusaquillo* (novela). Está radicada en Suiza. En preparación: un libro de relatos y un libro sobre la narrativa femenina latinomericana.

1. García Guadilla Naty, "Machisme et Hembrisme en América Latine", *Les Temps Modernes* (Février, 1978).
2. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 70-2.

Del machismo "clásico" al machismo interiorizado

Esta visión literal y cruda de la falocracia puede muy bien referirse a todo el continente. En el norte como en el sur de Latinoamérica, cualquier proyección de las realidades psicológicas con respecto a lo erótico implica una transgresión o un rebajamiento. Así, muchas características del mexicano se reproducen, por ejemplo, en el argentino. La obra de Julio Mafud sobre el machismo describe al hombre como el producto de una sociedad que hasta principios de este siglo mantenía a las mujeres "geometrizadas en el ascetismo de las casas" y exigía a los hombres un continuo alarde de fuerza y dominio. Enamorarse, naturalmente, implicaba un riesgo de flaqueza, y "el amor con violencia compensaba en cierto modo el haber caído en la debilidad de amar".[3] Además, los vaivenes de la relación sentimental exigían como contrapeso la solidaridad y complicidad masculinas. En Argentina, igual que en México, el hecho de andar en comparsa o de comprenderse entre hombres mitigaba la soledad y el resentimiento de quienes rechazaban la comunicación con la mujer. Y aunque posteriormente ésta evolucionara y hallara posibilidades de reivindicación en ciertos países debido a factores como la inmigración y la industrialización, la tradición machista (en mayor o menor grado) continuaría hostilizándola a lo largo y lo ancho del continente.

En una conferencia sobre estos temas (Lima, 1967), Wolfgang A. Luchting afirma que las formas "clásicas" del machismo, tales como la ostentación del coraje y la potencia sexual, están cediendo campo a formas más sutiles. Y esto, porque las actitudes de violencia y dominación se van transformando —a medida que (como diría Sarmiento) la civilización avanza sobre la barbarie— en un comportamiento más reflexivo y racional. Así, el mundo maniqueo de conquistadores, colonos y salvajes, ese mundo primitivo donde solamente reinaba el bien y el mal, va modificándose bajo la influencia de quienes paulatinamente reconocen "la ambigüedad fundamental que hay en la realidad"[4] A este proceso contribuye el crecimiento de las ciudades: obviamente, el machismo del charro mexicano o del gaucho argentino no tienen ya que ver con el del profesional o burócrata. A la ostentación de crueldad en individuos que deben apropiarse de la ley dentro de un continente que la desconoce, sucede la actitud de "urbanismo" y de "decencia". Estas opiniones de Luchting, merecen ser tomadas en cuenta. Por desgracia, su análisis cubre sólo algunos aspectos de la conducta masculina (sobre todo vinculados a la pederastia), sin denunciar verdaderamente la opresión de la mujer en una sociedad hiperbólicamente sexista. Aunque cueste creerlo, el denominado machismo "clásico" o popular sigue proliferando en las provincias latinoamericanas. Y el machismo "interiorizado" de los ambientes cosmopolitas, disimula ingredientes de violencia o sadismo que no por ejercerse con buenos modales dejan de tener efecto. Sin remedio, la mujer, según el lugar donde haya crecido o la clase social a la cual pertenezca, se verá obligada a soportar la versión "clásica", la versión "interiorizada", o una mezcla de ambas.

Patriarca, padre, pater...

Además, paralela al machismo e igualmente vinculada a los tabúes religiosos, está la tradición patriarcal. Patriarca, padre, pater... sí, ese padre que ostenta su autoridad magnánima, "bendice la mesa y el sueño, alarga su mano para que la besen deudos en el saludo y la despedida",[5] Ese padre que se muestra tan generoso y tan justo en la casa familiar como en la hacienda, la estancia o el fundo. Ese varón ejemplar que sirve de tema e inspiración a tantas escritoras. Ester Matte Alessandri evoca en su autobiografía a un abuelo chileno cuya reciedumbre de carácter no logran domeñar ni la lucha política ni el exilio. Lo recuerda "alto, severo, imponiendo respeto". En cuanto a su padre, no sólo posee esas cualidades sino se dedica a "la búsqueda espiritual".[6] Naturalmente, la pleitesía y el sometimiento son las únicas actitudes concebibles por parte de la prole femenina hacia los fundadores de la estirpe. Sólo una personalidad tan inconforme como la de Victoria Ocampo se atreve a manifestar que en Argentina, a principios de este siglo, "los padres educados, por más de que quisieran a sus hijas, se conducían como tiranos".[7] Sin embargo las hijas no sólo soportaban ese régimen durante la infancia sino que, más tarde, al casarse, tendían a proyectar en el marido la misma imagen imnipotente y omnisciente. La biografía que dedica Josefina Plá al pintor paraguayo Julián de la Herrería, puede constituir un ejemplo entre muchos de literatura inspirada por un sentimiento de devoción. Desde la primera hasta la última página Plá se refiere a su marido, no por su nombre propio, sino por el de «el artista». Cada frase de esta obra, titulada *El Espíritu del fuego*,[8] transmite una emocionada admiración. A fin de borrar su identidad de un manuscrito que pretende celebrar una vocación artística excepcional, la biógrafa emplea la tercera persona para designarse a sí misma: es "la esposa". Y la esposa está allí para elogiar, conmemorar, homenajear a ese cónyuge que tiene mucho de ejemplo, de maestro —y mucho de padre también.

Personajes exiliados del cuerpo social

Recatadas en su producción testimonial, las latinoamericanas se permiten, sin embargo, cierto desahogo en la ficción —sobre todo a partir de las primeras décadas del siglo. Se trata de textos en que el referente tiene mucha importancia. Allí la vida interior, paralela al instinto colectivo, fomenta los procesos de la subjetividad en personajes exiliados del cuerpo social. La predominancia de lo trivial y lo anecdótico no descalifica obras supuestamente sentimentales aunque de carácter instrumental y combativo. El trasfondo libresco o de reivindicación social, puede constituir también

3. Julio Mafud, "*El machismo argentino*", Mundo Nuevo, No. 16 (1967) p. 77.
4. Wolfgang A. Luchting, "*¿Machismus Moribunds?*", Mundo Nuevo, Nos. 23/24 (Mayo/Junio 1968) p. 76.
5. Rosario Castellanos, *El oficio de tinieblas*, México, Joaquín Mortiz, 1977, p. 276.
6. Ester Matte Alessandri, *Quién Soy*, Santiago, Agrupación de Amigos del Libro, 1978, pp. 11-2.
7. Victoria Ocampo, *Testimonios*, III, Buenos Aires, Sur, 1973, p. 238.
8. Josefina Plá, *El espíritu del fuego*, Asunción, Alborada, 1967.

un código de denuncia con respecto al sexismo. Así, en los años treinta, Teresa de la Parra divulga a través de sus relatos, hasta qué extremo dependían las venezolanas de maridos que debían "vigilarlas constantemente, censurar sus diversiones, evitar que salieran solas, bailaran, llamaran la atención, usaran maquillaje o se pusieran ropa llamativa".[9]Poco tiempo después, Antonia Palacios describe en *Ana Isabel, una niña decente*, la formación y el acondicionamiento de tales esposas durante la infancia. Ya para ese entonces, María Luisa Bombal ha relatado cómo en Chile, una recién casada es sorprendida y castigada por haberse atrevido a mostrarse descontenta con su "nueva vida". En realidad, la protagonista de *La amortajada* sólo se atreve a juzgar a su padre, hermano, esposo y amante, una vez que ha abandonado este mundo. Ya en la década del 60, Elena Garro pondrá a hablar a una viuda mexicana cuyo matrimonio transcurre en "años silenciosos y borrados, en los cuales se movía como una ciega sin entender lo que sucedía a su alrededor".[10]Invadida por una desazón similar, la heroína de una novela en que Claribel Alegría pinta el ambiente de la provincia salvadoreña[11], enfermará y fallecerá prematuramente, vigilada por su honorable marido. Otras obras de ficción denunciarán el autoritarismo masculino no sólo delegado en el cónyuge, sino en el hermano. Quizás el mejor ejemplo de esa tiranía "fraterna" sea el de Emelina, una solterona brutalmente castigada por tratar de superar su frigidez y gazmoñería. Este relato de Rosario Castellanos encabeza el volumen *Los convidados de agosto* e incluye otro igualmente impresionante sobre una muchacha a quien un viudo propone matrimonio sólo para vengarse de su hermano: después de la boda será falsamente acusada de relaciones incestuosas, ultrajada , repudiada y devuelta a la casa paterna en medio del escándalo.

Un síntoma de defensa contra la opresión

Ahora bien, si se toma en cuenta hasta qué extremo limita y ahoga el círculo familiar, resulta fácil entender por qué la latinoamericana ha vacilado y continúa vacilando antes de tomar la pluma. Para ella, la escritura ha sido siempre un síntoma de defensa contra la opresión. No olvidemos que en épocas coloniales sor Juana y la Madre Castillo tuvieron que ingresar en el convento para dedicarse a escribir. Y quienes pretendieron imitarlas sin tomar los hábitos, lo pagaron caro: nadie ignora que la "letrada" y la "poetisa" merecían hasta hace pocos años una reputación equívoca y debían aliarse al poder masculino para contrarrestar el peso de la censura social. Así, en el siglo pasado, a Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) la favorece su vida galante y su relación con los notables de la época (sin embargo prefiere hallarse lejos de Cuba al publicar su novela *Sab*). Y Soledad Acosta de Samper (1833-1913) puede dejar tanta prosa costumbrista y moralizante gracias al apoyo de su marido, un estadista colombiano a quien "conviene" su conducta discreta y ejemplar. En cambio Clorinda Matto de Turner (1833-1909), por haberse atrevido a defender a los indígenas y a denunciar en *Aves sin nido* los atropellos del clero peruano, será excomulgada y pasará la mayor parte de su vida en el destierro. A su contemporánea, Mercedes Cabello de Carbonera (1845-1909) la recluirán en un asilo cerca de Lima por "sufrir melancolía" pocos años después de la publicación de sus novelas de crítica social.

Sí, tal era la suerte de las pioneras del XIX. Y a principios del XX la situación no se había modificado mucho. En el hogar latinoamericano —y aquí citamos de nuevo a Victoria Ocampo— cualquier vocación o talento artístico debía quedar "confinado al círculo de la familia y a los amigos, o si no causaba escándalo".[12]Forzosamente, el modelo de feminidad que se imponía no era sólo el de la España católica sino el de la Francia napoleónica y la Inglaterra victoriana. Sin embargo, en ciertos países la situación parecía menos grave que en otros: digamos que a la vanguardia estaba Uruguay por su legislación progresista, Argentina por la movilidad social que favorecía la inmigración, Chile por ser una democracia de corte europeo, México por su anticlericalismo. Pero, aún así...¿No tuvo luego que exiliarse Gabriela Mistral "voluntariamente" desde 1922? Saldría de su querida patria chilena poco antes de que Alfonsina Storni principiara a desenmascarar en sus piezas de teatro las injusticias que sufrían las mujeres argentinas y la hipocrecía de las relaciones entre los sexos. Y ya que hablamos del cono sur, ¿no fue Delmira Agustini (1886-1914)*una víctima del machismo uruguayo? Aunque ha de tenerse presente que ella, como Mistral, como Storni, constituyen una excepción con respecto al rol femenino tradicional, entre la multitud de esposas y madres que debían disimular o abandonar su vocación literaria para no ser censuradas. Más tarde, en la década del 40, se daría a conocer en los países andinos Teresa de la Parra y en el sur María Luisa Bombal, adquiriendo renombre gracias a su desenfado modernista y a una narrativa sobre conflictos íntimos que la inhibición de sus contemporáneas solía dejar en el tintero. Algunos años después la celebridad de Borges sacaría del anonimato a "congéneres" como Luisa Mercedes Levinson y Gloria Alcorta. Victoria Ocampo, gracias a la revista *Sur*, y su hermana Silvina a su matrimonio con Bioy Casares, principiaban a ser leídas por esa misma época. Sin embargo, frente a ellas, centenares de autoras permanecían inéditas o repartían sus obras como cualquier "labor manual", entre conocidos y amigos. Para una sociedad tan falocrática, la discriminación en la industria editorial resultaba apenas normal: si por milagro se publicaban obras de mujeres, eran poco promocionadas o difundidas. Y esto no sólo sucedía con la narrativa sino inclusive con la poesía. Descontando nombres como el de Mistral, Storni, Agustini, Ibarbourou, Meireles y otras pocas, las antologías solían omitirlas casi siempre. Aún hoy, resulta sorprendente constatar que por ejemplor en México, las más recientes ediciones acusan cierta "discriminación".[13] No se puede negar, sin embargo, que la poesía ha sido más accesible a las latinoamericanas. ¿Por qué? Alegorizar y metaforizar resulta menos arriesgado que describir o relatar abiertamente. La referencia del inconsciente y los procesos de la subjetividad se disimulan en la rigurosa codificación de versos cuyo formalismo disfraza sentimientos o

9. Teresa de la Parra en *Ifigenia*, citada en *Latin American Women Writers*, Pittsburgh. Latin American Literaty Review Press, 1975, p. 44.
10. Elena Garro, *Los recuerdos del porvenir*, México, Joaquín Mortiz, 1963, p. 84.
11. Claribel Alegría, *Cenizas del Izalco*, Barcelona, Seix Barral, 1966.
12. Victoria Ocampo, p. 238.
13. Elena Urrutia en: "*Qué escribe la mujer en México?*" *fem*. Vol. III, No. 10. p. 11.

emociones "reprobables". Si la poesía llega a ser "femenina", la prosa continúa perteneciendo a los hombres...

Los artificios del pudor

Ahora bien, al abordar el tema de la narrativa, se hace oportuno recordar que en el pasado la mujer de letras no sólo debía obviar las dificultades "propias del sexo", sino las de cualquier escritor del continente. Sabemos que la poesía y la oratoria tuvieron mayor opción en países manejados por criollos eruditos y dados a la fatuidad: la novela vino tarde, quizás por ser un género menos elitista, y porque los contextos de violencia y el influjo de una naturaleza exuberante y avasalladora, inspiraban con mayor facilidad prosas descriptivas o retóricas. Por otro lado, la escritora (como el escritor), se sentía demasiado responsable del destino colectivo para ejercerse libremente. En la mujer, a la culpabilidad de abandonar al padre, al esposo o al hijo para dedicarse a la literatura, se sumaba la de abandonar a obispos o a párrocos que exigían, implacables, su colaboración en obras "de caridad". Tal vez por eso, cuando no componía poesía mística o amorosa, tomaba la pluma en favor del desposeído o se constituía en guardiana de la moral familiar. Fatalmente, la religión del hogar o de la iglesia dejaba poco espacio para la imaginación.

Al entrar el siglo XX, sin embargo, el ascenso del mundo subindustrial y el crecimiento urbano crearon situaciones complejas que ofrecían una temática más allegada a los conflictos de las relaciones humanas y al devenimiento de la propia conciencia. Mucho trecho hay, evidentemente, entre novelas como *Aves sin nido* (1887) de Clorinda Matto de Turner y *El oficio de tinieblas* (1962) de Rosario Castellanos. Esta evolución se aprecia particularmente en el género indigenista y de reivindicación social que floreció sobre todo en los países andinos y Centroamérica. Mientras tanto, hacia el sur, en Uruguay y Argentina, surgía una corriente literaria allegada a lo esotérico y lo fantástico. En efecto, siguiendo la huella romántica de Juana Manuela Gorritti (1819-1892), cuya vida transhumante tanto había alarmado a las buenas gentes del XIX, ciertas escritoras de las primeras décadas del XX se sintieron atraídas por una narrativa que admitía elementos demiúrgicos. Influenciadas quizás por el modernismo, en que se admiró tanto a Wilde y a las leyendas de oriente, lograron finalmente eximirse de su rol moralizante fabricando relatos y ficciones. Su familiaridad con pioneros como Quiroga, Felisberto Hernández y Macedonio Fernández se prolongó en contemporáneos como Bioy Casares o como Borges, capaces de "jugar" con los problemas de la lógica y la metafísica, sin dejar de lado la ciencia-ficción o los cuentos de las *Mil y una noches*. En la Argentina, al iniciarse la década de los años 50, Silvina Ocampo, Luisa Mercedes Levinson y Gloria Alcorta ya han publicado algunos libros. En los 60 y 70 se darán a conocer Griselda Gambaro, Luisa Valenzuela, Amalia Jamilis, Sara Gallardo, entre otras. En Uruguay la fantasmagoría y el humor constituirán también un código de denuncia para novelistas como Armonía Somers y Cristina Peri-Rossi. Un hilo conductor de lo insólito-absurdo-extraño identificara a todas estas autoras.

Paralela a esta corriente está y ha estado siempre la de la "novela sicológica". El acondicionamiento para la pasividad y el narcismo se revela en una rica intertextualidad de obsesiones, frustraciones y fantasmas. En lo que podrían denominarse aventuras del egoísmo, la sudamericana intenta reconocer su cuerpo, ese cuerpo que le es censurado, censurándosele al mismo tiempo "el aliento, la palabra". Así los procesos significantes se adscriben con truculencia al monólogo, denotando fenómenos psíquicos involuntarios e intentando una disposición estructurante de pulsiones. Las más de las veces predomina un estilo autobiográfico que a pesar del tono confidencial íntimo, encierra una voluntad de concientización en pioneras como Teresa de la Parra, María Luisa Bombal, Antonia Palacios, y otras que publican en los años treinta y cuarenta. Pasada la primera mitad del siglo, esta tendencia se superará en función de la obra abierta y el texto polisémico para novelistas como Claribel Alegría (El Salvador), Luisa Josefina Hernández (México), Matilde Daviú (Venezuela), Alicia Steimberg (Argentina), Ulalume González de León (México). En ellas, finalmente, los enfoques de la inmanencia y las representaciones eróticas dejarán de lado los artificios del pudor, superando esa sensiblería conque solía confundirse "lo femenino" en el pasado. Y esto porque temiendo la censura social, la mujer debía soslayar toda descripción "cruda" y refugiarse en el eufemismo. Las escritoras, no olvidemos, pertenecían a una clase que solía imponer la virginidad o la maternidad como alternativa y la frigidez como condición de decencia. No es de extrañarse entonces que al redactar disfrazaran el deseo de efusión lírica o de sentimentalismo rosa. Sin embargo, la búsqueda del amor implicaba una búsqueda de la expresión y la identidad sexual. Además, el "romance" o el matrimonio eran la única experiencia, la única salida posible.

Ignorada y marginalizada

Por estas y otras manipulaciones sexistas, la narrativa femenina fue siempre ignorada por la crítica y marginalizada en el mundo editorial. Al respecto, resulta superfluo preguntar: ¿se benefició alguna escritora con el famoso "boom" latinoamericano? Bien sabemos que no, que el "show" se lo robaron los magos de "lo real maravilloso" y que seguramente hubieran continuado robándoselo si hacia la década del 70 los universitarios norteamericanos y europeos no se hubieran cansado de elaborar tesis sobre García Márquez, Carpentier, Rulfo y Asturias. Porque entonces, increíblemente, se arriesgaron a estudiar otros autores, —entre ellos mujeres.[15] Sin embargo, las lecturas "femeninas" quedaron —aún quedan— dentro de círculos reducidos. De la misma manera que a nadie se le ocurre comparar *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro con *El filo del agua* de Agustín Yáñez, a nadie se le ocurre pensar que ciertos temas de Borges o Bioy Casares los pudo inspirar Silvina Ocampo o que llega a haber un paralelismo entre la novelística de Beatriz Guido y la de Ernesto Sábato. ¿Quién se atreverá a sospechar que

14. Helene Cixous, *L'Arc*, No. 61, p. 43.

15. Las tesis y memorias elaboradas en Estados Unidos han servido también de tema para ponencias de congresos sobre literatura femenina (*Cf. Latin American Women Writers*). En París, en la Universidad de Vincennes, Hélene Cixous ha organizado un seminario sobre la brasileña Clarice Lispector, en el cual hay alumnas que elaboran tesis sobre escritoras latinoamericanas.

García Márquez, durante su estadía en México en los años sesenta, no solamente se dedicó a aprender de memoria a Rulfo, como él mismo lo confiesa, sino a leer a Elena Garro, Nellie Campobello, Rosario Castellanos?[16] Mientras hoy se traduce, se difunde, se elogia a ese adalid del "nouveau roman" que es el argentino Héctor Bianciotti, la mexicana-cubana Julieta Campos, maestra del género, es apenas reconocida en su país. Y mientras se hacen cada día más famosos los relatos en que Mario Benedetti describe los infiernos de la tortura bajo la dictadura militar, pasa inadvertida la extraordinaria obra que sobre este mismo tema publica la argentina. Elvira Orphée, y aquella en que su compatriota Griselda Gambaro ofrece una interpretación simbólica de dichos procesos. Tampoco se leen las novelas en que la chilena Ana Vázquez transcribe testimonios de los supliciados.[17]

Se diría que para ganar público no solamente hay que ganar la aprobación masculina, sino seguir la conducta del camaleón... Así, la novela de la colombiana Flor Romero, *Triquitraques del trópico*, llega a ser editada y traducida rápidamente porque tiene mariposas amarillas, hechiceras sensuales y aldeas que surgen o se desvanecen por arte de magia. ¿quién no encuentra allí huellas de Macondo? Entretanto congéneres tan originales como Fanny Buitrago y Alba Lucía Angel espean ser vertidas a otros idiomas. Una y otra precoces (Buitrago publica su primera novela a los dieciocho años, Angel poco después de cumplir veinte) estas dos escritoras suelen intercalar la problemática de la identidad femenina a los fenómenos de transculturación y los conflictos económico-sociales que origina la violencia en Colombia. Al abordar la temática guerrillera, Buitrago y Angel mezclan el contexto rural al urbano, alcanzando la calidad documental de congéneres venezolanas como Antonieta Madrid o argentinas como Marta Lynch.[18] su análisis del bipartidismo colombiano se aproxima al que elabora la chilena Mercedes Valdivieso sobre la democracia cristiana o la argentina Beatriz Guido sobre el peronismo. Esta novelística, que se inserta en la gran narrativa social del continente, tiene tanto ímpetu de veracidad y denuncia como los textos testimoniales de la mexicana Elena Poniatowska, la uruguaya María Ester Gilio, la venezolana Angela Zago.

Lo femenino: una condición al margen de la historia

¿Hasta cuándo será, seguirá siendo la latinoamericana una réplica de Scherezada? Poco tiempo después de haber dictado una conferencia sobre este tema, tuve acceso a un artículo que mencionaba igualmente a aquella que "narra para sobrevivir mientras da la vida, se escinde o se unifica en sus dos bocas, la que narra y la que pare".[19] También Bruno Bettelheim en su análisis de los cuentos infantiles, identificó estas dos propiedades con respecto a Scherezada: narrar y dar a luz. Su interpretación llegó a implicar además, una versión del subsconsciente freudiano según la cual el sultán misógino representaría una personalidad dominada por el "ello" en sus tendencias agresivas y destructoras, mientras la princesa llegaría a ser una versión del ego y el super-ego, en su coraje, lucidez y potencialidad amorosa.[20] El desenlace de la historia es feliz: Scherezada, haciéndose narradora, logra curar al sultán de su neurosis y señalar el carácter patológico de su misoginia. Con respecto a la latinoamericana, se podría llevar más lejos la parábola y pensar que cuando alcance a escribir lo que vive y siente, alcanzará una noción integral de su propia individualidad en la doble dimensión de la expresión y el contenido. Entonces, solamente, asumirá la autonomía de su lenguaje, atentando contra los sempiternos derechos del padre, hermano o esposo, y siendo al fin la narradora de sí misma.

No, hoy no se puede negar que la literatura está involucrada en lo social y que el hecho literario va más allá de los textos y los signos ¿Hasta cuándo será "lo femenino" una condición al margen de la historia? Ya es tiempo de afirmar que la revaloración de la subjetividad de la mujer no puede operarse sin su inmersión en un sistema semántico compuesto de participación y libertad. Lo imaginario es un reino atemporal que no restringe ninguna condición histórica, sin embargo conlleva un bagaje de símbolos y analogías que remiten al vivir colectivo. Tarde o temprano se ha de admitir que resulta inútil denunciar la explotación de una clase por otra si no se denuncia la explotación de un sexo por otro. La escritura, como dice Hélene Cixous, ha sido el lugar donde se ha reproducido más o menos constantemente la represión de la mujer. Lo cual resulta aún más imperdonable teniendo en cuenta que justamente es "la posibilidad misma del cambio, el espacio donde puede brotar un pensamiento subversivo".[21]

16. La concepción cíclica del tiempo y la aldea legendaria de *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro, pueden haber inspirado a García Márquez, y él mismo lo admitió a Garro en una carta (*Cf. Latin American Women Writers, p. 97*). A su vez, los zapatistas de Nellie Campobello, cronista impresionante de la revolución mexicana, se emparentan a los héroes un poco absurdos de *Cien años de soledad*, Cf. *Antología de mexicanas* — Siglo XX, México, UNAM, 1976, pp. 45-51. Y Reinerie, heroína de un relato de Rosario Castellanos titulado "*Vals Capricho*" (en Los *convidados de agosto*, México, Era, 1975, pp. 30-56), tiene muchos rasgos de Remedios la Bella y de Rebeca Buendía. Tanto la obra de Garro, como la de Campobello y Castellanos, fueron publicadas mucho antes de *Cien años de soledad*

17. Elvira Orphée, *La última conquista del Angel*, Caracas, Monte Avila, 1977; Griselda Gambaro, *Ganarse la muerte*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1976; Cristina Peri-Rossi *La rebelión de los niños*, Caracas, Monte Avila, 1980; Ana Vasquez, *Abel Rodríguez y sus hermanos*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1980. También se puede ver sobre el mismo tema: *Colloque de Cerisy*, 10/18, 1979, p. 28.

18. Fanny Buitrago, *Los Pañamanes*, Barcelona, Plaza y Janés, 1978; Alba Lucía Angel, *Estando la Pájara Pinta*, Bogotá, Colcultura, 1975; Antonieta Madrid, *No hay tiempo para rosas rojas*, Caracas, Monte Avila, 1975; Marta Lynch, *El cruce del río*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972.

19. Margo Glantz "Djuna Barnes y Armonía Somers: *¿tiene la escritura sexo?*" en *Sábado* (junio de 1980). La conferencia sobre la Scherezada latinoamericana la dicté en mayo de 1980 en la Universidad de Vincennes, invitada por Elisabeth Burgos, Naty García Guadilla y Paz Espejo, organizadoras de un seminario sobre la mujer latinoamericana.

20. Bruno Bettelheim, *Psychanalyse des Contes de Fées*, París, Robert Laffont, pp. 118.22.

21. Hélene Cixous, "*Le Rire de la Méduse*", L'Arc, No. 61, p. 42.

A. O. Ortega, C. Hinojosa y B. Hiriart

¿Cómo Andamos?*

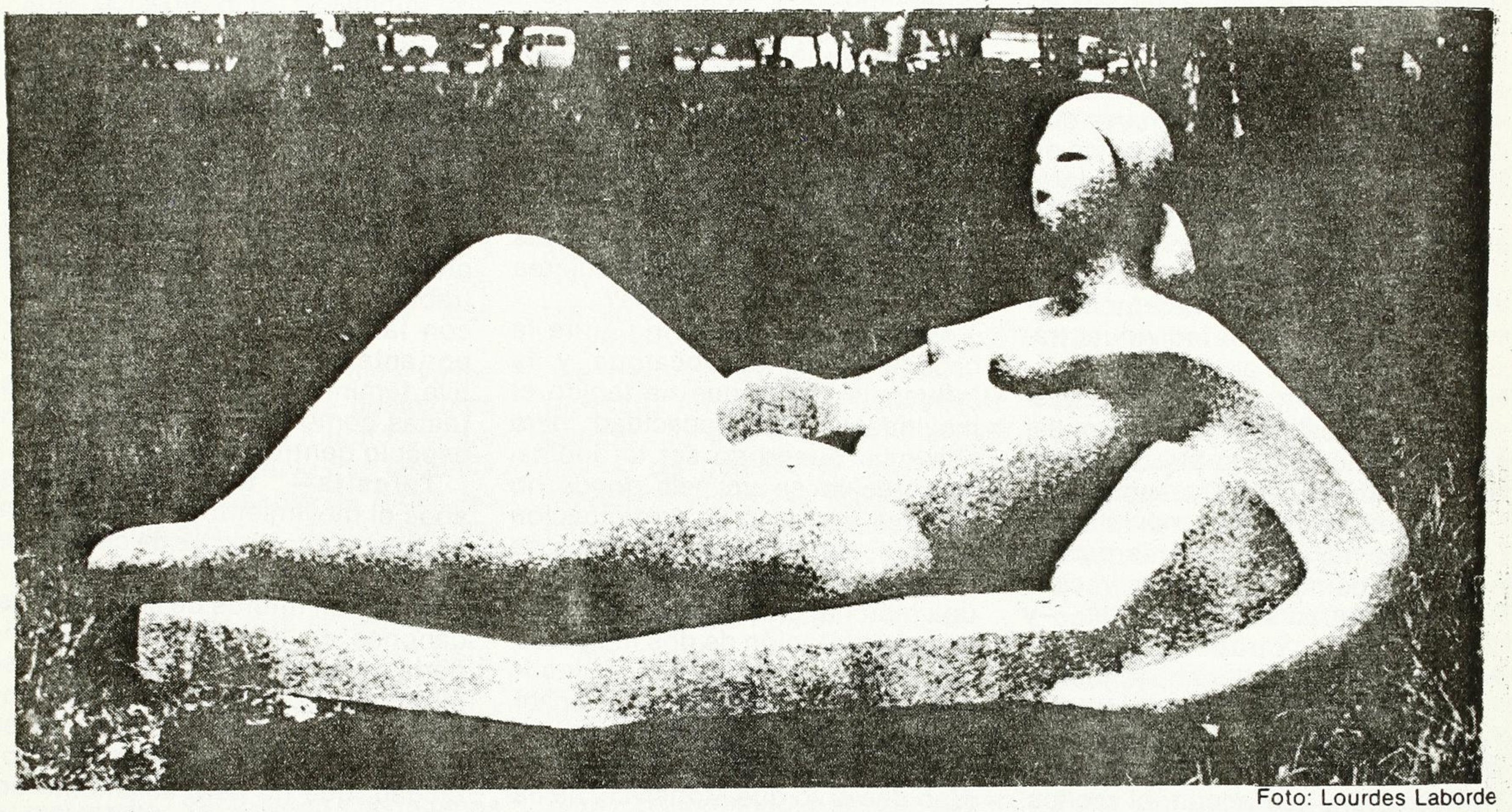


Foto: Lourdes Laborde

Cada día hablamos menos de lo que piensa cada quien en el fondo; esta ciudad no deja tiempo ni energía para compartir las nuevas dudas e inquietudes. Sin embargo, la investigación que realiza nuestra compañera Adriana O. Ortega sobre Mujer y Política abrió un pequeño espacio para que cuatro mujeres compartieran sus preocupaciones y puntos de vista acerca de este tema. Apenas quedaron esbozadas algunas preguntas, pero *fem.* publica esta conversación con el deseo de extenderla a otras mujeres. De modo que aquí va la primera parte, pero esperamos poder continuarla con otras voces en los próximos números. Queda hecha la invitación a participar en este debate.

Adriana O. Ortega— Quise invitarlas a una reunión en la que pudiéramos reflexionar conjuntamente sobre lo que acontece en el espacio de las mujeres y la política. Por ejemplo, comprender las conexioes entre la creciente participacion organizada de mujeres de sectores populares y el feminismo o el impacto de éste en los programas estatales que han surgido ahora para tratar de "incorporar a la mujer al desarrollo", en fin, para tratar de dilucidar el repliegue actual del feminismo.

Quiero comenzar preguntándoles si el movimiento femenista se ha planteado una incidencia en los canales institucionales. ¿Existe un espacio para la negociación política entre la esfera estatal y el movimiento de las mujeres?

Berta Hiriat — En principio hay que aclarar que hablar del movimiento feminista como un todo homogéneo es imposible. Sin embargo, la mayoría de los pequeños grupos de trabajo feminista en los que he participado, o conocido de cerca, no se han planteado una vinculación con el Estado. Al contrario, piensan en la necesidad de crear caminos independientes, autónomos, en donde se vayan buscando salidas no condicionadas por las instituciones.

Teresita De Barbieri— Se ha dado el caso, más que de grupos, de mujeres individuales que han tratado de incidir en el Estado. Pero, al mismo tiempo, lo que yo veo es una cerrazón del Estado para entrarle a la cuestión de las mujeres. Creo que en sexenios pasados hubo mayor apertura. En éste, no la hay. Incluso las oficinas de la mujer, del Consejo Nacional de Población (Conapo), están prácticamente desmanteladas. Quizá no tanto por el lado del feminismo, sino de las mujeres del movimiento urbano popular, el Estado está teniendo que escuchar.

Marta Lamas — Yo pienso que la experiencia en México, con nuestro monolítico PRI es muy di-

* Transcripción y edición: Adriana O. Ortega, Claudia Hinojosa y Berta Hiriart.

ferente a la de otros países de America Latina porque las reglas del sistema no permiten la apertura hacia el tema de la mujer. No podemos hablar del feminismo sin situarlo en su contexto político, y el juego político del sistema mexicano es básicamente antidemocrático, así que no es de extrañarse que en el rubro de las mujeres no se dé la participación. Lo que sí es interesante es que muchos de los cuadros medios, en Secretarías, paraestatales o institutos vinculados al gobierno, hay mujeres feministas que de modo individual tratan de hacer algo al respecto. Retomando la metáfora de Luciana Castelani, el movimiento de las mujeres es como un río subterráneo; están pasando cosas y aunque se habla de un reflujo del movimiento, cada vez hay más mujeres que se asumen como feministas y cada vez más muchísimas mujeres —y de vez en cuando algunos hombres— cuestionan y luchan contra el sexismo y las actitudes patriarcales en la sociedad.

Adriana— Si no se ha tenido una vinculación, ¿se puede, al menos, hablar de una incidencia en los programas estatales, o de crear nuevas prioridades en esos programas?

Berta— El feminismo ha incidido en los programas indirectamente, es decir, estos existen porque las nuevas ideas acerca de la mujer ya no pueden ser totalmente ignoradas por el Estado. Sin embargo, el movimiento feminista como tal, salvo algunas excepciones individuales, no ha participado en su elaboración ni se ha acercado a conocerlos. Y no hay interés en ellos porque se sabe que están teñidos de demagogia, que aunque haya algunas personas honestas trabajando en las instituciones y algunas ideas sensatas propuestas en los programas, las acciones oficiales no dejarán de ser manipuladoras en favor de sus intereses.

Pero en esto de la política las cosas no son negro o blanco, y creo que vale la pena mencionar la experiencia del Centro de Apoyo a la Mujer, en Colima, como un contraejemplo. Este proyecto, financiado por el Estado, ha logrado una consistencia que muchos centros independientes no han logrado. El problema es que se encuentra bajo la guillotina sexenal. Si pudo echarse a andar fue porque una gobernadora apoyó su fundación, pero en cualquier momento la autoridad en turno puede darle fin o cambiar su rumbo. Esas son las reglas del juego.

Adriana— Y ¿cómo hablaríamos de la capacidad del feminismo para vincularse a la lucha general de las mujeres, para convocar a mujeres de distintas clase sociales?

Marta— Yo distinguiría entre la capacidad de convocatoria y la influencia social que ha tenido el movimiento. La capacidad para convocar puede no ser un indicador preciso en un país donde no hay una tradición de participación política. Por ejemplo, en Italia se pueden reunir cien mil mujeres en una marcha, en cambio en México, una manifstación de dos mil personas nos parecia un éxito. De modo que no se trata de valorar la capacidad de penetración del feminismo por su capacidad de convocatoria, sino de ver lo que Monsiváis ha llamado "el contagio social" del feminismo.

Por otra parte, pienso que en un primer momento el feminismo desarrolló una concepción de sí mismo como un "lugar a donde llevar a las mujeres", en vez de pensar y reflexionar sobre los problemas del país desde cierta perspectiva. Luego las cosas han ido cambiando. A partir de 1979, cuando las mujeres del movimiento popular urbano empiezan a tener una participación más pública, cuando los grupos de cristianas de izquierda tienen una presencia política más comprometida, muchas feministas (independientes y de partidos políticos) interaccionan con ellas. Entonces se empieza a trabajar sobre problemas que no pasan por lo que tradicionalmente se considera feminista con mujeres de sectores populares: el agua, la Conasupo, la vivienda. Pero la manera de abordar el trabajo político es feminista. Muchas de las militantes que trabajan con colonas, maquiladoras, campesinas, costureras, etc. lo hacen sin un *discurso* feminista, pero con una *práctica* feminista.

Aunque ya desde 1971 y 72 hubo trabajo feminista con obreras, realmente es hasta mucho más tarde que éste cuaja. Por ejemplo, en el caso del sindicato 19 de Septiembre, el proceso ha sido de esta forma del feminismo. Los primeros meses se trataban las cuestiones laborales, la coyuntura política marcaba mucho del rumbo de la discusión; pero también afloraban las cuestiones "personales": problemas con los maridos, con el trabajo doméstico, con los hijos, con la sexualidad. Y fue muy importante que hubiera una perspectiva feminista que consideró esos temas como políticos y les dió un espacio dentro de la discusión.

Teresita— Durante muchos años el movimiento, sobre todo en América Latina, no se da cuenta de lo que realmente es. En algunos casos, hay un interés de llevarlo a los cánones de la organización partidaria, leninista, rígida, pero al mismo tiempo lo que estaba sucediendo era una puesta en evidencia del conflicto de la mujer en la sociedad, que no está solamente en el aborto, la violación o el servicio doméstico, sino que está en toda la sociedad. En la medida en la que se va divulgando el discurso feminista, cada vez mayores sectores van percatándose de ello, hasta volverse parte de la estructura social.

Por eso, pienso que sí hay un reflujo del movimiento feminista en términos de capacidad de convocatoria, de organizar cosas; pero a la vez, hay una permeabilidad del movimiento. Son "los tiempos grises" de los que hablaba Grasmci, que pueden ser largos pero que ya no regresan al punto anterior.

Adriana— Se podría decir que el feminismo amplió el concepto de la política, lo redefinió. Pero esta revolución de las conciencias ¿cómo puede lograr espacios de lucha y de proyección hacia otras mujeres? ¿Cómo podemos acercarnos a medir la repercusión del movimiento feminista en México?

Marta— Uno de los terrenos donde se logra ver mejor esta repercusión es en el de la crítica cultural, aunque ya hay ciertas mani-

festaciones importantes en el terreno político. Creo que el movimiento ha tenido un proceso de pasar de legitimarse (especialmente ante la izquierda) a realmente empezar a llegar a mujeres de otros sectores. En los primeros años (de 70 a 75) la lucha fundamental apenas pudo llegar a los sectores populares. Sin embargo en los últimos años gran parte de las feministas está trabajando con mujeres de sectores populares, para quienes la explotación y la opresión son indudablemente más agudas.

Esto ha significado para varias militantes un viraje de posiciones anteriores. Durante mucho tiempo el feminismo sostuvo que se podía trabajar con mujeres de todas las clases puesto que la opresión sexista era común a todas. A la vuelta de los años unas cuantas nos damos cuenta de que si bien eso ha sido posible en Europa y en Estados Unidos, en México la existencia de trabajadoras domésticas ha funcionado como un amortiguador en la conciencia de las mujeres clase media. Ya Rosario Castellanos lo decía en 1970: "Cuando desaparezca la última criada, el colchoncito en que ahora reposa nuestra conformidad, aparecerá la primera rebelde furibunda".

Teresita— Creo que es más que el servicio doméstico: existe un imaginario social para el cual las mujeres somos seres de segunda. En países como los nuestros, donde los golpes a las mujeres son cosa de todos los días, donde el machismo es en serio, donde no hay una tradición como la italiana en la lucha contra el fascismo, las mujeres no se consideran ciudadanas. El trabajo necesario es justamente hablar sobre esto: usted señora, es sujeto de derecho, su cuerpo es tan respetable como el cuerpo de su marido.

Adriana— A mí me impresiona que se hable de la manipulación por parte de las instituciones del Estado, y que no se hable de la manipulación que también ha existido en los partido de izquierda con respecto a la lucha de las mujeres.

Marta— Como decía Berta al principio, no se puede hablar de *el* movimiento. Ha habido grupos que nunca se han acercado a los partidos, grupos a los que sólo les interesa trabajar con alguno o varios de los partidos, y grupos que se han desilusionado y se han vuelto a entusiasmar con esta posibilidad. Ha habido de todo. El problema pasa por definir un proyecto feminista para México, ver qué tenemos adelante, ver cómo son las mujeres de este país, y analizar cómo le vamos a hacer para terminar con la explotación que sufren estas mujeres.

Berta— Creo que es imposible que haya en estos momentos *el* proyecto feminista, precisamente porque hay esa enorme heterogeneidad de posiciones dentro del movimiento. Esto se liga con el tema de los espacios que se van ganando, que son tan variados como los espacios en los que se da el conflicto entre hombre y mujer.

Me parece que se necesitan cambios en tantos aspectos, algunos evidentes y otros más subjetivos, que caben muchas formas de trabajo y muchas formas de lucha para irlos logrando. Estoy de acuerdo en que es muy importante el trabajo que realizan algunas feministas con las mujeres más oprimidas económicamente, pero creo que también es importante el que están haciendo las académicas al tratar de entender las raíces y las expresiones del sexismo o el que hacen algunas otras en el terreno de la divulgación masiva, por mencionar algunos de los esfuerzos que se están realizando. Me parece, además, que todos ellos acaban por retroalimentarse y fomentar cambios sociales.

Marta— Cuando digo: *un* proyecto feminista no me refiero a que haya un solo camino y ya. Pero lo que sí creo es que no hay un planteamiento político nacional sobre qué hacer para que la diferencia entre los sexos no se vuelva desigualdad. Creo que actualmente la desigualdad más brutal entre hombres y mujeres se da alrededor de "la maternidad" y todo lo que esta conlleva, que es justamente la producción y reproducción de vida humana. Para mí esta debería ser una línea importante de trabajo político porque está en el centro de la vida de todas las personas e implica a la sociedad entera. Ante este debate cada grupo plantearía su análisis y sus reivindicaciones. Yo no digo que haya una receta, pero sí la necesidad unificada de analizar los problemas más importantes del país y ver ahí cómo se manifiesta la especificidad hombre y la especificidad mujer. De eso trata el feminismo.

Teresita— Yo creo que una de las cosas que deberímos discutir es qué hacer frente a esta crisis. Hay que estar conscientes de que las relaciones internacionales están variando tremendamente, y que América Latina está dejando de tener el papel que tenía. A mí me parece que sería muy interesante que las mujeres —feministas o no— planteáramos soluciones a eso, y que presionáramos a los partidos políticos, a los Estados a sacar conclusiones. ¿Por qué no nos planteamos las mujeres los problemas grandes?, ¿por qué seguimos arrastrando la imagen del Estado paternalista? Capacidad sí la hay. Falta información, convocatoria, iniciativa. Tal vez tenemos miedo o seguimos pensando que esas cosas no nos competen...

Adriana— Sí hemos tratado de vincular el tema de la mujer a los grandes asuntos, tales como el desarrollo, la paz o la igualdad. Esos intentos se han hecho, por ejemplo, en las conferencias de Copenhague o Nairobi. Pero tendríamos que aclarar cuándo se hace esta vinculación para entender a las mujeres como una parte vital de la dinámica social, cuándo se trata de un debate político impuesto para desviar la atención del tema de la mujer, cuándo detrás de esto se encuentra la defensa de intereses políticos ajenos al bienestar de la mayoría de las mujeres, y cuando, en nombre de la especificidad se compartimenta la problemática de las mujeres, aislándola de su contexto político, volviéndola un conflicto puramente social.

Apenas vamos entrando al tema, y el espacio se nos ha terminado. Ojalá que otras mujeres se acerquen a *fem* y lo retomen. Esto va para largo.

Ursula Paredes

¿A dónde va el movimiento feminista ?

Las mujeres del movimiento feminista en Lima estamos buscando nuevas formas de organización, señal de que nos movemos realmente, que continuamos vivas y en búsqueda permanente. Y es importante plantearnos nuevamente quiénes somos y hacia dónde vamos. Como dicen las rimas infantiles, sin duda somos "... solteras, casadas, monjas, viudas, divorciadas, con hijos, sin hijos..." y la mayoría "...con oficios que nos gustan, matatirutirulá". Somos pues mayoritariamente profesionales, intelectuales y artistas, compartimos experiencias universitarias y laborales parecidas, así como también acciones y reacciones en relación a los partidos políticos. Es decir, como movimiento feminista podemos definirnos de una manera relativamente homogénea y hemos tenido un impacto significativo en el medio —masculino y femenino— al que pertenecemos. Estamos ahora buscando tener más fuerza, trabajar desde colectivos [1] y continuar en la definición de un feminismo que responda concretamente a las voluntades y los intereses nuestros y de todas las mujeres.

¿Qué mujeres? Mujeres que en las calles buscan hombres que les paguen, las que comparten la relación de un hombre con otras mujeres, las que no quieren tener relaciones sexuales por no sentirse a gusto pero están obligadas a esperar, las que prefieren trabajar en la chacra porque el cuidado del niño es mucho más pesado, las que están solas en las estancias y son violadas, las que tienen que ser "como hombres", las que se llaman "padre y madre", las que hasta hoy en día no tienen derecho a voz y voto en sus organizaciones, las que no quieren trabajar pues les pagan miserias, las que quieren trabajar porque viven en la miseria, las que son seducidas por familiares, profesores, jefes, chantajeadas sexualmente, las que tienen que ser mamás y lo son porque "tienen que"... las innumerables y diferentes mujeres.

En el movimiento feminista no hemos logrado formular una organización que nos integre por estas últimas características. Y por eso muchas mujeres están prácticamente excluidas. No nos imaginamos cómo pueden ser parte activa de la definición del movimiento feminista. Y es importante que nos preguntemos cómo van a serlo.

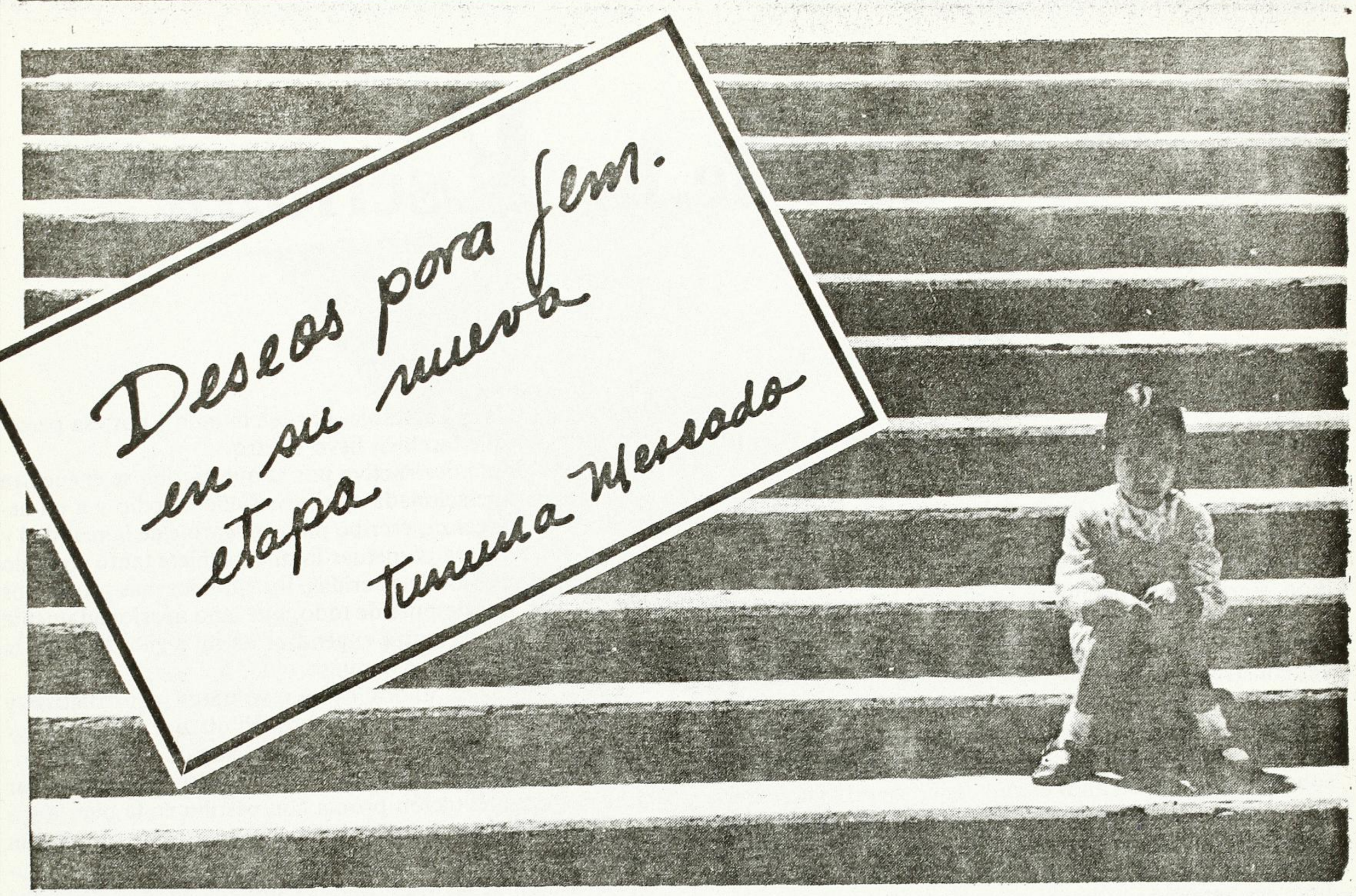
Para poder hacer realidad la presencia de más mujeres en el movimiento y reconocer su participación, es imprescindible buscar un nuevo orden, romper esquemas y no regresar a las únicas formas conocidas y que llevan a veces sin querer, a viejas relaciones de ejercicio de poder opresor. Necesitamos entonces pensar en la autonomía de los colectivos dentro de la unidad del movimiento, reconstruida constante y vitalmente, necesitamos múltiples representantes para no caer en la trampa de la privatización del movimiento y para representar la multiplicidad de caras que tenemos y las creaciones que logramos. No líderes a quienes seguir incondicionalmente o apoyar ciegamente. Porque los liderazgos nuevos sólo pueden surgir del reconocimiento real de la heterogeneidad. Porque las líderes pueden ser muchas y cambiantes. Necesitamos poder-hacer junto con otras mujeres y no a costa de o a través de otras. Si logramos articularnos en colectivos y funcionar en ellos intercambiando información y experiencias sobre lo que estamos haciendo y cómo, si no usamos formas compulsivas evidentes u ocultas, si nos convencemos que hay muchas formas de estar organizadas que no son únicamente la masiva o la representativa, entonces estaremos desarrollando nuevas formas.

Así muchas más mujeres podrán asumirse como parte de un movimiento en creación y recreación, donde todas y cada una tengan el derecho indiscutible a ser escuchadas con el mismo respeto, dejando de lado las jerarquías.

Será desde la garantía de los poderes individuales de todas y cada una de las mujeres que el movimiento podrá ser realmente poderoso. Será desde el reconocimiento que la construcción del poder social no es sencillamente un planteamiento ideológico sino una práctica material, concreta y visible que hay que empezar a conquistar. Cuando las instituciones establecidas por el orden jerárquico de la sociedad no nos atraigan ni se conviertan en objetivo de conquista del movimiento (dejando de ser sólo un medio), cuando no nos confundamos pensando que logramos decisión sobre nuestras vidas desde los mecanismos de juego que plantea la organización de la opresión para los oprimidos, cuando el poder formal no lo confundamos con el poder social, entonces estaremos construyendo, re-haciendo, re-creando el movimiento. Confío en que lo lograremos.

---

[1] Una modalidad de organización feminista consistente en la reunión de pequeños grupos de mujeres que trabajan alrededor de temas específicos.



Después de diez años de sostener la "fantasía" o utopía de regirse mediante una dirección colectiva, sin poder conjurar totalmente el juego de predominios y controles propios de toda empresa grupal —contrapuesto quizás a cierta tendencia al desgano y a la defección que recorrió los días de la revista—, *fem.* ha elegido, por fin, una directora.

Una nueva etapa, promisoria y esperanzada, se inicia. Berta Hiriart, con su talento, su espíritu feminista y solidario y su experiencia en colectivos de mujeres se hace cargo del barco *fem.*, metáfora ésta que todavía parece insustituible para describir la situación: nuevo perfil de la revista a partir del próximo número (un mascarón de proa que pretende abrirse, ágilmente, a otros mares), público más amplio de lectores, saneamiento económico y financiero en tiempos recesivos; el desafío es fuerte, pero el barco, capaz de conjurar las tormentas, avanza con velas al viento y a todo vapor.

Hace unos dos años, cuando entraron a *fem.* compañeras más jóvenes y nuevas, o al menos con la cabeza despejada de crisis históricas de la revista, Lourdes Arizpe justificó su salida de la dirección colectiva con un argumento sólido y generoso; dijo que había llegado el momento de que las más viejas "dejaran la posta" de la revista a las más jóvenes. Tal vez ahora pueda ejercerse ese principio democrático de renovación que postulaba Lourdes: nueva gente para una revista nueva, ésa es la convocatoria que debería alentarnos en este periodo.

Situada en el "escalafón" entre las más viejas y las más jóvenes, "intermedia", por lo tanto, hago mía la idea de Lourdes y dejo la parcela de posta que me correspondía en la responsabilidad de sacar la revista, para convertirme en una colaboradora más.

Mis deseos para *fem.* son: que el cambio se produzca sin traumatismos, decepciones ni rencores; que se logre una convivencia interna óptima, única condición para salir del estancamiento y la pérdida de fe que se cernía sobre la revista y que este cambio puede modificar; que la revista llegue a más público, sin renunciar a sus retos intelectuales; que persista en el espíritu transgresor y subversivo que le da sentido, aunque a veces haya estado velado por la presencia de textos "bien portados", académicos en el peor sentido y soporíferos a morir, que sólo apuestan a la exposición lineal de reivindicaciones; que las colaboradoras abandonen la idea de que sociología, investigación y ciencia tienen que carecer de gracia y encanto; que la crítica sea crítica y no glosa, ni paráfrasis ni pastiche; que se privilegie una reflexión que abra un horizonte "epistemológico" propio, exigente, no a la zaga de Europa o los Estados Unidos, sino salida de nuestras experiencias latinoamericanas y de nuestros países, lugares de privilegio y orgullo desde donde hay que pensar la realidad de la mujer; que *fem.* imaginativa, creativa y rebelde, no le tenga miedo a textos que rompan la idea convencional de una literatura apegada a los referentes de la realidad, puramente representativa, declarativa y "contenidista", y dé lugar en sus páginas a una *escritura* que es también el escenario de la lucha feminista, ocupado, a través de ideas vulgares sobre la palabra y la cultura, por todas las representaciones masculinas de la opresión; que colaborar en *fem.* sea un compromiso intelectual pleno para lograr la transformación de la vida de las mujeres y no un acto curricular o, peor aún, un instrumento para legitimar pertenencias, cualesquiera sean

La Cocina de la Escritura*

I
"De cómo dejarse caer de la sartén al fuego"

A lo largo del tiempo, las mujeres narradoras han escrito por múltiples razones: Emily Brönte escribió para demostrar la naturaleza revolucionaria de la pasión; Virginia Woolf para exorcisar su terror a la locura y a la muerte; Jean Didion escribe para descubrir lo que piensa y cómo piensa; Clarisse Lispector descubre en su escritura una razón para amar y ser amada. En mi caso, escribir es una voluntad a la vez constructiva y destructiva; una posibilidad de crecimiento y de cambio. Escribo para edificarme palabra a palabra; para disipar mi terror a la inexistencia, como rostro humano que habla. En este sentido, la frase "lengua materna" ha cobrado para mí, en años recientes, un significado especial. Este significado se le hizo evidente a un escritor judío llamado Juan, hace casi dos mil años, cuando empezó su libro diciendo: "En el principio fue el Verbo". Como evangelista, Juan era ante todo escritor, y se refería al verbo en un sentido literario, como principio creador, sean cuales fuesen las interpretaciones que posteriormente le adjudicó la Teología a su célebre frase. Este significado que Juan le reconoció al Verbo yo prefiero atribuírselo a la lengua; más específicamente, a la palabra. El verbo-padre puede ser transitivo o intransitivo, presente, pasado o futuro, pero la palabra-madre nunca cambia, nunca muda de tiempo. Sabemos que si confiamos en ella, nos tomará de la mano para que emprendamos nuestro propio camino.

En realidad, tengo mucho que agradecerle a la palabra. Es ella quien me ha hecho posible una identidad propia, que no le debo a nadie sino a mi propio esfuerzo. Es por esto que tengo confianza en ella, tanta o más que la que tuve en mi madre natural. Cuando pienso que todo me falla, que la vida no es más que un teatro absurdo sobre el viento armado, sé que la palabra siempre está ahí, dispuesta a devolverme la fe en mí misma y en el mundo. Esta necesidad constructiva por la que escribo se encuentra íntimamente relacionada a mi necesidad de amor: escribo para reinventarme y para reinventar el mundo, para convencerme de que todo lo que amo es eterno.

Pero mi voluntad de escribir es también una voluntad destructiva, un intento de aniquilarme y de aniquilar el mundo. La palabra, como la naturaleza misma, es infinitamente sabia, y conoce cuándo debe asolar lo caduco y lo corrompido para edificar la vida sobre cimientos nuevos. En la medida en la que participo de la corrupción del mundo, revierto contra mí misma mi propio instrumento. Escribo porque soy una desajustada a la realidad; porque son, en el fondo, mis profundas decepciones las que han hecho brotar en mí la necesidad de recrear la vida, de sustituirla por una realidad más compasiva y habitable, por ese mundo y por esa persona utópicos que también llevo dentro.

Esta voluntad destructiva por la que escribo se encuentra directamente relacionada a mi necesidad de odio y a mi necesidad de venganza; escribo para vengarme de la realidad y de mí misma, para perpetuar lo que me hiere tanto como lo que me seduce. Sólo las heridas, los agravios más profundos (lo que implica, después de todo, que amo apasionadamente el mundo) podrán quizá engendrar en mí algún día toda la fuerza de la expresión humana.

Quisiera hablar ahora de esa voluntad constructiva y destructiva, en relación a mi obra. El día que me senté por fin frente a mi maquinilla con la intención de escribir mi primer cuento, sabía ya por experiencia lo difícil que era ganar acceso a esa habitación propia con pestillo en la puerta y a esas metafóricas quinientas libras al año que me aseguraran mi independencia y mi libertad. Me había divorciado y había sufrido muchas vicisitudes a causa del amor, o de lo que entonces había creído que era el amor: el renunciamiento a mi propio espacio intelectual y espiritual, en aras de la relación con el amado. El empeño por llegar a ser la esposa perfecta fue quizá lo que me hizo volverme, en determinado momento, contra mí misma; a fuerza de tanto querer ser como decían que debía de ser, había dejado de existir, había renunciado a las obligaciones privadas de mi alma.

Entre éstas, la más importante me había parecido siempre vivir intensamente. No agradecía para nada la existencia protegida, exenta de todo peligro, pero también de responsabilidades, que hasta entonces había llevado en el seno del hogar. Deseaba vivir: experimentar el conocimiento, el arte, la aventura, el peligro, todo de primera mano y sin esperar a que me lo contaran. En realidad, lo que quería era disipar mi miedo a la muerte. Todos le tenemos miedo a la muerte, pero yo sentía por ella un terror especial, el terror de los que no han conocido la vida. La vida nos desgarra, nos hace cómplices del gozo y del terror, pero finalmente nos consuela, nos enseña a aceptar la muerte como su fin necesario y natural. Pero verme obligada a enfrentar la muerte sin haber conocido la vida, sin atravesar su aprendizaje, me parecía una crueldad imperdonable. Era por eso, me decía, que los inocentes, los que mueren sin haber vivido, sin tener que rendir cuentas por sus propios actos, todos van a parar al Limbo. Me encontraba convencida de que el Paraíso era de los buenos y el Infierno de los malos, de esos hombres que se habían ganado arduamente la salvación o la condena, pero

* Una primera versión de este texto apareció en *Literatures in Translation: The Many Voices of the Caribbean Arca. A Symposium.* Rose S. Minc, ed. (Maryland: Montclair State College & Ediciones Hispamérica, 1982)., pp. 37-51.

Foto: Rosamaría Roffiel

que en el Limbo sólo había mujeres y niños, que ni siquiera sabíamos cómo habíamos llegado hasta allí.

El día de mi debut como escritora, permanecí largo rato sentada frente a mi maquinilla, rumiando estos pensamientos. Escribir mi primer cuento significaba, inevitablemente, dar mi primer paso en dirección del Cielo o del Infierno, y aquella certidumbre me hacía vacilar entre un estado de euforia y de depresión: Era casi como si me encontrara a punto de nacer, asomando tímidamente la cabeza por las puertas del Limbo. Si la voz me suena falsa, me dije, si la voluntad me falla, todos mis sacrificios habrán sido en vano. Habré renunciado tontamente a esa protección que, no empecé sus desventajas, me proporcionaba el ser una buena esposa y ama de casa, y habré caído merecidamente de la sartén al fuego.

Virginia Woolf y Simone de Beauvoir eran para mí en aquellos tiempos algo así como mis evangelistas de cabecera; quería que ellas me enseñaran a escribir bien, o a lo menos a no escribir mal. Leía todo lo que habían escrito como una persona que se toma todas las noches antes de acostarse varias cucharadas de una pócima salutífera, que le imposibilitara morir de toda aquella plaga de males de los cuales, según ellas, habían muerto la mayoría de las escritoras que las había precedido, y aun muchas de sus contemporáneas. Tengo que reconocer que aquellas lecturas no hicieron mucho por fortalecer mi aun recién nacida y tierna identidad de escritora. El reflejo de mi mano era todavía el de sostener pacientemente la sartén sobre el fuego, y no el de blandir con agresividad la pluma a través de sus llamas, y tanto Simone como Virginia, bien que reconociendo los logros que habían alcanzado hasta entonces las escritoras, las criticaban bastante acerbamente. Simone opinaba que las mujeres insistían con demasiada frecuencia en aquellos temas considerados tradicionalmente femeninos, como por ejemplo la preocupación con el amor, o la denuncia de una educación y de unas costumbres que habían limitado irreparablemente su existencia. Justificados como estaban estos temas, reducirse a ellos significaba que no se había internalizado adecuadamente la capacidad para la libertad. "El arte, la literatura, la filosofía", me decía Simone, "son intentos de fundar el mundo sobre una nueva libertad humana: la del creador individual, y para lograr esta ambición (la mujer) deberá antes que nada asumir el estatus de un ser que posee la libertad".

En su opinión, la mujer debería ser constructiva en su literatura, pero no constructiva de realidades interiores sino de realidades exteriores, principalmente históricas y sociales. Para Simone, la capacidad intuitiva, el contacto con las

fuerzas de lo irracional, la capacidad para la emoción, eran talentos muy importantes, pero también en cierta forma eran talentos de segunda categoría. El funcionamiento del mundo, el orden de los eventos políticos y sociales que determinan el curso de nuestras vidas están en manos de quienes toman sus decisiones a la luz del conocimiento y de la razón, me decía Simone, y no de la intuición y de la emoción, y era de estos temas que la mujer debería de ocuparse en adelante en su literatura.

Virginia Woolf, por otro lado vivía obsesionada por una necesidad de objetividad y de distancia que, en su opinión, se habían dado muy pocas veces en la escritura de las mujeres. De las escritoras del pasado, Virginia salvaba sólo a Jane Austen y a Emily Brönte, porque sólo ellas habían logrado escribir, como Shakespeare, "con todos los obstáculos quemados". "Es funesto para todo aquel que escribe pensar en su sexo", me decía Virginia, "y es funesto para una mujer subrayar en lo más mínimo una queja, abrogar, aun con justicia, una causa, hablar, en fin, conscientemente como una mujer. En los libros de esas escritoras que no logren librarse de la cólera habrá deformaciones, desviaciones. Escribirá alocadamente en lugar de escribir con sensatez. Hablará de sí misma, en lugar de hablar de sus personajes. Está en guerra con su suerte. ¿Cómo podrá evitar morir joven, frustrada, contrariada?" Para Virginia, evidentemente, la literatura femenina no debería de ser jamás destructiva o iracunda, sino tan armoniosa y translúcida como la suya propia.

Había, pues, escogido mi tema: nada menos que el mundo; así como mi estilo, nada menos que un lenguaje absolutamente neutro y ecuánime, consagrado a hacer brotar la verosimilitud del tema, tal y como me lo habían aconsejado Simone y Virginia. Sólo faltaba ahora encontrar el cabo de mi hilo, descubrir esa ventana personalísima, de entre las miles que dice Henry James que tiene la ficción, por la cual lograría entrar en mi tema: la ventana de mi anécdota. Pensé que lo mejor sería escoger una anécdota histórica; algo relacionado, por ejemplo, a lo que significó para nuestra burguesía el cambio de una sociedad agraria, basada en el monocultivo de la caña, a una sociedad urbana o industrial; así como la pérdida de ciertos valores que aquel cambio había conllevado a comienzos de siglo: el abandono de la tierra; el olvido de un código de comportamiento patriarcal, basado en la explotación, pero también a veces en ciertos principios de ética y de caridad cristiana sustituidos por un nuevo código mercantil y utilitario que nos llegó del norte; el surgimiento de una nueva clase profesional, con sede en los pueblos, que muy pronto desplazó a la antigua oligarquía cañera como clase dirigente.

Una anécdota basada, en aquellas directrices me parecía excelente en todos los sentidos: no había allí posibilidad alguna de que se me acusara de construcciones ni de destrucciones inútiles, en un argumento como aquél. Escogido por fin el contexto de mi trama, coloqué las manos sobre la maquinilla, dispuesta a comenzar a escribir. Bajo mis dedos temblaban, prontas a saltar adelante, las veintiséis letras del alfabeto latino, como las cuerdas de un poderoso instrumento. Pasó una hora, pasaron dos, pasaron tres, sin que una sola idea cruzara el horizonte pavorosamente límpido de mi mente. Había tantos datos, tantos sucesos novelables en aquel momento de nuestro devenir histórico, que no tenía la menor idea de por dónde debería empezar. Todo me parecía digno, no ya de un cuento que indudablemente sería torpe y de principiante, sino de una docena de novelas aún por escribir.

Decidí tener paciencia y no desesperar, pasarme toda la noche en vela si fuere necesario. La madurez lo es todo, me dije, y aquél era, no debía olvidarlo, mi primer cuento. Si me concentraba lo suficiente encontraría por fin el cabo de mi anécdota. Comenzaba ya a amanecer, y el sol había teñido de púrpura la ventana de mi estudio, cuando, rodeada de ceniceros que más bien parecían depósitos de un crematorio de guerra, así como de tazas de café frío que recordaban las almenas de una ciudad inútilmente situada, me quedé profundamente dormida sobre las teclas aún silenciosas de mi maquinilla. Afortunadamente, la lección más compasiva que me ha enseñado la vida es que, no importa los reveses a los que uno se ve obligado a enfrentarse, ella nos sigue viviendo, y aquella derrota, después de todo, nada tenía que ver con mi amor por el cuento. Si no podía escribir un cuento, al menos podía escucharlos, y en la vida diaria he sido siempre ávida escucha de cuentos. Los cuentos orales, los que me cuenta la gente en la calle son siempre los que más me interesan, y me maravilla el hecho de que quienes me los cuentan suelen estar ajenos a que lo que me están contando es un cuento. Algo similar me sucedió, algunos días más tarde, cuando me invitaron a almorzar en casa de mi tía.

Sentada a la cabecera de la mesa, mientras dejaba caer en su taza de té una lenta cucharada de miel, escuché a mi tía comenzar a contar un cuento.

La historia había tomado lugar en una lejana hacienda de caña, a comienzos de siglo, dijo, y su heroína era una parienta lejana suya que confeccionaba muñecas rellenas de aquel líquido. La extraña señora había sido víctima de su marido, un tarambana y borrachín que había dilapidado irremediablemente su fortuna, para luego echarla de la casa y amancebarse con otra. La familia de mi tía, respetando las costumbres de entonces, le había ofrecido techo y sustento, a pesar de que para aquellos tiempos la hacienda de caña en que vivían se encontraba al borde de la ruina. Había sido para corresponder a aquella generosidad que se había dedicado a confeccionarle a las hijas de la familia muñecas rellenas de miel.

Poco después de su llegada a la hacienda, la parienta, que aún era joven y hermosa, había desarrollado un extraño padecimiento: la pierna derecha había comenzado a hinchársele sin motivo evidente, y sus familiares decidieron mandar a buscar al médico del pueblo cercano para que la examinara. El médico, un joven sin escrúpulos, recién graduado de una universidad extranjera, enamoró primero a la joven, y diagnosticó luego falsamente que su mal era incurable. Aplicándole emplastos de curandero, la condenó a vivir inválida en un sillón, mientras la despojaba sin compasión del poco dinero que la desgraciada había logrado salvar de su matrimonio. El comportamiento del médico me pareció, por supuesto, deleznable, pero lo que más me conmovió de aquella historia no fue su canallada, sino la resignación absoluta con la cual, en nombre del amor, aquella mujer se había dejado explotar durante veinte años.

No voy a repetir aquí el resto de la historia que me hizo mi tía aquella tarde, porque se encuentra recogida en "La muñeca menor", mi primer cuento. Claro, que no lo conté con

las mismas palabras con las que me lo relató ella, ni repitiendo su ingenuo panegírico de un mundo afortunadamente desaparecido, en que los jornaleros de la caña morían de inanición, mientras las hijas del hacendado jugaban con muñecas rellenas de miel. Pero aquella historia, escuchada a grandes rasgos, cumplía con los requisitos que me había impuesto: trataba de la ruina de una clase y de su sustitución por otra, de la metamorfosis de un sistema de valores basados en el concepto de la familia, por unos intereses de lucro y aprovechamiento personales, resultado de una visión del mundo inescrupulosa y utilitaria.

Encendida la mecha, aquella misma tarde me encerré en mi estudio y no me detuve hasta que aquella chispa que bailaba frente a mis ojos se detuvo justo en el corazón de lo que quería decir. Terminado mi cuento, me recliné sobre la silla para leerlo completo, segura de haber escrito un relato sobre un tema objetivo, absolutamente depurado de conflictos femeninos y de alcance trascendental, cuando me di cuenta de que todos mis cuidados habían sido en vano. Aquella parienta extraña, víctima de un amor que la había sometido dos veces a la explotación del amado, se había quedado con mi cuento, reinaba en él como una vestal trágica e implacable. Mi tema, bien que encuadrado en el contexto histórico y sociopolítico que me había propuesto, seguía siendo el amor, la queja, y ¡ay! era necesario reconocerlo, hasta la venganza. La imagen de aquella mujer, balconeándose años enteros frente al cañaveral con el corazón roto, me había tocado en lo más profundo. Era ella quien me había abierto por fin la ventana, antes tan herméticamente cerrada, de mi cuento.

Había traicionado a Simone, escribiendo una vez más sobre la realidad interior de la mujer, y había traicionado a Virginia, dejándome llevar por la ira, por la cólera que me produjo aquella historia. Confieso que estuve a punto de arrojar mi cuento al cesto de la basura, deshacerme de aquella evidencia que, en la opinión de mis evangelistas de cabecera, me identificaba con todas las escritoras que se habían malogrado trágicamente en el pasado y en el presente. Por suerte no lo hice; lo guardé en un cajón de mi escritorio en espera de mejores tiempos, de ese día en que quizá llegase a comprenderme mejor a mí misma.

Han pasado diez años desde que escribí "La muñeca menor", y he escrito muchos cuentos desde entonces; creo que ahora puedo objetivar con mayor madurez las lecciones que aprendí aquel día. Me siento menos culpable hacia Simone y hacia Virginia, porque he descubierto que, cuando uno intenta escribir un cuento (o un poema, o una novela), detenerse a escuchar consejos, aun de aquellos maestros que uno más admira, tiene casi siempre como resultado la parálisis de la lengua y de la imaginación. Hoy sé por experiencia que de nada vale escribir proponiéndose de antemano construir realidades exteriores, tratar sobre temas universales y objetivos, si uno no construye primero su realidad interior; de nada vale intentar escribir en un estilo neutro, armonioso, distante, si uno no tiene primero el valor de desunir su realidad interior. Al escribir sobre sus personajes, un escritor escribe siempre sobre sí mismo, o sobre posibles vertientes de sí mismo, ya que, como a todo ser humano, ninguna virtud o pecado le es ajeno.

Al identificarme con la extraña parienta de la "Muñeca Menor", yo había hecho posible ambos procesos: por un lado había reconstruido, en su desventura, mi propia desventura amorosa, y por otro lado, al darme cuenta de cuáles eran sus debilidades y sus fallas (su pasividad, su conformidad, su aterradora resignación), la había destruido en mi nombre. Aunque es posible que también la haya salvado. En cuentos posteriores, mis heroínas han logrado ser más valerosas y más libres, más energéticas y positivas, quizá porque nacieron de las cenizas de la "Muñeca Menor". Su decepción fue, en todo caso, lo que me hizo caer, de la sartén, al fuego de la literatura.

II
"De cómo salvar algunas cosas en medio del fuego"

He contado cómo fue que escribí mi primer cuento, y quisiera ahora describir cuáles son las satisfacciones que descubro hoy en ese quehacer cuya iniciación me fue, en un momento dado, tan dolorosa. La literatura es un arte contradictorio, quizá el más contradictorio que existe: por un lado es el resultado de una entrega absoluta de la energía, de la inteligencia, pero sobre todo de la voluntad, a la tarea creativa, y por otro lado tiene muy poco que ver con la voluntad, porque el escritor nunca escoge sus temas, sino que sus temas lo escogen a él. Es entre estos dos polos o antípodas que se fecunda la obra literaria, y en ellos tienen también su origen las satisfacciones del escritor. En mi caso, éstas consisten de una voluntad de hacerme útil y de una voluntad de gozo.

La primera, (relacionada a mis temas, a mi intento de sustituir el mundo en que vivo por ese mundo utópico que pienso) es una voluntad curiosa, porque es una voluntad *a posteriori*. La voluntad de hacerme útil, tanto en cuanto al dilema femenino, como en cuanto a los problemas políticos y sociales que también me atañen, me es absolutamente ajena cuando empiezo a escribir un cuento, no obstante la claridad con que la percibo una vez terminada mi obra. Tan imposible me resulta proponerme ser útil a tal o cual causa, antes de comenzar a escribir, como me resulta declarar mi adhesión a tal o cual credo religioso, político o social. Pero el lenguaje creador es como la creciente poderosa de un río, cuyas mareas laterales atrapan las lealtades y las convicciones, y el escritor se ve siempre arrastrado por su verdad.

Es ineludible que mi visión del mundo tenga mucho que ver con la desigualdad que sufre todavía la mujer en nuestra edad moderna. Uno de los problemas que más me preocupa sigue siendo la incapacidad que ha demostrado la sociedad para resolver eficazmente su dilema, los obstáculos que continúa oponiéndole en su lucha por lograrse a sí misma, tanto en su vida privada como en su vida pública.

Quisiera tocar aquí someramente, entre la enorme gama de tópicos posibles relacionados a este tema, el asunto de la obscenidad en la literatura femenina.

Hace algunos meses, en la ocasión de un banquete al que asistí en conmemoración del centenario de Juan Ramón Jiménez, se me acercó un célebre crítico, de cabellera ya plateada por los años, para hablarme, frente a un grupo nutrido de personas, sobre mis libros. Con una sonrisa maliciosa, y guiñándome un ojo que pretendía ser cómplice, me preguntó, en un tono titilante y cargado de insinuación, si era cierto

que yo escribía cuentos pornográficos y que, de ser así, se los enviara, porque quería leerlos. Confieso que en aquel momento no tuve, quizá por excesiva consideración a unas canas que a distancia se me antojan verdes, el valor de mentarle respetuosamente a su padre, pero el suceso me afectó profundamente. Regresé a mi casa deprimida, temerosa de que se hubiese corrido el rumor, entre críticos insignes, de que mis escritos no eran otra cosa que una transcripción más o menos artística de la *Historia de O.*

Por supuesto que no le envié al egregio crítico mis libros, pero pasada la primera impresión desagradable, me dije que aquel asunto de la obscenidad en la literatura femenina merecía ser examinada más de cerca. Convencida de que el anciano caballero no era sino un ejemplar de una raza ya casi extinta de críticos abiertamente sexistas, que consideran la literatura su feudo privado, decidí olvidarme del asunto, y volver aquel pequeño agravio en mi provecho.

Comencé entonces a leer todo lo que caía en mis manos sobre el tema de la obscenidad en la narrativa femenina. Gran parte de la crítica sobre la narrativa femenina se encuentra hoy formulada por mujeres, y éstas suelen enfocar el problema de la mujer desde ángulos muy diversos: el marxista, el froidiano, o el ángulo de la revolución sexual. Pese a sus diversos enfoques, las críticas femeninas, tanto Sandra Gilbert y Susan Gubar en *The Madwoman in the Attic,* por ejemplo, como Mary Ellen Moers en *Literary Women;* como Patricia Meyer Spacks en *The Female Imagination* o Erica Jong en sus múltiples ensayos, parecían estar de acuerdo en lo siguiente: la violencia, la ira, la inconformidad ante su situación, había generado gran parte de la energía que había hecho posible la narrativa femenina durante siglos. Comenzando con la novela gótica del siglo 18, cuya máxima exponente fue Mrs, Radcliffe, y pasando por las novelas de las Brönte, por el Frankenstein de Mary Shelley, por *The Milland the Floss* de George Eliot, así como por las novelas de Jean Rhys, Edith Wharton y hasta las de Virginia Woolf (y ¿qué otra cosa es *Mrs. Dalloway* sino una interpretación sublimada, poética, pero no por eso menos irónica y acusatoria de la frívola vida de la anfitriona social?), la narrativa femenina se había caracterizado por un lenguaje a menudo agresivo y delator. Iracundas y rebeldes habían sido todas, aunque algunas más irónica, más sabia y veladamente que otras.

Una cosa, sin embargo, me llamó la atención de aquellas críticas, el silencio absoluto que guardaban, en sus respectivos estudios, sobre el uso de la obscenidad en la literatura femenina contemporánea. Ninguna de ellas abordaba el tema, pese al hecho de que el empleo de un lenguaje sexualmente proscrito en la literatura femenina me parecía hoy uno de los resultados inevitables de una corriente de violencia que había abarcado ya varios siglos. Y no era que las escritoras no se hubiesen servido de él: entre las primeras novelistas que emplearon un lenguaje obsceno, de las que publicaron sus novelas en los Estados Unidos luego de levantados los edictos contra el *Ulysses,* en 1933, por ejemplo, se encontraron Iris Murdoch, Doris Lessin y Carson McCullers, quienes dieron por primera vez un empleo desenvuelto y desinhibido al verbo "joder". Erica Jong, por otro lado, se había hecho famosa precisamente por el uso de un vocabulario agresivamente impúdico en sus novelas, pero del cual jamás hacía mención en sus bien educados y respetuosos ensayos sobre la literatura femenina contemporánea.

Entrar aquí a fondo en este tema, con todas sus implicaciones sociológicas, (y aún políticas) resultaría imposible, y mi propósito al abordarlo no fue sino dar un ejemplo de esa voluntad de hacerme útil como escritora, de la cual me doy cuenta siempre *a posteriori.* Cuando el insigne crítico me abordó en aquel banquete, señalando mi fama como militante de la literatura pornográfica, nunca me había preguntado cuál era la meta que me proponía al emplear un lenguaje obsceno en mis cuentos. Al darme cuenta de la persistencia con que la crítica femenina contemporánea circunvalaba el escabroso tema, mi intención se me hizo clara: mi propósito había sido precisamente la de volver esa arma, la del insulto sexualmente humillante y bochornoso, blandida durante tantos siglos contra nosotras, contra esa misma sociedad, contra sus prejuicios ya caducos e inaceptables.

Si la obscenidad había sido tradicionalmente empleada para degradar y humillar a la mujer, me dije, ésta debería de ser doblemente efectiva para redimirla. Si en mi cuento "Cuando las mujeres quieren a los hombres" o "De tu lado al paraíso", por ejemplo, el lenguaje obsceno ha servido para que una sola persona se conmueva ante la injusticia que implica la explotación sexual de la mujer, no me importa que me consideren una escritora pornográfica. Me siento satisfecha porque habré cumplido cabalmente con mi voluntad de hacerme útil.

(Pero) Mi voluntad de hacerme útil, así como mi voluntad constructiva y destructiva, no son sino las dos caras de una misma moneda: ambas se encuentran inseparablemente unidas por una tercera necesidad, que conforma la pestaña resplandeciente de su borde: mi voluntad de gozo. Escribir es para mí un conocimiento corporal, la prueba irrefutable de que mi forma humana (individual y colectiva) existe, y a la vez un conocimiento intelectual, el descubrimiento de una forma que me precede. Es sólo a través del gozo que logramos dejar cifrado, en el testimonio de lo particular, la experiencia de lo general, el testimonio de nuestra historia y de nuestro tiempo. Y a ese cuerpo del texto, como bien sabía Neruda (para quien no existían las palabra púdicas ni las impúdicas, las palabras obscenas, ni las gazmoñas, sino las palabras amadas) sólo puede dársele forma a través del gozo, disolviendo la piel que separa la palabra "piel" de la piel del cuerpo.

Esta condición álgida, ese gozo encandilado que se establece entre el escritor (o la escritora) y la palabra, no se logra jamás al primer intento. El deseo está ahí, pero el gozo es equívoco y nos elude, se cuela por entre los intersticios de la palabra;, se cierra a veces, como el morivivi, al menor contacto. Pero si al principio la palabra se muestra fría, indiferente, ausente a los requerimientos del escritor, situación que inevitablemente lo sume en la desesperación más negra, a fuerza de tajarla y bajarla, amarla y maltratarla, ésta va poco a poco cobrando calor y movimiento, comienza a respirar y a palpitar bajo sus dedos, hasta que se apropia, ella a su vez, de su deseo, de la implacable necesidad de ser colmada. La palabra se vuelve entonces tirana, reina en cada sílaba y en cada pensamiento del escritor, ocupa cada minuto de su día y de su noche, le prohíbe abandonarla hasta que esa forma que ha despertado en ella y que ella, ahora, también intuye, alcance a encarnar. El secreto del conocimiento corporal del texto se encuentra, en fin, en

la voluntad de gozo, y es esa voluntad la que le hace posible al autor cumplir con sus otras voluntades, con su voluntad de hacerse útil, por ejemplo, o con su voluntad de construir y de destruir el mundo.

El segundo conocimeitno que implica para mí la inmediatez al cuerpo del texto es un conocimiento intelectual, resultado directo de esa incandescencia a la que me precipita el deseo del texto. En todo escritor o escritora, en todo artista, existe un sexto sentido que le indica cuando ha alcanzado su meta, cuando ese cuerpo que ha venido trabajando ha adquirido ya la forma definitiva que debería tener. Alcanzado ese punto, una sola palabra de más (una sola nota, una sola línea), causará que esa chispa o estado de gracia, consecuencia de la amorosa lucha entre él y su obra, se extinga irremediablemente. Ese momento es siempre un momento de asombro y de reverencia: Marguerite Yourcenar lo compara a ese momento misterioso en que el panadero sabe que debe ya dejar de amasar su pan. Virginia Woolf lo define como el instante en que siente la sangre fluir de punta a punta por el cuerpo de su texto. La satisfacción que me proporciona ese conocimiento, cuando termino de escribir un cuento, es lo más valioso que he logrado salvar del fuego de la literatura.

III
"De cómo alimentar el fuego"

Quisiera ahora hablar un poco de ese combustible misterioso que alimenta toda literatura: el combustible de la imaginación. Me interesa este tema por dos razones: por el curioso escepticismo que a menudo descubro, entre el público en general, en cuanto a la existencia de la imaginación; y por la importancia que suele dársele, entre legos y profesionales de la literatura, a la experiencia autobiográfica del escritor. Una de las preguntas que más a menudo me han hecho, tanto extraños como amigos, es cómo pude escribir sobre Isabel la Negra, una famosa ramera de Ponce (el pueblo del cual soy oriunda) sin haberla conocido nunca. La pregunta me resulta siempre sorprendente, porque implica una dificultad bastante generalizada para establecer unos límites entre la realidad imaginada y la realidad vivencial, o quizá esta dificultad no sea sino la de comprender cuál es la naturaleza intrínseca de la literatura. A mí jamás se me hubiese ocurrido, por ejemplo, preguntarle a Mary Shelley si, en sus paseos por los bucólicos senderos que rodean el lago de Ginebra, se había topado alguna vez con un monstruo muerto-vivo de diez pies de altura, pero quizá esto se debió a que, cuando leí por primera vez a *Frankenstein,* yo era sólo una niña, y Mary Shelley llevaba ya muerta más de cien años. Al principio pensé que aquella pregunta ingenua era comprensible en nuestra isla, en un público poco acostumbrado a leer ficción, pero cuando varios críticos me preguntaron si había llegado a conocer personalmente a Isabel la Negra, muerta hacía pocos años, o si alguna vez había visitado su prostíbulo (sugerencia que inevitablemente me hacía sonrojar con violencia), me dije que la dificultad para reconocer la existencia de la imaginación era un mal de mayor alcance.

Siempre me había parecido que la crítica contemporánea le daba demasiada importancia al estudio de la vida de los escritores, pero aquella insistencia en la naturaleza impúdicamente autobiográfica de mis relatos me confirmó en mis temores. La importancia que han cobrado hoy los estudios biográficos parece basarse en la premisa de que la vida de los escritores hace de alguna manera más comprensibles sus obras, cuando en realidad es a la inversa. La obra del escritor, una vez terminada, adquiere una independencia absoluta de su creador, y sólo puede relacionarse con él en la medida en que le da un sentido profundo o superficial a su vida. Pero este tipo de exégesis de la obra literaria, bastante común hoy en los estudios de la literatura masculina, lo es mucho más en los estudios sobre la literatura femenina. Los tomos que se han publicado recientemente sobre la vida de las Bronte, por ejemplo, o sobre la vida de Virginia Woolf, exceden sin duda los tomos de las novelas de éstas. Tengo la solapada sospecha de que este interés en los datos biográficos de las escritoras tienen su origen en el convencimiento de que las mujeres son más incapaces de la imaginación que los hombres, y de que sus obras ejercen por lo tanto un pillaje más inescrupuloso de la realidad que la de sus compañeros artistas.

La dificultad para reconocer la existencia de la imaginación tiene en el fondo un origen social. La imaginación implica juego, irreverencia ante lo establecido, el atreverse a inventar un orden posible, superior al existente, y sin este juego la literatura no existe. Es por esto que la imaginación (como la obra literaria) es siempre subversiva. Concuerdo con Octavio Paz, en que existe algo terriblemente soez en la mente moderna, algo que tolera "toda suerte de mentiras indignas en la vida real, y toda suerte de realidades indignas", pero que no soporta la existencia de la fábula. Esto se refleja en la manera en que la literatura se enseña hoy en nuestras universidades: por medio de un acercamiento principalmente analítico al quehacer literario. En nuestros centros docentes se analiza de mil maneras la obra escrita: según las reglas del estructuralismo, de la sociología, de la estilística, de la semiótica y de muchas escuelas más. Cuando se ha terminado con ella, se la ha vuelto al derecho y al revés, hasta no quedar de ella otra cosa que una nube de sememas y de morfemas que flotan a nuestro alrededor. Es como si la obra literaria hubiera que dignificarla, desentrañándole, como a un reloj cuyos mecanismos se desmontan, sus secretas arandelas y tuercas, cuando lo importante no es tanto cómo funciona, sino cómo marca el tiempo. La enseñanza de la literatura en nuestra sociedad es admisible sólo desde el punto de vista del crítico: ser un especialista, un desmontador de la literatura, es un estatus dignificante y remunerante. Ser un escritor, sin embargo, jugar con la imaginación, con la posibilidad del cambio, es un quehacer subversivo, no es ni dignificante ni remunerante. Es por esto que en nuestros centros docentes se ofrecen tan pocos cursos de creación literaria, y es por esto que los escritores se ven, en la mayoría de los casos, obligados a ganarse la vida en otras profesiones, escribiendo literalmente "por amor al arte".

Aprender a escribir (no a hacer crítica literaria) es un quehacer mágico, pero también muy específico. También el conjuro tiene sus recetas, y los encantadores miden con precisión y exactitud la medida exacta de hechizo que es necesario añadir al caldero de sus palabras. Las reglas de cómo escribir un cuento, una novela o un poema, reglas para nada secretas, están ahí, salvadas para la eternidad en vasos cópticos por los críticos, pero de nada le valen al escritor si éste no aprende a usarlas.

La primera lección que los estudiosos de literatura debe-

rían de aprender hoy en nuestras universidades es, no sólo que la imaginación existe, sino que ésta es el combustible más poderoso que alimenta toda ficción. Es por medio de la imaginación que el escritor transforma esa experiencia que constituye la principal cantera de su obra, su experiencia autobiográfica, en materia de arte.

IV
"Conclusión"

Quisiera ahora tocar directamente el tema al cual le he estado dando vueltas y más vueltas al fondo de mi cacerola desde el comienzo de este ensayo. El tema es hoy sin duda un tema borbollante y candente, razón por la cual todavía no me había atrevido a ponerlo ante ustedes sobre la mesa. ¿Existe, al fin y al cabo, una escritura femenina? ¿Existe una literatura de mujeres, radicalmente diferente a la de los hombres? ¿Y si existe, ha de ser ésta apasionada e intuitiva, fundamentada sobre las sensaciones y los sentimientos, como quería Virginia, oracional y analítica, inspirada en el conocimiento histórico, social y político, como quería Simone? Las escritoras de hoy, ¿hemos de ser defensoras de los valores femeninos en el sentido tradicional del término, y cultivar una literatura armoniosa, poética, pulcra, exenta de obscenidades, o hemos de ser defensoras de los valores femeninos en el sentido moderno, cultivando una literatura combativa, acusatoria, incondicionalmente realista y hasta obscena? ¿Hemos de ser, en fin, Cordelias, o Lady Macbeths? ¿Doroteas o Medeas?

Decía Virginia Woolf que su escritura era siempre femenina, que no podía ser otra cosa que femenina, pero que la dificultad estaba en definir el término. A pesar de no estar de acuerdo con muchas de sus teorías, me encuentro absolutamente de acuerdo con ella en esto. Creo que las escritoras de hoy tenemos, ante todo, que escribir bien, y que esto se logra únicamente dominando las técnicas de la escritura. Un soneto tiene sólo catorce líneas, un número específico de sílabas y una rima y un metro determinados, y es por ello una forma neutra, ni femenina ni masculina, y la mujer se encuentra tan capacitada como el hombre para escribir un soneto perfecto. Una novela perfecta, como dijo Rilke, ha de ser construida ladrillo a ladrillo, con infinita paciencia, y por ello tampoco tiene sexo, y puede ser escrita tanto por una mujer como por un hombre. Escribir bien, para la mujer, significa sin embargo una lucha mucho más ardua que para el hombre: Flaubert re-escribió siete veces los capítulos de *Madame Bovary,* pero Virginia Woolf re-escribió catorce veces los capítulos de *Las olas,* sin duda el doble de veces que Flaubert porque era una mujer, y sabía que la crítica sería doblemente dura con ella.

Lo que quiero decir con esto puede que huela a herejía, a cocimiento pernicioso y mefítico, pero este ensayo se trata, después de todo, de la cocina de la escritura. Pese a mi metamorfosis de ama de casa en escritora, escribir y cocinar a menudo se me confunden, y descubro unas correspondencias sorprendentes entre ambos términos. Sospecho que no existe una escritura femenina diferente a la de los hombres. Insistir que sí existe implicaría paralelamente la existencia de una naturaleza femenina, distinta a la masculina, cuando lo más lógico me parece insistir en la existencia de una *experiencia* radicalmente diferente. Si existiera una naturaleza femenina o masculina, esto implicaría unas capacidades distintas en la mujer y en el hombre, en cuanto a la realización de una obra de arte, por ejemplo, cuando en realidad sus capacidades son las mismas, porque éstas son ante todo fundamentalmente humanas.

Una naturaleza femenina inmutable, una mente femenina definida perpetuamente por su sexo, justificaría la existencia de un estilo femenino inalterable, caracterizado por ciertos rasgos de estructura y lenguaje que sería fácil reconocer en el estudio de las obras escritas por las mujeres en el pasado y en el presente. Pese a las teorías que hoy abundan al respecto, creo que estos rasgos son debatibles. Las novelas de Jane Austen, por ejemplo, eran novelas racionales, estructuras meticulosamente cerradas y lúcidas, diametralmente opuestas a las novelas diabólicas, misteriosas y apasionadas de su contemporánea Emily Bronte. Y las novelas de ambas no pueden ser más diferentes de las novelas abiertas, fragmentadas y sicológicamente sutiles de escritoras modernas como Clarisse Lispector o Elena Garro. Si el estilo es el hombre, el estilo es también la mujer, y éste difiere profundamente no sólo de ser humano a ser humano, sino también de obra a obra.

En lo que sí creo que se distingue la literatura femenina de la masculina es en cuanto a los temas que la obseden. Las mujeres hemos tenido en el pasado un acceso muy limitado al mundo de la política, de la ciencia o de la aventura, por ejemplo, aunque hoy esto está cambiando. Nuestra literatura se encuentra a menudo determinada por una relación inmediata a nuestros cuerpos: somos nosotras las que gestamos a los hijos y las que les damos a luz, las que los alimentamos y nos ocupamos de su supervivencia. Este destino que nos impone la naturaleza nos coarta la movilidad y nos crea unos problemas muy serios en cuanto intentamos reconciliar nuestras necesidades emocionales con nuestras necesidades profesionales, pero también nos pone en contacto con las misteriosas fuerzas generadoras de la vida. Es por esto que la literatura femenina se ha ocupado en el pasado, mucho más que la de los hombres, de experiencias interiores, que tienen poco que ver con lo histórico, con lo social y con lo político. Es por esto también que su literatura es más subversiva que la de los hombres, porque a menudo se atrave a bucear en zonas prohibidas, vecinas a lo irracional, a la locura, al amor y a la muerte; zonas que, en nuestra sociedad racional y utilitaria, resulta a veces peligroso reconocer que existen. Estos temas interesan a la mujer, sin embargo, no porque ésta posea una naturaleza diferente, sino porque son el cosecho paciente y minucioso de su experiencia. Y esta experiencia, así como la del hombre, hasta cierto punto puede cambiar; puede enriquecer, ampliarse.

Sospecho, en fin, que el interminable debate sobre si la escritura femenina existe o no existe es hoy un debate insubstancial y vano. Lo importante no es determinar si las mujeres debemos escribir con una estructura abierta o con una estructura cerrada, con un lenguaje poético o con un lenguaje obsceno, con la cabeza o con el corazón. Lo importante es aplicar esa lección fundamental que aprendimos de nuestras madres, las primeras, después de todo, en enseñarnos a bregar con fuego: el secreto de la escritura, como el de la buena cocina, no tiene absolutamente nada que ver con el sexo, sino con la sapiduría con la que se combinan los ingredientes.

Anilú Elías

Que diez años no es nada...

Reflexiones a propósito de mi entrada a Fem.

Estaba platicando con unas compañeras de trabajo cuando sonó el teléfono. Era Elena Urrutia que me llamaba para invitarme a trabajar en *Fem.* Se me hizo un nudo en la garganta y me puse a llorar. Ponerlo aquí por escrito suena cursi, pero no hay más remedio que escribir lo que sentí, no lo que pensé o lo que ahora sería decoroso contar. ¿Por qué el llanto? A ver, intento explicar.

Las mujeres tenemos poca tradición de admiración por otras mujeres. Las calles que llevan nombres femeninos son pocas; las estatuas de mujeres, son menos, salvo esas abstractas "patrias" o "independencias" que tienen figura de mujer, pero que son seres mitológicos. Las verdaderas heroínas, mujeres que dieron su vida por ayudar a mejorar la condición de la mujer, son en su mayoría desconocidas que apenas ahora rescatan las feministas del olvido patriarcal de siglos. Para las mujeres que tuvimos la suerte de vivir el movimiento feminista de los setentas, una de las cosas más lindas que pudimos experimentar fue precisamente aprender a admirar a otras mujeres.

En esos valientes y emotivos setentas se habló varias veces de la necesidad de crear una revista feminista. Cuando a mediados de 1976 se empezó a comentar que un grupo iba a llevar la idea a la práctica, muchas lo consideraron un sueño imposible. Viejos resabios del patriarcado, dudar de nosotras mismas; no confiar en nuestra capacidad de trabajo en grupo, de organizarnos, de coordinar trabajos y entregarlos a tiempo de encontrar dinero suficiente para financiar todo lo necesario.

Y salió *fem.* en 1976. Cada una de las mujeres de esos grupos feministas de entonces cruzábamos los dedos y pronunciábamos un "ojalá" esperando que *fem.* no quedara en unos cuantos heroicos números como ocurrió con otras publicaciones femeninas (Cíhuatl, La Revuelta).

Poco a poco, Fem se fue convirtiendo en un símbolo para nosotras, para todas las que la vimos nacer, las que conocimos al grupo de fundadoras que, pese a todos los pronósticos, seguía trabajando y sacando número tras número de la revista. Desde lejos, otras de más cerca, admirábamos ese esfuerzo y aspirábamos a ser parte de él algún día. Y ese algún día no era porque las compañeras de *fem.* hubieran en ningún momento adoptado posiciones de superioridad, sino porque todas sentíamos que no era un esfuerzo común y no se requería una participación convencional, sino una entrega y una convicción constantes.

A principios de 1983 tuve algunas reuniones con Elena Urrutia a propósito de algunas ideas que le comenté para la revista. Sólo imaginaba que pudieran servir algunas de ellas, pero, aunque inconscientemente lo deseaba, no era con el deliberado propósito de que me invitaran a participar. Yo tenía mi colección completa de *fem.* había vendido suscripciones, conocía a todas las integrantes de la Dirección Colectiva, pero me sentía incapaz de pedir lisa y llanamente que me invitaran a colaborar con ellas.

Cuando llegó la llamada de la que hablaba al principio, la emoción que sentí puso de manifiesto que en once años de militancia feminista había aprendido de verdad a admirar a mujeres, había aprendido a aspirar a estar cerca de ellas. La invitación era mucho más que un honor como se vive en el mundo patriarcal, era la posibilidad de vivir de cerca la realidad de un proyecto de vida distinto. No idealizo: sintetizo en unas palabras lo que significa tener admiración por mis iguales, mis compañeras, mujeres como yo. Un logro cualitativamente tan importante como haber desafiado la ley de gravedad, como ir a la Luna. Como romper todos los tabúes que hemos roto las mujeres creyendo en nosotras mismas y lo que podemos hacer juntas.

Marcela Guijosa*

Mis complejos por ser de la clase media

Una de las cosas que yo más admiro de Elenita Poniatowska es esa valentía que tiene para asumirse, en algunos de sus cuentos, como una mujer "burguesa". No es Jesusa Palancares; es esa de la casita de sololoy, con sus niños peleándose mientras ven el chavo del ocho, la que le da de cepillazos a su hijita del pelo enredado. O aquella que confiesa la vergüenza que le dio frente a las mujeres madres de los desaparecidos porque iba a ir de compras al palacio.

Pero esto es raro; se da en la literatura, con otras honrosas excepciones, como en Angeles Mastretta, Silvia Molina o Fátima Fernández C. Pero ¿en los escritos feministas?

La mujer de la clase media es un ser abominable. Como en León Bloy, a mí dénme una santa o una prostituta: la mujer "clasemediera" no tiene salvación. En los discursos de las grandes feministas mexicanas, las que si saben, las que tienen la Verdad, yo he sentido a veces un desprecio, un rechazo, una casi casi discriminación de clase.

En ciertos ambientes, los del Feminismo, los de los partidos de izquierda, los de La Cultura, ser "clasemediero" es sinónimo de ser lo peor. Supone tener la ideología más abyecta, los gustos más chafas, la moral más hipócrita y la más absoluta carencia de una *conciencia política.* Y puede ser que sea cierto.

Pero una no elige nacer en la clase media. Una quisiera ser, por supuesto, de las privilegiadas.

¿Qué sentimos o qué pensamos las mujeres clasemedieras? Las que pudimos ir a la universidad medio nos salvamos: somos otra clase. Participamos de algún modo del pastel de los Iniciados, del prestigio del poder patriarcal. Nos podemos conectar más fácilmente con los medios "políticos". Podemos leer libros. Podemos trabajar por y para los marginados. Así se nos borra un poco el estigma, lo inconfesable: somos de la Narvarte, y nos gustaban los Panchos. Algunas señoras feministas, muy politizadas, nos dicen: tú no importas, tú y tus idiotas problemas pequeño-burgueses. Los verdaderos problemas son los de la mujer proletaria, doblemente explotada; nuestra compañera es la mujer obrera, y que si la triple jornada y que si las campesinas y que si las compañeras guerrilleras de Nicaragua.

¿Y si una no es campesina? Yo me he sentido como culpable de no ser indígena ni costurera, y de tener coche y de tener una mujer que trabaja en mi casa. Siempre que se habla de las trabajadoras domésticas, las *patronas* son las malvadas explotadoras. Y en este maniqueísmo, una no quisiera ser la patrona.

Yo soy de la clase media y pude estudiar. Y no se me acabó de borrar la famosa mancha. Se me nota en mi insegura forma de hablar, se me nota en la ropa y en los modos. Tengo cirada sin eufemismos y trato de pagarle más o menos y la necesito porque, sin ser proletaria, trabajo en la calle y tengo tres hijos. Y ni modo, vivo en un ambiente clasemediero: mis hermanas, mi mamá, mis tías, mis compañeras de trabajo y mis amigas son clasemedieras.

Yo sé lo que es ser esclava de la moda y de los cosméticos y he vivido el terrible drama del ¿qué me pongo? Y aún no estoy tan liberada como para ir a trabajar sin pintarme o sin rasurarme los sobacos. Yo he tenido —y sigo teniendo broncas de pareja, y me divorcié, con muchas lágrimas y muchas depresiones. Y tengo traumas sexuales clasemedieros: no puedo coger con cualquiera. Y no me alcanza el dinero ni el tiempo par ir al super, y a veces sueño con un príncipe azul que me venga a salvar. Y veo la televisión y veo algunas telenovelas (confieso). Como mi mamá y mis tías, que están siempre deprimidas. Como mis amigas que son secretarias, que se gastan todo lo que ganan en vestidos chingones para ir a trabajar "bien presentadas". Y que se pasan la mitad de la jornada de trabajo *sirviéndoles* cafecitos a sus jefes. Y que son amantes de sus jefes. Y que sueñan con ser esposas de sus jefes.

Y algunas feministas nos dice que *eso* no importa. Que esos problemas son pendejadas. Si no trabajas por un sueldo y eres ama de casa todo el día, peor para tí. Si no lees el periódico ni te importan las noticias del mundo, qué jodida estás. Si ves telecomedias, eres despreciable. Si estás llena de angustia porque no entiendes nada, es lo de menos. ¿Eres campesina, o por lo menos, subempleadas? ¿No? Entonces no nos importas.

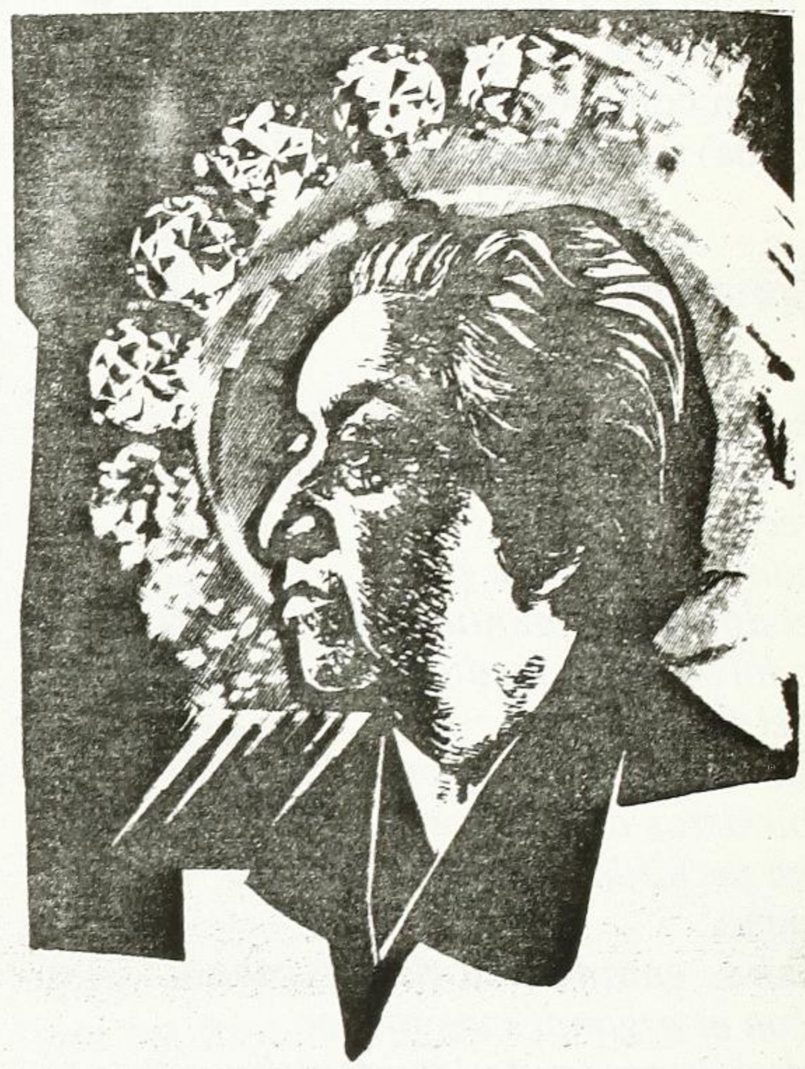
Claro que hay problemas más urgentes. Pero la mujer de clase media, la inculta, no es el enemigo. Estamos así y somos así por la mismísima clase de causas que explotan al explotado y marginan al marginado. Y la mujer clasemediera está como aislada, encarcelada en su vida cotidiana de sexismo, entre la televisón y *Vanidades.* ¿Qué espacios, qué oportunidades tiene para salir de ahí? ¿Qué canales de comunicación hay en México para que esas mujeres tomen conciencia de sus esclavitudes?

¿No podría ser esta revista, la única feminista que hay, con sencillez, uno de esos canales?

* Marcela Guijosa, mexicana, profesora de Filosofía y ama de casa feminista.

Montserrat Ordóñez*

La voz de las poetas latinoamericanas



Poesía eres tú, le decia el poeta a la mujer cuando no había duda de que ella era el referente pasivo y complacido de su inspiración. La mujer ha sido tradicionalmente, y con contadas excepciones (que la historia se apresura a enterrar), objeto y no sujeto, definida y no definidora, paisaje y no mirada. Como audiencia que se identifica como receptora, ella ha sido la gran consumidora de poesía masculina, que le ha servido para verse, creerse y hacerse a la imagen y semejanza de lo que su creador ha querido hacer de ella. Muchas formas de sensibilidad y de conducta se aprenden, se rechazan, se reproducen, para bien y para mal, a partir de un verso y de una canción.

Y sin embargo, hay una larga historia de mujeres que no se conforman sin voz propia, que quieren ser parte de un mundo de donde ellas han sido excluídas y participar en una historia colectiva, dejando de ser la princesa dormida. En América Latina inmediatamente pensamos en la típica lista ya canonizada, de Sor Juana, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou. Por problemas de crítica y recepción, equivocadamente las asociamos a expresiones de lo afectivo y sentimental o las identificamos y juzgamos por su biografía más que por sus obras.

Dentro de esa difícil tradición, a partir de modelos complejos y contradictorios, con frecuencia tomados de otras culturas, aparece en esas décadas, en América Latina, una gran cantidad de poetas mujeres, ¿De qué hablan? ¿Desde dónde escriben? ¿Por qué lo hacen? Las preguntas hay que dirigírselas a sus obras y éstas nos responden. Escriben porque creen que aún hay mucho por hacer y decir. Están pegadas a la tierra, a su cuerpo, a su historia y a la historia de América Latina, y tienen en común la ira, el dolor, la necesidad de crear voces en donde nos podamos reconocer, la voluntad cuestionadora, el deseo de darle la vuelta a esta historia degollada.

Lo hacen con todo lo que tienen a la mano, modelos antiguos y recientes o rebeldías de todo, pero especialmente con un lenguaje lastimado, despojado y concentrado, que puede oscilar desde lo más trágico y profundo hasta el humor y la burla. Lo que definitivamente este lenguaje no tiene es delicadeza ni sentimentalismo, y sus silencios no son de miedo sino de impotencia. Mujeres que trabajan y se dividen, mujeres exiliadas, mujeres que aman, paren y odian, pero que sobre todo saben que el viaje ha remplazado a la casa: se acabó la antigua seguridad de ser únicas/aisladas/entronizadas y ahora pertenecen a una generación de solidaridad y cambio, que parte de lo cotidiano para proyectarse y del propio conocimiento para poder integrar el ajeno.

Las listas actuales ya no caben en unas pocas líneas. En Colombia contamos con muchos nombres de sorprendente impacto, pero el fenómeno es continental y sólo un reconocimiento de las otras voces nos ayudará a encontrar aún más las propias. Las que aquí siguen son apenas una muestra de un arrollador trabajo que debe pasar de los círculos especializados al conocimiento de la mayoría de mujeres latinoamericanas. En la línea del cuestionamiento de una tradición ajena, Rosario Castellanos (México) publica en 1972 *Poesía no eres tú.* Aunque más conocida como novelista y cuentista, especialmente de temas indígenas, la poesía de sus últimos años es un reen-

Montserrat Ordóñez, escritora colombiana.

cuentro consigmo misma, con su cotidianidad y sus mitos. Otra voz que las latinoamericanas no podemos ignorar, porque reaparece de mil formas, es la de Alejandra Pizarnik (Argentina). Su antología *El deseo de la palabra* (1975) resume en el título la lucha entre el silencio y la escritura que ella vivió hasta sus últimas consecuencias. Ida Vitale (Uruguay) representa una tercera voz, densa, filtrada, a veces lúdica, de una sonoridad que contrasta con sus sordas imagenes. Una reciente antología, *Fieles* (1982), nos lleva por tres décadas de destilaciones: ha encontrado el fiel de la balanza, en precario equilibrio.

El resto son menciones y devociones: Claribel Alegría (El Salvador y Nicaragua) escribe con pasión y entrega en su región comprometida. Nancy Morejón (Cuba) se redefine como mujer nueva y negra. Marjorie Agosin (Chile) en un reciente libro, *Brujas y algo más* (1984), entra en la piel de esa mujer diferenciada, castigada por tratar de explorar conductas no sancionadas: acusa, denuncia, defiende, se burla, disfruta su propia escritura y genera una aguda crítica social. Rosario Ferré (Puerto Rico), poeta y cuentista, encuentra en *Fábulas de la garza desangrada* (1982) una voz envolvente, barroca y rítmica, con la que teje y desteje la historia de la mujer. Reinterpreta y re-escribe los grandes mitos de mujeres de la literatura clásica, y de sus textos surgen nuevas pasiones. Dándole voz a mujeres silenciadas, nos da voz hoy a las que queremos ser oídas. Como Agosín, explora una sexualidad afirmativa, activa, alegre, lejos de la repetida autocomplacencia masculina y de la aburrida glorificación del acto sexual vivido desde la perspectiva del hombre que logra llegar a su oceáno.

Para terminar esta breve selección, la boliviana Blanca Wiethuchter *(Travesía,* (1978); *Madera viva y árbol difunto,* 82) reelabora muchas de las exploraciones anteriores: su proyecto poético es escribir haciendo historia y ser testigo comprometido sin perder la conciencia de una palabra-cuerpo, no reflejo de vida sino parte de ella, que convierte a la escritura en un trabajo de tierra y tinta con la que se hace el mapa y el calendario de nuestra vida y de nuestra muerte. Y esto es tal vez lo que hacen nuestras mejores poetisas de ahora: viven haciendo y dejando testimonio, y colaboran a la creación de una memoria que no siga siendo degollada.

Epitalamio

he aquí que, prometida feliz
luego de ser enseñada a zurcir, a recoger
con mesura y sin prisas
el dobladillo puntual de su corazón,
a hilvanar su medida a la seguridad del forro
sin transparentar jamás los latidos
bisnietos de su deseo
ha decidido separar el bastidor del paño.
borda entonces su risa en canesú
con el organdí más blanco,
deshila cantando los manteles calados
de resignación y ayuno,
embebe por última vez
los volantes quebradizos del amor
alrededor de los rostros imaginados
de sus hijos
deshilvana en punto en cruz
en punto en sombra
en punto atrás
los conjuntos nevados de su ajuar
y las sábanas matrimoniales de la espera
olorosas aún a leches ácimas
se desabrocha el corpiño
y se desprende de la sien el velo de tul ilusión
a la sombra del cual atravesaba la vida
descosida de la propia piel
deja que los sentimientos se le ajen,
los estruja contra sus muslos,
sudorosos por el uso,
equilibrada sobre la brisa precaria de sus tacos
los hace crujir como seda nueva
alrededor de su cintura
antes de tirar la hebra y deshacer el dibujo.

Rosario Ferré (Puerto Rico)

Despedida

La piel no dijo adiós;
la mano fue a negar el vacío,
la mirada siguió mirando,
quiso argüir
desesperadamente.
Fue la alondra
o qué pájaro siniestro.
Algo gritó muy lejos
de nosotros
y se partió la tierra
en dos mitades.

Ida Vitale (Uruguay)

Cold in hand blues

Y qué es lo que vas a decir
voy a decir solamente algo
y qué es lo que vas a hacer
voy a ocultarme en el lenguaje
y por qué
tengo miedo

Alejandra Pizarnik (Argentina)

Negativo

por la bondad con que le sirves a tu amado
un cafecito azul a cada hora,
por amamantar el miedo con que abrazas
en su brazo todas las formas de la muerte;
por andar entre tacitas y legumbres
cuando tu amado despena hasta el tobillo
del mundo, cosechando y sembrando sus tesoros,
por los cantos del cisne y por la joya
que te obsequió en tu reciente plenilunio;
por amojamar tu corazón bajo la tierra
luego de sustraerlo a su costado,
por la sorda epifanía de tu humildad
y la estafa amorosa de tu falda;
por quedar siempre mudos en tu mano
los molinos de aceite y los del vino,
el número mayor o menor de tu ganado
y el humeante pulular de tus colmenas;
por nacer entre tu labio de hombre,
sobre tu lengua de hombre,
bajo tu hombro de hombre,
un corazón, que a golpes, más que hombre,
un monte puesto encima rompería
en tanto que tus codos, tus piernas y tus brazos,
pálidos de aceite y hiel,
comprueban que eres mujer y verdadera;
por moderarte, ser paciente y barajar
estándote contigo y con tu sombra;
por todas estas cosas y otras pocas
que al contemplar tu estado considero,
me pregunto quién eres, quién inventa
esta imagen que en mi espejo se detiene.

Rosario Ferré (Puerto Rico)

Ojos primitivos

En donde el miedo no cuenta cuentos
y poemas,
no forma figuras de terror y de
gloria.
Vacío gris es mi nombre, mi
pronombre.
Conozco la gama de los miedos y ese
comenzar a cantar despacito en el
desfiladero
que reconduce hacia mi desconocida
que soy,
mi emigrante de sí.
Escribo contra el miedo. Contra el
viento
con garras que se aloja en mi
respiración.
Y cuando por la mañana temes
encontrarte
muerta (y que no haya más
imágenes): el
silencio de la comprensión, el silencio
del mero estar,
en esto se van los años, en esto se fue
la
bella alegría animal.

Alejandra Pizarnik (Argentina)

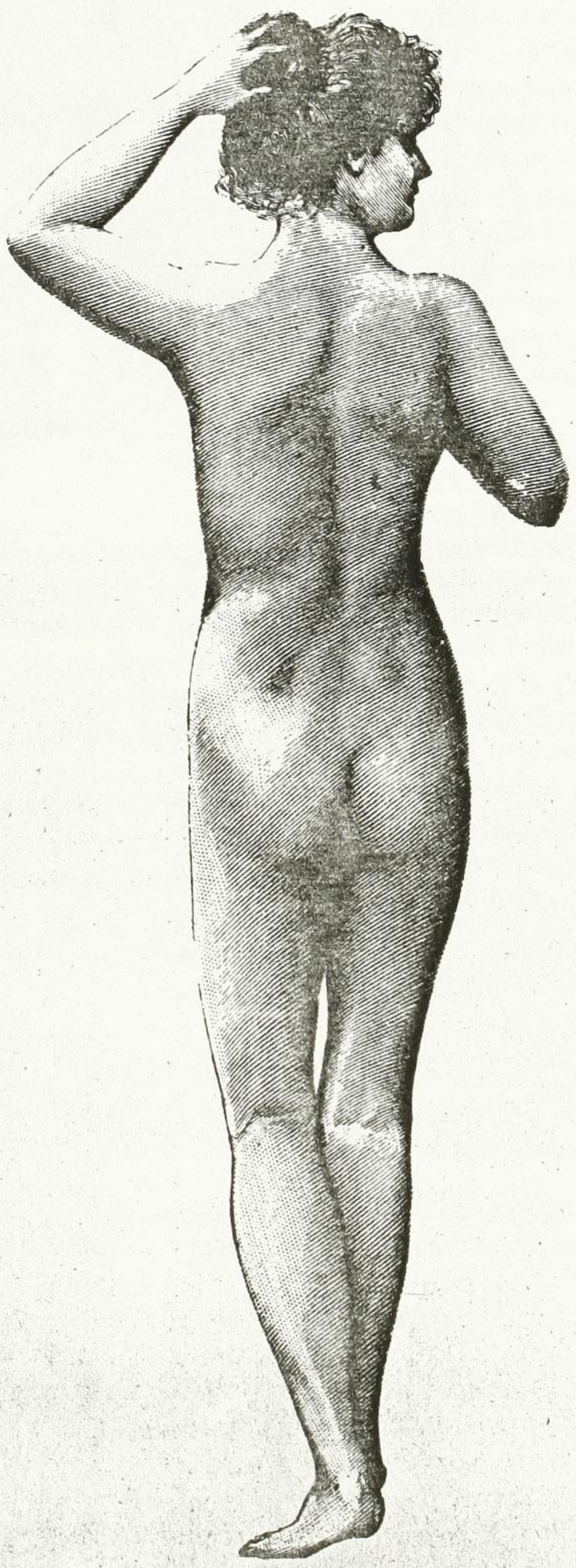
Tamalitos de Cambray

(4 millones 200 mil tamalitos)

—A Eduardo y Helena que me pidieron una receta salvadoreña—

Dos libras de masa de mestizo
media libra de lomo gachupín
cocido y bien picado
una cajita de pasas beatas
dos cucharadas de leche de Malinche
una taza de agua bien rabiesa
un sofrito con cascos de
conquistadores
tres cebollas jesuítas
una bolsita de oro multinacional
dos dientes de dragón
una zanahoria presidencial
dos cucharadas de alcahuetes
manteca de indios de Panchimalco
dos tomates ministeriales
media taza de azúcar televisora
dos gotas de lava del volcán
siete hojas de pito
(no seas malpensado es somnífero)
lo pones todo a cocer
a fuego lento
por quinientos años
y verás qué sabor

Claribel Alegría, (El Salvador)



La Bruja me dicen

La bruja me dicen
porque regreso
a mi cueva
para estar más
cerca del
sol y de
la muerte
para celebrar
las señales del
agua y el
aquelarre de mi
soledad.

La bruja
porque rondan
entre las raíces
de mi escoba
papeles y fantasmas
sirenas-duendes
y el alfabeto
con el lápiz encendido
en la mano.

Bruja me dicen
por mi dorado cabello
como un incendio de foresta
por los ojos celestes como
cristales y adivinanzas

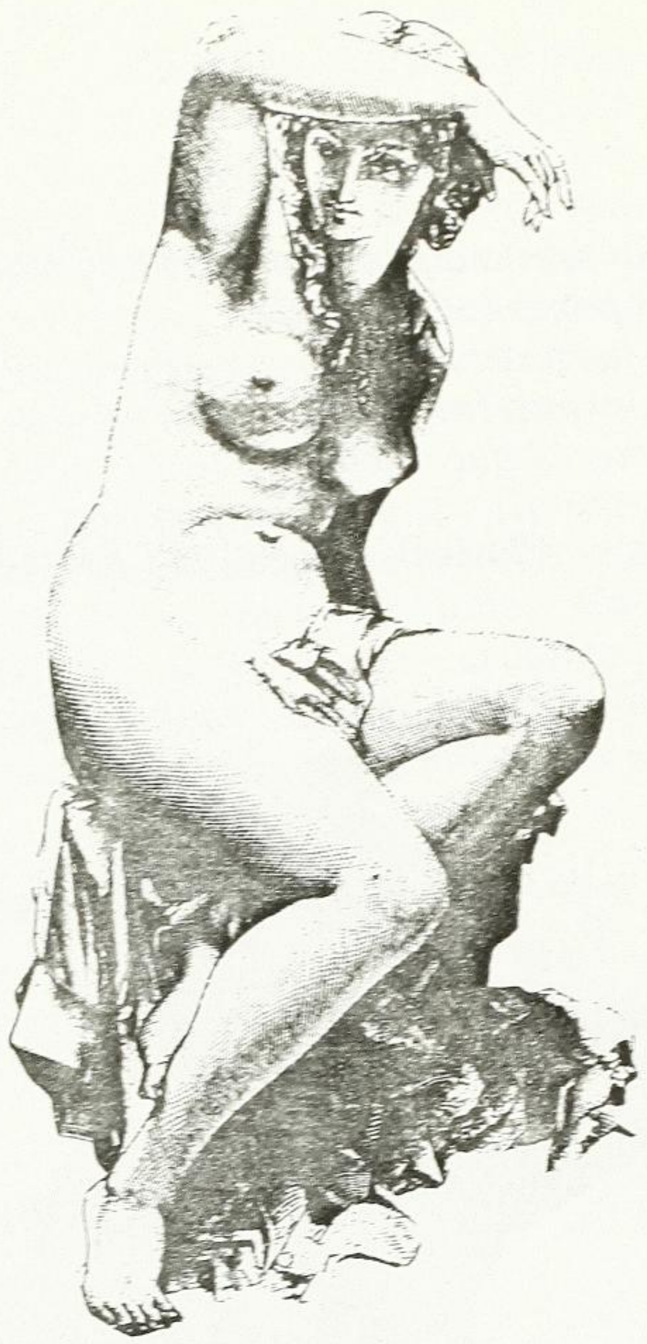
Y si bruja soy
vengan a mí
para encender las velas
despeinarme el cabello
y bailar
en una orgía benigna
bailar
y escribir
un últimoprimerpoema.

Marjorie Agosín, (Chile)

Vamos nube de agua
vamos nube de lluvia
nuestras chacras de origen
¡esperan ya!

Esa vez, esa vez eran muchos
los muertos.
Eran muchos. Sin saber de todos.
Uno, qué bestia se tiró contra un
tanque
con las piedras contra el tanque con
la rabia
contra el tanque con el cielo contra el
tanque
con el odio —¡qué anima!— contra el
tanque
lo acribillaron en el acto contra el
tanque
en el acto la muerte en un acto, uno
solo.

Blanca Wiethuchter, (Bolivia)



Se habla de Gabriel

Como todos los huéspedes mi hijo me
estorbaba
ocupando un lugar que era mi lugar,
existiendo a deshora,
haciéndome partir en dos cada
bocado.

Fea, enferma, aburrida
lo sentía crecer a mis expensas,
robarle su color a mi sangre, añadir
un peso y un volumen clandestinos
a mi modo de estar sobre la tierra.

Su cuerpo me pidió nacer, cederle el
paso;
darle un sitio en el mundo,
la provisión de tiempo necesaria a su
historia.

Consentí. Y por la herida en que
partió, por esa
hemorragia de su desprendimiento
se fue también lo último que tuve
de soledad, de yo mirando tras de un
vidrio.

Quedé abierta, ofrecida
a las visitaciones, al viento, a la
presencia.

Rosario Castellanos (México)

Economía doméstica

He aquí la regla de oro, el secreto del
orden:
tener un sitio para cada cosa
y tener
cada cosa en su sitio. Así arreglé mi
casa.

Impecable anaquel el de los libros:
un apartado para las novelas,
otro para el ensayo
y la poesía en todo lo demás.

Si abres una alacena huele a espliego
y no confundirás los manteles de lino
con los que se usan cotidianamente.

Y hay también la vajilla de la gran
ocasión
y la otra que se usa, se rompe, se
repone
y nunca está completa.

La ropa en su cajón correspondiente
y los muebles guardando las
distancias
y la composición que los hace
armoniosos.

Naturalmente que la superficie
(de lo que sea) está pulida y limpia.
Y también es natural
que el polvo no se esconda en los
rincones.

Pero hay algunas cosas
que provisionalmente coloqué aquí y
allá
o que eché en el lugar de los trebejos.

Algunas cosas. Por ejemplo, un
llanto
que no se lloró nunca;
una nostalgia de que me distraje,
un dolor, un dolor del que se borró el
nombre,
un juramento no cumplido, una ansia
que se desvaneció como el perfume
de un frasco mal cerrado.

Y retazos de tiempo perdido en
cualquier parte.

Esto me desazona. Siempre digo;
mañana...
y luego olvido. Y muestro a las
visitas,
orgullosa, una sala en la que
resplandece
la regla de oro que me dio mi
madre. ■

Rosario Castellanos (México)

Fernanda Navarro

Al rescate de Penélope

Nuestra tradición filosófica ha estado, desde sus inicios, signada por la racionalidad occidental. Racionalidad dicotómica y siempre patriarcal, apologética de las estructuras de dominación.

Toda voluntad de dominio teme y elimina la DIFERENCIA; atropella y "anonimata" lo diverso en busca de una uniformidad reglamentada. Así, fue declarado zurdo, siniestro y oscuro, negatividad pura, el universo de la feminitud por el lenguaje falocéntrico, apoyado en una Lógica y una Moral siempre dispuesta a sancionar una premisa falaz que dedujera de una diferencia biológica una desigualdad social...dejando sólo un cuerpo signado y la mirada que lo vigila.

¿Esencia o Función?

¿Cuándo se efectuó la inferencia aquella que resultara en la conversión degradada de un ser originario en un ser cosificado? ¿Con qué cronología quedó marcado el momento histórico aquel en que una acción, un hacer, quedó congelado en una esencia inalterable...y una función plasmada en irremediable cosidad? Hecho que confiriera a la mujer una naturaleza y una significación propias; una existencia violentada, vigilada y castigada.

¿Fue acaso en obediencia a alguna voz o alguna ley patriarcal a través de la cual fue declarada MATRIXia por los siglos de los siglos? El hecho es que desde aquella edad incierta la mujer perseveró en su ser asignado, cual conciencia abandonada, reflejante de domesticidades y utensilios...en un mundo donde la propiedad define al SER. ¿a qué oráculo orar? ¿Cuál, de entre todos, era *su* ser?

El único espejo que tuvo la mujer a mano fue "el otro", la alteridad y su mirada. Hasta el recurso de Narciso le fue diferido. Y bajo esa mirada-conciencia de la otredad quedó configurado su ser y su destino...quedando así fijada en el zodíaco biológico de proyección sideral. Una vez instituída la longeva matrona nutricia, una vez instaurada MATRIXia, DESIDERATA (de vocación libertaria) quedó vencida, soterrada...y Eros postergado.

A falta de espejos puntuales, la mujer se ha debatido hasta hoy con el principio de identidad. ¿Con qué armas conjurar entonces ese posible dictum cartesiano, parafraseado a manera de condena?: "paro luego existo".

Y frente a este despojo todavía hay quien pregunta: Veamos ¿cuántas mujeres famosas ha habido en la Historia? La pregunta no merece respuesta. Simplemente replicamos. ¿Se ha puesto ud. a pensar que si Maquiavelo hubiese nacido NicalasA el mundo no conocería *El Príncipe*...porque estaría demasiado atareada en el caldero?

Lo que nos interesa señalar aquí es que no es la esencia sino la función que cada ser (persona, familia o clase) desempeña en la sociedad lo que determina su lugar y cualificación.

De la Cosidad a la Conciencia

A 25 sigios de distancia, resurge DESIDERATA multiplicada. Quiere decir su palabra pero desde otro sitio y con otra voz. Ni anunciaciones ni presagios. Emergente apenas del lenguaje del balbuceo y del equívoco, busca un alfabeto cuya composición permite escapar a la pasión unívoca y precisa del Sujeto Cognoscente y sea capaz de albergar la antigüedad multívoca y paradójica, textura de nuestra condición y condición de nuestra textura.

Sabedora de que el único filtro para conocer es la subjetividad irrepetible y fragmentada, renuncia a la búsqueda de la Verdad universal y absoluta. Con Desiderata, denunciamos a la gramática por su incapacidad de plasmar las modalidades diversas de la temporalidad y declaramos el GERUNDIO nuestro auténtico tiempo verbal. Pues es "en existiendo", "en haciendo", "en imaginando" que se va configurando nuestro ser. Nada *es* de una vez y para siempre. Todo esta siendo y dejando de ser. ¿Qué afán de inmovilizarlo todo, de petrificarlo todo? ¿O se trata de un intento más de subvertir y trascender nuestra humana condición...una muestra más de soberbia falocrática frente a la Naturaleza?

Nuestra lucha es por los puntos suspensivos y el paréntesis, es decir, contra la definición clasificadora y estructurante. Esta inconformidad se remonta a Euclides y Pitágoras, que en su afán de perfección la declararon *todo* susceptible de ser enumerado, encasillado, apresado en una fórmula o figura de ideal dimensión. ¿No se preguntaron nunca si ello no conduciría a la edificación de sociedades de manía sustantiva, donde todo atributo es convertido en sustancia y toda sustancia en sujeto de sujeción?

Ante semejante herencia, nuestra labor ahora se duplica,

pues no sólo la mujer ha sido secular objeto sujetado sino que el hombre también ha sido sujeto —y no siempre Trascendental. No todo hombre, por el hecho de serlo, participa de la esencia del Jerarca que dicta, objeta, determina y sujeta. Ardua labor es ésta: la desujetación de sujetos, todo lo sujeto a definición, estructura o juicio, con el fin de poder simplemente alcanzar la condición de "existentes", coincidentes con su ser y su hacer; de conciencias plenas y libres, donde cada libertad se sabe límite y limitante de la libertad del "otro". Sólo entonces se podrá dar el acontecimiento: el encuentro de dos soledades que se respetan y compartan...poniendo fin a toda inclinación contra-natura, como la monogámica, con sus pretensiones suprahumanas y resabios maniqueos que denotan un desconocimiento absoluto de la realidad humana: efímera, cambiante, injustificable, como es. ¿Sería ante el vértigo de esa realidad y ante la incapacidad de asumir su condición y habitar el vacío, la finitud, la incertidumbre y el azar que el Patriarca decidió inventar la ficción de lo perdurable?

Finalmente, no es nuestra intención quedarnos en el señalamiento, la acusación o el lamento. Sabemos que lo determinante —parafraseando a Sartre no es lo que la colectividad ha hecho de nosotras, sino lo que nosotras hacemos con eso que han hecho de nosotras...por lo pronto, intentaremos sustraernos a su lógica de más guerra y basura.

Más que igualdad (por su riesgosa cercanía con la uniformidad) buscamos la RECIPROCIDAD, el respeto a la DIFERENCIA y el derecho a la AMBIGUEDAD. Nos declaramos en contra de todo a priorismo moral, sosteniendo que nada es bueno o malo *antes* de que el contexto lo signifique y califique. Nuestra Moral —aún por hacer— no podrá dejar de incorporar lo subjetivo y lo relativo en su accionar comprometido.

No esperamos el advenimiento de ninguna Era, ni el anuncio de un nuevo(a) Mesías, ni de otra Revolución. Nuestra tarea —entre otras— será la de vigías frente a todo lo que atente contra el crecimiento de imaginaciones comprometidas, no en cambiar el MUNDO sino en cambiar la(s) vida(s), es decir, transformar la manera de estar presente en el mundo.

Por último, nos reservamos el derecho de disentir y de decidir. Y nuestra decisión es escapar a la Era y a la esfera de la domesticidad mitificada, y al destino de mujeres-cosificadas que la sociedad nos ha reservado, para levantarnos y habitar la nave que habremos *juntos* de conducir, para cuidar el equilibrio del naufragio; y conjuntamente diseñar una operación lógico existencial de supresión de ese guardián unidimensional de dicotomías maniqueas, para abrirle un espacio a la posibilidad, con el fin de permitir el tránsito por las sendas plurales de la alternancia y el azar, del encuentro propio de sujetos libres, del "vivir sin vencer" de Canetti, recordando siempre que es a la posibilidad a lo que debemos nuestra lealtad entera...a la posibilidad, en este caso, de que Penélope escape al ámbito de la virtud (areté) asignada y deje de tejer y de esperar *en obediencia* a esa voz patriarcal, para poder al fin acceder a esa región donde ser consciente y libertad coincidan en un nuevo dictum: "elijo luego exito".

Entonces, ya podrá seguir tejiendo Penélope —si así lo elige— sin que nadie permanezca en desvelo por ella, y se pueda decir con el poeta:

"Danae (Penélope) teje el hilo dorado por el Nilo..."
(Lezama Lima)

Su casa alrededor del mundo

Así es, la casa de usted y toda la amabilidad de una familia, le espera alrededor del mundo con la oportunidad única de que a través de un trato coloquial, viva lugares, costumbres, tradiciones y alcance el más alto dominio del idioma que le ofrece el país anfitrión.

Programas en: Bélgica, Brasil, Canadá, Dinamarca, Francia, Reino Unido, U.S.A., Italia, Argentina.

Oficina Nacional en la Cd. de México
Fresas 60 Bis, Tels. 575/20/16 559/42/90,
Col. Tlacoquemecatl, C.P. 03210 México, D.F.

Comites Regionales: Colima, Col. Uruapan, Mich. Itsmo, Guadalajara, Jal. Matamoros, Tams. Querétaro, Qro. Pachuca, Hgo. Oaxaca, Monterrey, N.L.

afs
Intercambios Culturales AFS de México, A.C.

Alcira Forero

El Purdah o los universos separados

El caso de la India

En el mundo contemporáneo, la distancia más difícil de vencer no es ciertamente la espacial, es la que tiene profundas raíces en prejuicios culturales que subconscientemente nos hacen seleccionar lo que queremos conocer. Así, nuestro conocimiento del mundo no parece ampliarse en la misma proporción en la que las distancias geográficas se acortan. (1)

Este trabajo es un intento de acortar las distancias entre "Oriente" y "Occidente" a través de la comprensión de un fenómeno que tiene a la sociedad de la India como escenario y a millones de mujeres como sus principales, mas no exclusivas víctimas.

Purdah, que significa cortina, es la palabra que se usa para designar el sistema mediante el cual se aisla a las mujeres y se refuerza y valoriza el recato femenino en Asia del Sur (India, Paquistán y Bangla Desh). Su característica central es limitar la interacción entre hombres y mujeres fuera de ciertas categorías bien definidas y que son diferentes para hindúes y musulmanes.

El Purdah no está restringido a las mujeres musulmanas como se cree comúnmente. Hay mujeres confinadas y con velo entre los mediterráneos preislámicos, árabes o persas, en Gracia y en Asiria. (2)

Varios versos del Corán destacan la modestia femenina y legitiman el Purdah; los más explícitos en ese sentido son los del Azora XXIV: 30:

"Di a los creyentes que vayan con los ojos bajos y que practiquen la continencia. Eso será lo más conveniente para ellos. Dios está bien informado de lo que hacen. Di a los creyentes que bajen sus ojos, oculten sus partes y no muestren sus adornos más que en lo que se ve. ¡Que cubran su seno con el velo! No muestren sus adornos que a sus esposos, o a sus hermanos, o a los hijos de sus hermanos, o a los hijos de sus hermanas, o a los esclavos que posean, o a los varones, de entre los hombres, que carezcan de instinto, o a las criaturas que desconocen las vergüenzas de las mujeres; éstas no meneen sus pies de manera que enseñen lo que, entre adornos ocultan". (3)

La cita anterior es un ejemplo de las sanciones que establece el Purdah, cuya intención es común a muchos pueblos del orbe.

El Purdah es un fenómeno social complejo y muy variable que revela las desigualdades entre hombres y mujeres. Algunos estudiosos sostienen que el Purdah fija opciones diferentes para hombres y mujeres de alguna manera complementarias; otros, que el Purdah restringe el acceso a los recursos de su sociedad. (4)

El supuesto de que el aislamiento de las mujeres debe estudiarse en su contexto social nos lleva a analizar las relaciones sociales que subyacen en las manifestaciones externas del Purdah. Los cambios que se producen en la observancia del Purdah reflejan, en consecuencia, los cambios en otros niveles de la vida social. El estudio del Purdah, concebido comc un proceso social, obliga a un análisis de la posición de las mujeres en las sociedades y culturas de Asia del Sur con un enfoque sobre las diferencias de género y de clase.

En el norte y en el centro de la India, el Purdah gravita fuertemente en la vida de las mujeres hindúes y musulmanas: para sus practicantes implica restricción en los movimientos, disminución de los contactos sociales y de la participación en la vida "visible" de la comunidad; está asociado, además, a expresiones de distancia social entre diversas categorías de parientes y no parientes, al prestigio de la familia y de grandes grupos de parentesco y al control de la sexualidad de hombres y mujeres.

Para Jacobson (5), la característica más importante de las normas establecidas por el Purdah, es que forman parte de un patrón cultural de comportamiento más amplio, que limita efectivamente el acceso de las mujeres al poder y al control de recursos vitales en una sociedad dominada por los hombres; esto se hace a través de la represión y las restricciones en casi todas las actividades de la vida de las mujeres.

En India, a los hombres también se les limitan sus acciones con incapacidades económicas, con reglas jerárquicas en grupos de parentesco, de casta, de aldea; pero las mujeres que practican el Purdah sufren represiones adicionales.

El aislamiento de las mujeres está ligado también a los sistemas jerárquicos de acceso a la propiedad de la tierra y de otros recursos. Cuando las mujeres tienen en esas sociedades algún tipo de derechos sobre la tierra, por más magra y reducida que ésta sea, siempre existe la desconfianza de que puedan formar alianzas indeseables que puedan afectar la herencia patrimonial de la familia. (6) Al aislar y reprimir a las mujeres se tiene una mayor seguridad de que la riqueza legada por línea paterna sólo beneficiará a los descendientes biológicos reales y no a personas de paternidad desconocida. (7)

La unidades básicas de la sociedad en la mayor parte de la India son, por un lado, la unidad familiar patrilineal y, por el otro, grupos de parentensco más amplios. Los indios —ya sean propietarios o asalariados— se sostienen con el trabajo agrícola y, como en la mayoría de las sociedades agrícolas primarias, sólo pueden lograr seguridad económica si forman parte de un grupo cooperativo de parientes. En estos grupos de parentesco, es donde el Purdah y otras limitaciones a las libertades femeninas son fuertemente defendidos.

Para que estos grupos cooperativos basados en el parentesco funcionen efectivamente, las líneas de autoridad deben ser marcadas claramente y se reducen a un mínimo de posibilidades de desafío. Tanto a hombres como a mujeres se les asignan jerárquicamente roles basados en la edad y en el género y a las mujeres, además, status por afinidad o matrimonio. Cada categoría de roles femeninos se clasifica idealmente, un grado por debajo de la categoría correspondiente al rol masculino.

Los miembros de tales grupos son socializados para que acepten la autoridad de aquellos que están por encima de

1. Botton Beja, Flora, "La mujer en Asia", *fem*, Publicación Feminista, Vol. VII No. 22 México, Abril-Mayo. 1982.

2. Altekar, A.S., "The position of Women in Hindu Civilization", Delhi, Motilal Banarsidas, 1962, p. 127.

3. *El Corán*, Trad. del Dr. Juan Vernet, Barcelona, 1980, pp.317-318.

ellos en la jerarquía y a las mujers se les enseña particularmente a aceptar un rol subordinado a los hombres; aprenden a subordinar sus preferencias personales a las necesidades de la familia y del grupo de parentesco y a mantener sus impulsos sexuales bajo control. Los ideales de castidad, modestia y fidelidad conyugal son internalizados. Pero, además de cumplir las normas de comportamiento femenino adecuado, las mujeres están conscientes de que sus acciones están inextricablemente ligadas al honor, prestigio y éxito económico de la familia; ayudan a mantener la estructura familiar mediante el autosacrificio. Las reglas del Purdah consisten en cubrirse respetuosamente frente a sus parientes por matrimonio, evitar contactos sociales no aprobados por los miembros mayores de la familia, y mantener la armonía, duramente conseguida, entre los familiares. Las sanciones contra las mujeres que hablan fuerte o que inclusive muestran sus caras en ciertas reuniones públicas, ayudan también a prevenir la disolución de las estructuras políticas masculinas a nivel de la casta o de la aldea, particularmente donde las esposas son reclutadas fuera del grupo patriarcal, como es la regla entre los hindúes del centro y norte de la India. (8)

A pesar de las grandes similitudes entre los sistemas para aislar y reprimir a las mujeres, las prácticas del Purdah varían considerablemente de región a región. Estas variaciones tienen que ver con cada aspecto de las subculturas hindú y musulmana de la India, ya que el aislamiento y el uso de velo son aspectos integrales de los patrones de actitud económica, estructura de parentesco, reglas de herencia, jerarquía social e ideología religiosa.

En muchos escritos antiguos acerca del aislamiento de las mujeres, los autores tienden a aceptar la noción de que los hindúes adoptaron el Purdah sólo en respuesta a la invasión y a los gobiernos musulmanes y que la perduración de su práctica entre los hindúes de hoy, es más bien una reliquia de un tiempo ya ido. Es más, se ha sugerido que la observancia del Purdah por los hindúes, es sólamente una imitación burda de los modos culturales de los conquistadores. Estas pueden existir solamente en ausencia del conocimiento de las relaciones íntimas entre las prácticas de Purdah y su contexto cultural.

El Purdah entre los hindúes

Hay documentos históricos que permiten comprobar el aislamiento de las mujeres de la realeza y las restricciones de movimiento a las mujeres de clase alta en el período Maurya (322-183 A:C:). (9) Textos budistas, dramas sánscritos y el *Kama Sutra,* literatura de los primeros siglos de la era cristiana, describen el aislamiento de las mujeres de más alto rango; escritos posteriores mencionan el uso del velo y la separación entre hombres y mujeres. Es probable que hasta la conquista musulmana del norte de la India, alrededor del año 1200, el Purdah no estuviera tan difundido entre los hindúes de las clases media y baja. La reclusión femenina y el uso de velo parecen haber ganado gran popularidad entre los hindúes después de la llegada de los musulmanes, y aún ahora, es generalmente más frecuente entre los hindúes de aquellas regiones de la India más influidas por el Islam. (10) La difusión del Purdah ha sido también atribuída a la necesidad de los hindúes de proteger a sus mujeres de los ataques sexuales, y al deseo de adquirir y mantener prestigio mediante la emulación de las costumbres de los conquistadores.

Cualesquiera sean sus orígenes históricos, el Purdah hindú de hoy no puede considerarse sólo como una reliquia del pasado, ni un anticuado símbolo de status. La modestia y la represión femeninas, emparejadas con el uso del velo y el aislamiento,son aspectos profundamente arraigados de la cultura hindú en el norte y centro de la India y parte integral de la sociedad. Los hindúes adoptaron las pautas de conducta del Purdah para defenderse de las influencias islámicas, pero no adoptaron sus rasgos sin moldearlos de acuerdo con las configuraciones de su subcultura hindú, en la cual aquellas pautas eran un componente vital desde hace siglos.

Las normas de parentesco del Purdah musulmán no se aplican a la unidad de parentesco inmediata, sólo fuera de ella; mientras que en el Purdah hindú rige prohibición entre una mujer a los parientes masculinos de su esposo. El aislamiento musulmán empieza en la pubertad; el de los hindúes, estrictamente hablando, empieza con el matrimonio.

Las mujeres aisladas están al margen de la corriente de ideas de su sociedad; además, no escriben sobre sí mismas y es particularmente difícil entenderlas a través de los escritos de los hombres. (11)

Sólo cuando se entiende a las sociedades como un todo, se puede ver las relaciones entre aislamiento femenino y clase social, y comprender mejor que el aislamiento de las mujeres y su consecuente exclusión de empleo remunerado fuera del hogar es a menudo una característica de la clase media baja urbana de la India, en tanto que las familias urbanas de la clase alta que pueden más facilmente "permitirse el lujo" de practicar el Purdah, lo pueden desechar bajo la creciente influencia de los contactos con la educación moderna y estilos de vida occidental. El mismo modelo de análisis sirve para explicar por qué las mujeres de un medio urbano pobre regido por el Purdah casi nunca salen de la única habitación en que vive toda la familia, mientras que en las aldeas del Punjab y Baluchistán hay una casa aparte para los hombres en el pueblo. O por qué los bancos tienen sucursales reversadas para mujeres con empleadas femeninas, o por qué se fijan diferentes horas de atención para hombres y mujeres en las oficinas públicas y en qué medida este uso compartimentado del espacio afecta a la arquitectura, a las instalaciones, a los servicios. Con esta noción de totalidad se puede tal vez llegar a entender por qué el *burga* o manto que usan las mujeres para cubrirse, es visto por éstas como un recurso liberador, puesto que —en la medida en que en torno a esta prenda se norma el uso de los espacios separados— las mujeres que lo llevan pueden circular en una especie de aislamiento portátil. En fin es mucho lo que podríamos aprender y aprehender de esta sociedad india.

4. Papanek, Hanna, op. cit. p. 3.
5. Jacobson, Doranne, en Purdah: *separate Worlds*, op. cit., p. 82.
6. Goody, Jack "Production and Reproduction: Acomparative Study o the Domestic Domain", Cambridge, Cambridge University Press, 1976.
7. Jeffery, Patricia, "Frogs in a Well: Indian Women in Purdah", London Zed Press, 1979.
8. Sharma, Ursula, "Women and Their Affines: The Veil as a Symbol o Separation", Man (n.s.) 13 (2), pp. 218-233.
9. Basham, A.L., "The Wonder That was India", pp. 79, 179, 180, Ne York, Grove Press, 1959.
10. Thomas Paul, "Indian Women Trough the Ages" pp. 198, 201, 208 247, Bombay, Asia Publishing House, 1964.
11. Vatuk, Sylvia, "Purdah Revisited: A comparison of Hindu and Muslir Interpretations Of the Cultural Meaning of Purdah in South Asia", en *Pu dah: Separate worlds*., op. cit. pp. 70, 71, 72.

Nora Caso*

Reunión de damnificadas

Al cumplirse un año de la tragedia sísmica del 19 de septiembre de 1985, las colonas damnificadas de la zona centro reunidas para conmemorarlas concluyeron que la reconstrucción es un proceso lento que precisa el desarrollo de planes de salud, educación y trabajo. Concluyeron que el sismo marcó el inicio de una participación política popular.

Gloria Tello, integrante de la Coordinadora Unica de Damnificados —CUD— aseguró que México es un país de damnificados porque la mayoría de la población vive hacinada, sin empleo, en condiciones insalubres, y con inseguridad en cuanto a la tenencia de la tierra en zonas rurales.

Maricela Novelo, de la Organización de Mujeres de México, denunció que los vecinos de la Colonia Guerrero tendrán que pagar un millón ochocientos mil pesos más que los establecidos por el Programa Emergente de Renovación Habitacional Popular, por concepto de vivienda, debido a la inflación de los precios.

Tello informó que la CUD exigirá al presidente de la República acabar con el tortuguismo en los trámites de adquisición de vivienda; respeto a las funciones del sindicato 19 de Septiembre; solución a las demandas de indemnización de los damnificados del edificio Nuevo León de Nonoalco-Tlatelolco; y respeto a la formación de nuevos grupos populares que nacieron a raíz de la tragedia.

"La reconstrucción es mental. Las personas sufrieron una tremenda crisis emocional y ahora es tiempo de recuperarse", dijo Alicia Solís, de Atizapán de Zaragoza.

"Borrón y cuenta nueva", la renovación consiste en restablecer las relaciones con los amigos, con el esposo y con los hijos", agregó María Cristina Solís.

Gloria Tello hizo un recuento de la participación de las colonas en la zona centro:

Acciones emergentes para rescatar sobrevivientes y curar heridos. Se registró el surgimiento de organizaciones vecinales y de carácter laboral en las colonias Guerrero, Peralvillo, Tránsito y Doctores; y se conformó la CUD.

"El gobierno tuvo que reconocer —añadió— la capacidad de organización de los colonos. Se registraron cambios estructurales en Renovación Habitacional y en SEDUE; el PRI aprendió nuevas formas de trabajo; y se aceptó la ayuda de las organizaciones de auxilio internacionales".

El sismo representó una nueva memoria colectiva de los habitantes. Nunca antes los colonos de la Roma y la Condesa se habían visto reunidos con los de Peralvillo para tener acciones conjuntas, señalaron.

"El 19 de septiembre no se podrá olvidar jamás. Fueron meses de incertidumbre, confusión. Vino también el coraje, la indignación, y vino también la respuesta: la organización", expresaron las colonas de la Unión Popular Nueva Tenochtitlán.

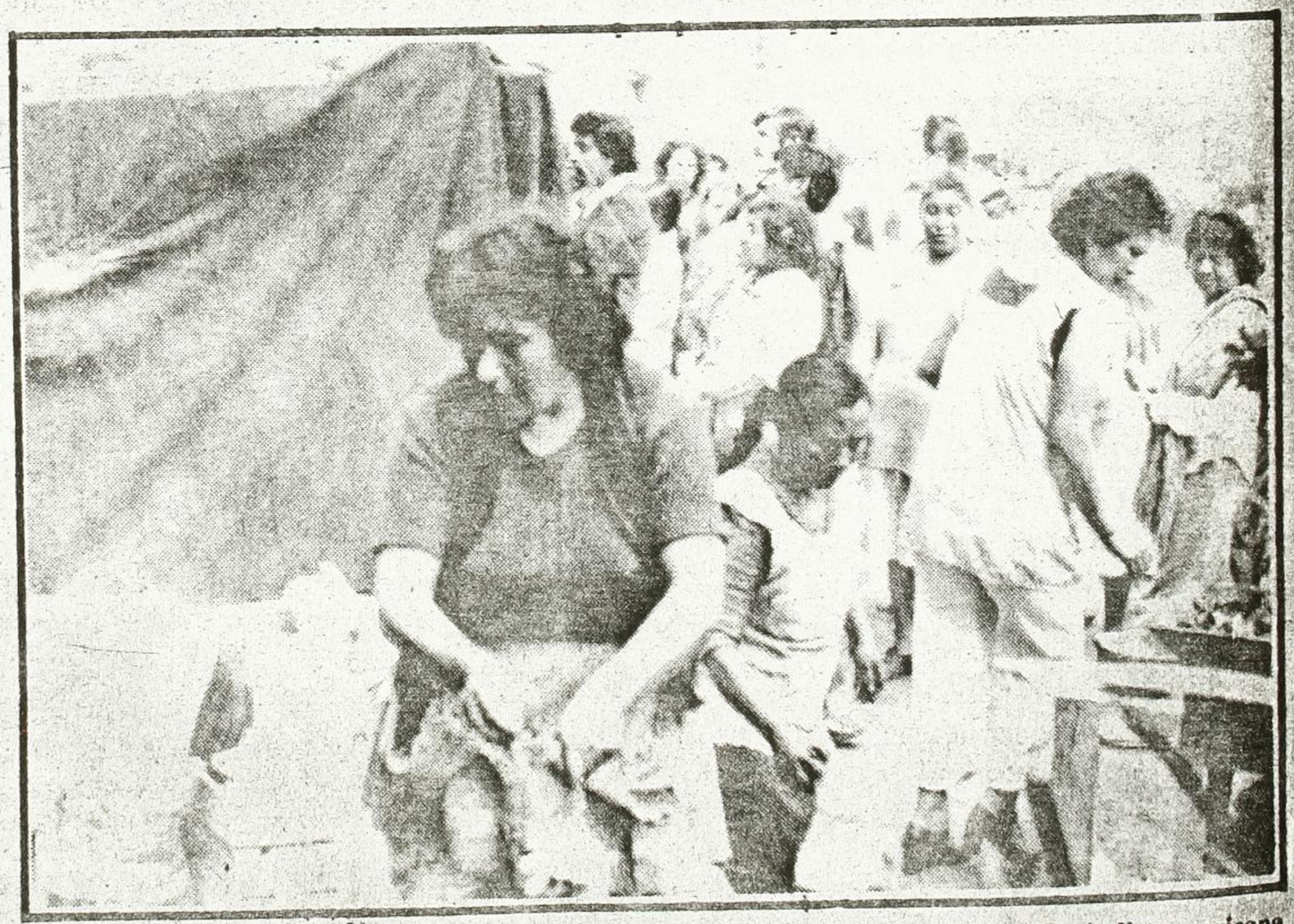


Foto: Beatriz Ramírez

* Periodista mexicana

alegatos/4

ORGANO DE DIFUSION DEL DEPARTAMENTO DE DERECHO
DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

SEPTIEMBRE/DICIEMBRE 1986

incluye, entre otros textos:

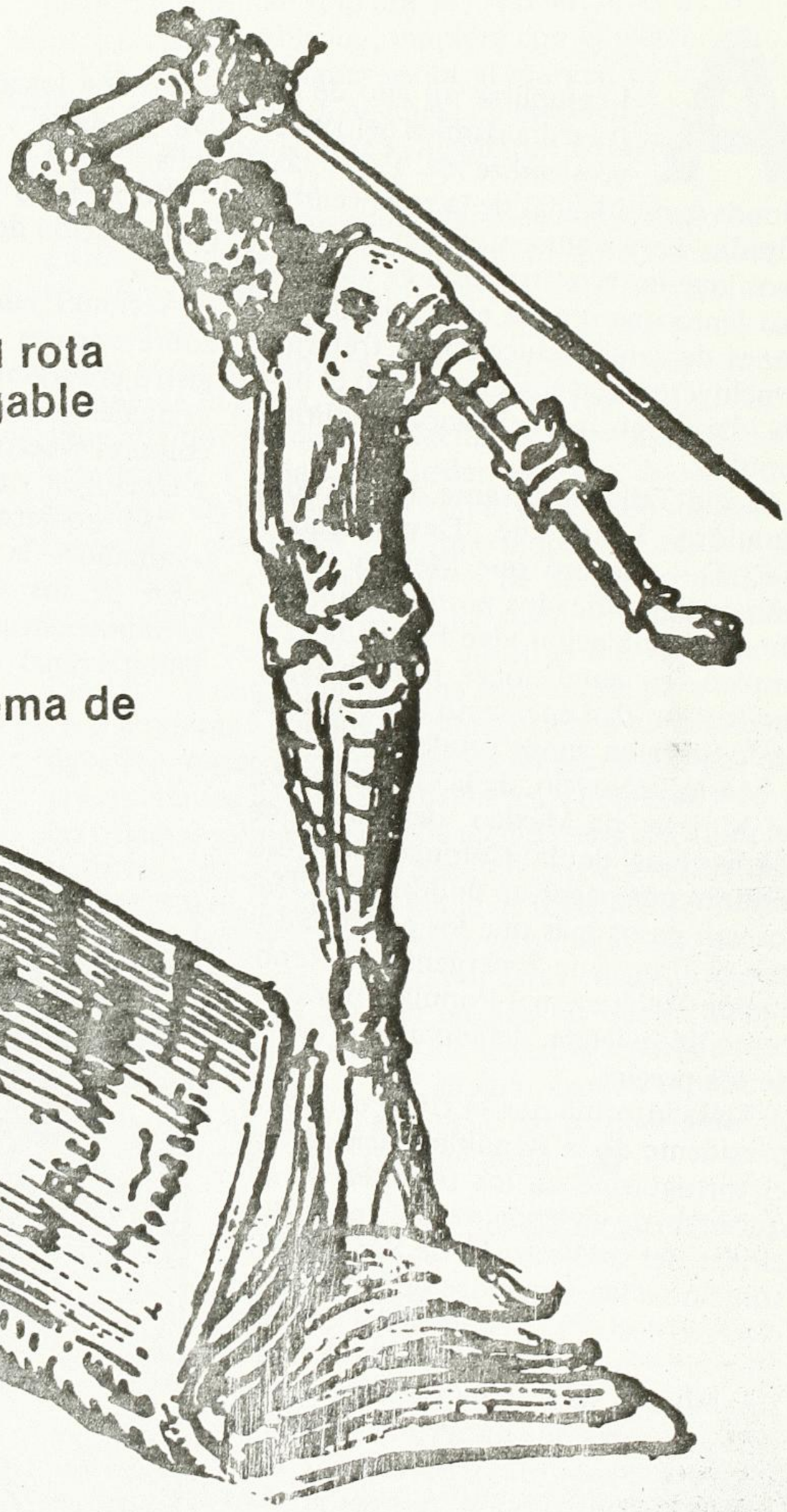
La violación ¿delito sexual?
de Ana Josefina Alvarez Gómez

La cifra negra en el delito de violación
de Ma. de los Angeles Ortiz e Iris Rocío Santillán

Hacia la reconstrucción de una identidad rota
El análisis histórico: Una tarea impostergable de la criminología latinoamericana
de Mónica Granados

La prevención del delito ecológico
de Luis Marcó del Pont

Una propuesta para implementar un sistema de protección civil
de Laura Trigueros



DOCUMENTOS:

Proceso inquisitorial (1799-1808) en la Nueva España contra Ana Rodríguez de Castro y Aramburu. Por ilusa, afectadora de santos, falsos milagros y revelaciones divinas

CRONICA:

Ley Federal para prevenir y sancionar la tortura
de Ma. Teresa Jardí

$1 000.00

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo
UNIDAD AZCAPOTZALCO

Nora Caso

Las Costureras, Hoy

El sindicato independiente que formaron las costureras a raíz del temblor se estremece por los duros golpes por parte de los patrones y de los líderes "charros" de la CROM y la CTM. En estos momentos, el Sindicato "19 de Septiembre", formado por dichas trabajadoras, está en peligro de perder su registro, lo que significaría su desaparición.

Al momento, más de 200 costureras han sido despedidas de las empresas debido a su vinculación con el sindicato.

Evangelina Corona Cadena, Secretaría General, informó que hay 4 mil 500 afiliadas a este gremio; y añadió que su sindicato cumple con todos los requisitos de la ley para permanecer vigente.

El registro —dijo— es legal y no hay razones para su nulificación. Hacerlo significaría para las costureras volver a la represión aguda a la que estaban sometidas antes del sismo. "El gobierno no puede sustraerse del compromiso que adquirió con las costureras damnificadas por la explotación", pronunció.

Corona Cadena señaló que los líderes de la CROM, en alianza con los grandes capitalistas de la cadena Robert's, tratan de hacer desaparecer el sindicato.

"Las costureras se encuentran en el umbral de un nuevo periodo de explotación ante la exigencia de incrementar la producción con miras a exportar, la apatía del gobierno federal en cuanto a las violaciones que cometen los patrones en contra de la Ley Federal del Trabajo, una nueva etapa de reconversión industrial que significará mayor exigencia laboral sin tomar en cuenta los intereses de la clase trabajadora", subrayó Patricia Mercado, asesora política del Sindicato de costureras.

La industria de la confección ocupa el tercer lugar en su contribución al Producto Interno Bruto; está dentro de las 12 industrias con menores requerimientos de inversión; dentro de las cuatro con menor inversión por empleo generado; la primera que emplea un mayor número de mano de obra femenina (más del 80 por ciento) y la tercera industria con una fuerte vinculación de aparato productivo.

Más del 60 por ciento de las empresas está en manos de tres familias: Cohen, Bessudo Sourasky y Sáenz.

A la fecha, 47 costureras exigen todavía su indemnización de 25 millones de pesos a cinco patrones de las empresas Mayosi, S.A.; Artículo Albert, Symor, S.A.; Play Boy, y Exportex, S.A.

Patricia Mercado apuntó que los patrones tienen los recursos suficientes para pagar lo que les corresponde a las costureras. "Se están abriendo un sinnúmero de nuevos talleres en los que la competitividad se realizará a costa de una mayor explotación", dijo.

El ingreso al GATT y la bienvenida al capital extranjero representarán un incremento en el número de talleres (incluyendo los clandestinos) en esta ciudad, Durango, Yucatán, Aguascalientes y Jalisco.

El vocero oficial de la Cámara Nacional de la Industria del Vestido informó que 680 empresas maquiladoras están ya listas para exportar.

Armando Palerm Viqueira, jefe de la Unidad de Promoción de Coinversiones y Maquiladoras del Instituto Mexicano de Comercio Exterior apuntó:

"La participación de la maquila de exportación como forma de comercio internacional habrá de intensificarse hasta representar una cuarta parte del comercio exterior".

Los 79 despedidos de la fábrica Industria Textil Maya, en Mérida, Yucatán, denunciaron que el gobierno del Estado promociona la explotación contra las trabajadoras. El gobernador Víctor Cervera Pacheco y el Secretario de Fomento Económico de esa entidad, Adolfo Peniche Pérez, son accionistas importantes de esta fábrica.

Héctor Zendejo Pinedo, asesor del Sindicato "19 de Septiembre" en su sección yucateca, subrayó que esta empresa está controlada por el gerente Alberto Arrigunaga, quien al mismo tiempo ocupa el puesto de Coordinador Industrial de la Secretaría de Fomento Económico del Estado.

Como resultado de un plantón que efectuaron los trabajadores en las afuerzas de la empresa, del 20 de agosto al 4 de septiembre, el Secretario General del Comité Ejecutivo Estatal del PRI y Asesor General de la CTM en esa entidad, José Pacheco Durán, ordenó una golpiza en la que salieron 13 trabajadores lesionados.

Zendejo informó que Industria Textil Maya se sostiene de acciones sudcoreanas, estadunidenses y mexicanas. Estas últimas están a nombre de importantes funcionarios locales.

En dicho Estado seis empresas más se instalarán y formarán parte de las 153 existentes.

Por otro lado, Evangelina Corona acusó al líder cetemista Carlos López, dirigente de Organizaciones Sindicales, Nacionales y Estatales, de acosar a 29 trabajadoras de la fábrica "Qué Bello" propiedad de Simón Amar en esta ciudad.

Las costureras atacadas dijeron que los líderes de la CTM pretenden ganar la titularidad de los contratos en las empresas mediante golpes y amenazas.

Testimonio

Crónica de un recuento

En "Comercializadora de Industrias S.A." éramos 87 obreros, la mayoría mujeres. En mayo nos acercamos al Sindicato "19 de Septiembre" porque sufrimos represión en la fábrica. Llegaron policías vestidos de civiles a esculcarnos a todos con el pretexto de que habíamos tomado prendas. En especial acusaban a cuatro compañeras, pero lo que quería el patrón era correrlas sin darles indemnización.

A un compañero lo golpearon, y a las chicas las llevaron a "pasear" hasta que las obligaron a firmar su renuncia, sin derecho alguno, ni siquiera el pago de su semana.

A raíz de esto, acudimos al Sindicato "19 de Septiembre". No sabíamos que había sindicato de la CTM en la fábrica; nos enteramos hasta que se metió la demanda.

Ya luego, otros sindicatos peleaban la titularidad de la fábrica. Ahí salieron el montón de sindicatos que nunca antes se habían prestado a ayudarnos.

Se metieron dos demandas: una hacia la huelga y otra hacia el recuento. El sindicato que supuestamente nos correspondía —Asociación Sindical Revolucionaria de Trabajadores de la Industria de la Costura y Similares— dijo que ya había terminado su contrato. Entonces éste pasó a manos de la 8o. Sección de la CTM, Sindicato de Trabajadores de la Industria y Comercio de la Ropa. Similares y Conexos del D.F. El patrón firmó a nuestras espaldas y el contrato entró a Conciliación y Arbitraje. Fue aceptado por esta institución a las 9.30 de la mañana, a pesar de que nosotras teníamos una junta ahí a las 10:00.

Nos apoyábamos en poder hacer la huelga, pero con ese contrato anularon la posibilidad. Entonces, el 4 de septiembre nos pusimos en plantón, y para el día 10 mandaron traer una patrulla. Llegaron preguntando que quién encabeza el movimiento y diciéndonos que estábamos estorbando en la calle.

El abogado Eduardo Díaz, uno de los asesores del "19 de Septiembre", estaba con nosotros y les explicó que ahí nadie encabezaba, y que enseñaran sus papeles. Entonces, los de la CTM —que estaban adentro de la empresa— comenzaron a cortar con navaja la manta que habíamos puesto para el plantón.

El asesor trató de evitarlo pero lo amenazaron con un cuchillo; una compañera embarazada trató de intervenir también pero le pusieron el cuchillo en el estómago, mientras le decían palabras obscenas.

Se levantó un acta en la Delegación y seguimos el plantón. Después de un mes, el patrón dijo que quería platicar, pero que ya no deseaba más periodicazos ni plantones; que íbamos a tener un recuento limpio y tranquilo, sin golpeadores.

El 9 de octubre hicimos el recuento. Afuera, estábamos las despedidas. La gente de la CTM orinaba frente a nosotras, jugaban amenazantes con sus pistolas y nos insultaban. Adentro, los compañeros fueron invitados a comer y beber para que votaran por la CTM pero todos se negaron.

Las compañeras tenían que pasar por una fila de Cetemistas y eran manoseadas. Les iban preguntando por quién habían votado, si contestaban que por la CTM las felicitaban; si se les iban los pies y decían que por el "19 de Septiembre", las golpeaban, les jalaban los cabellos y las insultaban. A otras compañeras las encerraron en el baño para que no dijeran que faltaban varias por votar.

Terminó el recuento. A nosotras, las despedidas, nos golpearon también al entrar, pero no dijimos nada para no detener el recuento. Pero a los tres últimos sí los lastimaron gravemente, en especial al compañero Julio. Alguien gritó: "¡le están pegando a Julio!" Y todos nos acercamos, pero sólo para recibirlo prácticamente inconsciente. Con eso se daba por terminado el recuento "limpio y tranquilo".

El patrón sabía de antemano que iba a perder, así que metió a gente de otras razones sociales y a los que habían entrado a sustituir a las despedidas. Esas personas votaron también, de modo que la nómina del patrón era de 131 personas, cuando en realidad somos 87. A algunas de esas personas les dieron su afiliación al Seguro Social válida por diez días, a otras les dieron credenciales de la empresa, cuando nunca habían dado credenciales, sólo para que pudieran votar.

Legalmente nosotras ganamos. Pero en la cuenta del patrón ganan ellos con todos esos votos ilegales porque él no cuenta a las despedidas.

Ahora tratamos de que se anulen esos votos y que se anulen también unas hojas en blanco que nos hacen firmar al entrar a la empresa y que luego son usadas como renuncias.

Nos importa que todo esto se sepa porque no sólo nos ocurre a nosotras, sino a las trabajadoras de todas las empresas del patrón: Comercializadora de Fábricas, Maquilas Florencia, Maquilas Alemania, Maquilas Poder, Otelo S.A. Mi Bella Hechizada, Maquilas Moda, Albeneri.

No queremos que en otras empresas pase lo mismo. Las compañeras y el gobierno tienen que saber de todo esto, de los obstáculos que está poniendo la CTM para que el Sindicato "19 de Septiembre" entre a las fábricas de la costura.

En pocas palabras

ALTO INDICE DE MUJERES TRABAJAN PARA EL ESTADO

En México, del total de trabajadores al servicio del Estado, el 60 por ciento son mujeres, según afirmó María del Pilar Rosas Morán, secretaría de acción femenil de la FTSE.

Agregó que el 27 por ciento de los cargos de dirigencia sindical de los noventa y siete sindicatos de la Federación están bajo responsabilidad de mujeres, no sólo en el ámbito de ''acción femenil'', sino en las diversas acciones que un comité ejecuta. (EL DIA)

HUELGA DE EMBARAZO VS POLITICA NUCLEAR

Varios grupos de mujeres de Finlandia y Alemania Federal se declararon en ''huelga de embarazo'', en protesta por la política pronuclear de los gobiernos de sus respectivos países.

Más de cuatro mil mujeres finlandesas y otras tantas de Alemania Federal firmaron sendos desplegados de protesta en los que declaran que no tendrán hijos mientras no se cambie la política que apoya la nuclearización. Esta actitud surgió a raíz de la catástrofe nuclear de Chernobyl, cuyas consecuencias radiactivas se sintieron en el país escandinavo, y en otros países de Europa.

Esa actitud, sumada a un descenso ya registrado en el índice de natalidad de esos países, podría producir —al decir de sociólogos, psicologos y políticos —una situación alamarmente.
(EL DIA)

PIDEN CREAR FONDO DE APOYO A COSTURERAS

Las cuarenta y siete trabajadoras de la costura que realizaron un plantón frente a la Cámara Nacional de la Industria del Vestido, en demanda de que las seis empresas donde prestaban sus servicios les paguen una indemnización, pidieron a dicha Cámara que cree un fondo de solidaridad con el fin de cubrir los gastos de las damnificadas, ''quienes desde hace ya más de un año luchan por sus legítimos derechos''.

Afirmaron que así como varias comunidades filantrópicas reunieron mil millones para la reconstrucción de la ciudad, así se pueden reunir veinticinco millones para las trabajadoras.

La Secretaría General del Sindicato ''19 de Septiembre'' informó que el número de damnificados asciende a ciento cuarenta. Estas no han recibido ninguna indemnización, pero sólo cuarenta y siete están en pie de lucha.
(EL DIA)

EN PERU, UNA DE CADA CINCO MADRES ES MENOR

En Perú, una de cada cinco mujeres que dan a luz es menor de edad, y de 506 niñas-madres que llegan a la sala de partos, 152 dan a luz por segunda vez y 35 alumbran su tercer hijo. Las cifras fueron proporcionadas por el Departamento Académico Materno-Infantil de la Universidad Federico Villarreal, de Lima, el cual efectuó una investigación al respecto.

En dicho estudio quedó al descubierto que de cada cinco parturientas hay una que es adolescente y cuya edad fluctúa entre los 11 y 12 años. Asimismo, se indicó que el porcentaje de niñas-madres aumentó en un 20 por ciento en los últimos años.

''Este problema no es nuevo, pero ahora está creciendo en forma alarmante. Y aunque no es exclusivo de los sectores menos favorecidos, los factores económicos, sociales, el hacinamiento y la migración masiva del campo a la ciudad, son algunos agravantes. También los cada vez más numerosos casos de violación, incesto y estupro contra las menores son determinantes'', dijo el Dr. Carlos Bachaman, de aquel país.
(EL DIA)

LA DROGADICCION, RIESGO MAYOR PARA ENFERMERAS

Según estudios realizados en los Estados Unidos, cada vez es mayor el número de enfermeras adictas a las drogas, desde el alcohol hasta la cocaína o las llamadas ''drogas callejeras''.

La mayoría aprovecha su pertenencia a medios hospitalarios para falsificar firmas en las recetas, surtirse en el propio centro de trabajo o bien dando sustitutos a los enfermos mientras ellas guardan la droga para su consumo. Una enfermera comentó: ''Una recurre a medicinas que ve que ayudan a otros pacientes y sabe que eso no debe hacerse, pero es imposible evitarlo''.

No se cuenta con un método para comprobar dichos abusos. Además, las enfermeras no aceptan su adicción y cuando son despedidas, generalmente encuentran trabajo en otro hospital y vuelven a lo mismo.
(EXCELSIOR)

HIJOS RECHAZADOS PUEDEN GENERAR PROBLEMAS DE PIEL

La neurodermatitis infantil, que se manifiesta con erupciones de granos y comezón en las mejillas y corvas, es una respuesta del niño al rechazo que percibe de parte de sus padres, según informó la doctora Guadalupe Ibarra Durán. Este mal constituye un 13 por ciento de las enfermedades de la piel.

Al decir de la doctora, la mayoría de los casos se cura cuando el niño recibe afecto. Cuando no ocurre así, esas lesiones en la piel pueden presentarse de por vida, junto con otras alteraciones de tipo psicológico. Agregó la dermatóloga que los padres que rechazan a sus hijos no alcanzan a comprender la situación y la empeoran aplicando al pequeño medicamentos y pomadas que contienen esteroides y corticoides, los que producen graves daños en la piel y favorecen las infecciones.
(EL DIA)

DESPIDEN A MUJERES POLICIAS EN TLAXCALA

Enrique García Peregrina, síndico procurador del ayuntamiento de Tlaxcala, manifestó que el despido de mujeres policías del Departamento de Seguridad y Vialidad Municipal se debió a que "dichos cargos deben ser ocupados por hombres para que los conductores no falten el respeto" a las mujeres.

Añadió que a lo anterior se agrega la falta de capacidad que demostraron en sus puestos, lo que llevó a decidir su despido. García Peregrina comentó que mientras que las mujeres policías de la capital si están capacitadas, las de este municipio no lo estaban. Las despedidas fueron nueve.
(UNO MAS UNO)

LAS MUJERES USAN DROGAS IGUAL QUE LOS HOMBRES

En base a estudios realizados en los centros de Integración Juvenil del país, se ha encontrado que los adolescentes son los principales usuarios de drogas, destacando alumnos de primaria y secundaria, y que el número de mujeres es casi igual al de hombres drogadictos.

las sustancias más utilizadas desde siempre son el alcohol, la mariguana y los solventes inhalables, como el cemento y el tíner. En los últimos años, sin embargo, se ha notado un incremento en lo que se llama uso múltiple de drogas, o sea el consumo de más de una droga al mismo tiempo, lo cual, obviamente, causa efectos más nocivos todavía.
(EL DIA)

EVA: ARMAS O MANTEQUILLA

En el Edificio de las Mujeres, en San Francisco, hay una actividad intensa: una mujer pregunta acerca del centro de salud al que más le convendría acudir, otra prepara una conferencia sobre derechos reproductivos, y más allá un grupo debate sobre la situación de las mujeres sudafricanas.

La política reaganiana de drástica disminución en los fondos del gobierno federal para los servicios públicos ha llevado a la necesidad de organizarse, de inventar nuevos modos de ayuda mutua entre las mujeres.

"El asunto crítico es armas o mantequilla", dice Carmen Vázquez, presidenta del Consejo Directivo. "En una forma penosa, la carrera armamentista de Estados Unidos muestra la conexión entre la situación de la mujer y el racismo con el militarismo y la intervención".

La respuesta del Edificio es proveer de apoyo económico a organizaciones que ofrecen servicios importantes para las mujeres, así como de un espacio físico para oficinas, foros y reuniones.

Algunas de las organizaciones de mujeres con mayor experiencia tienen sus oficinas en el Edificio: La Fundación de Mujeres, que brinda asistencia económica para proyectos de mujeres; Opciones para Mujeres de más de 40 años, única organización que se ocupa de los problemas de empleo que enfrentan las mujeres latinas mayores; el grupo de teatro Lilith, integrado por mujeres que han escrito obras sobre temas que van desde los derechos reproductivos hasta las trabajadoras de la industria hotelera.

Para aquellas mujeres cuyas necesidades no son cubiertas por ninguna organización, el Edificio de las Mujeres es una alternativa de información sobre vivienda, empleo, cuidado de los hijos, salud y otros asuntos vitales.

Lisa Milos, coordinadora de Información y Referencias, explica: "Los problemas que escuchamos son complejos. Por ejemplo, una madre con pocos recursos es desalojada de su departamento. Lo que enfrenta es un mercado de viviendas con rentas muy altas y que discrimina a los niños. Sus opciones se ven además limitadas por la situación de emergencia. El servicio de Información y Referencias da a las mujeres la posibilidad de resolver problemas como éste, y las pone en contacto con organizaciones dedicadas a cambiar y mejorar el tipo de situaciones que ellas enfrentan".

Los proyectos patrocinados por el Centro de Mujeres de San Francisco, fundador del Edificio de las Mujeres, abarcan un amplio espectro de actividades culturales y políticas. Algunos son temporales, como "Acción Alerta para Mujeres", iniciado para identificar a mujeres que usaron el espiral Dalkon Shield; otros son diseñados para convertirse en organizaciones permanentes, como la Orquesta Filarmónica de Mujeres, La Casa de las Madres y el Centro de Alcoholismo para Mujeres.

Con el fin de no convertirse en un lugar de mera asistencia, el Centro de Mujeres de San Francisco revisa anualmente cada proyecto para determinar cuáles están en condiciones de alcanzar autonomía y estudiar qué pasos hay que dar para llegar a ese objetivo.

En cuanto a los foros en lo que va del año se han celebrado varios de particular interés: San Francisco, Ciudad Modelo en el tratamiento del SIDA; un recital de poesía de Audre Lorde, para celebrar el mes dedicado al proceso histórico del Pueblo Negro; un homenaje a Margaret Randall, escritora feminista amenazada con la deportación como castigo a sus opiniones públicas sobre las mujeres centroamericanas; la representación de la obra teatral *Las Damas contra Las Mujeres*, en beneficio de los Panteras Grises; y la Conferencia Nacional sobre Suicidio de Lesbianas y Homosexuales.

POR LA MUJER EN LA CIENCIA

En el último Congreso Nacional de Ciencias Fisiológicas, celebrado en agosto pasado, un grupo de científicas organizó una reunión para discutir sobre la importancia de contar con un foro de expresión de las necesidades e intereses de las mujeres que trabajan en esta área del conocimiento.

Por decisión unánime se acordó formar un grupo de mujeres que tenga como objetivos principales el estimular la participación de la mujer en la ciencia, así como promover el desarrollo profesional de las científicas de México.

Para llegar a esto se propusieron varios trabajos concretos que ya están en marcha:

1) Realizar una investigación sobre la situación de las mujeres en la ciencia, en México.
2) Buscar fondos nacionales e internacionales que permitan apoyar económicamente a mujeres jóvenes que inicien su entrenamiento científico.
3) Elaborar a mediano y largo plazo conferencias y programas de difusión, a nivel de educación media, que permitan tomar en cuenta la actividad científica como una opción para las mujeres jóvenes.
4) Crear un banco de información sobre fuentes de financiamiento para realizar estudios de postgrado en el extranjero.
5) Buscar los mecanismos de obtención de donaciones de libros científicos, o su adquisición a bajo costo, de países europeos y de Estados Unidos.
6) Crear una biblioteca científica que concentre la información que resulte de la investigación en los puntos anteriores.
7) Investigar los mecanismos necesarios para obtener donaciones de equipo de otros países, así como su transferencia a México.
8) Establecer comunicación con organizaciones de mujeres científicas en otros países que permita a mediano plazo promover el intercambio académico.
9) Realizar una investigación crítica de la situación, organización y estructura del sistema científico mexicano, con el propósito de divulgarla y discutirla colectivamente.

Para mayores informes, comunicarse a:
Centro de Investigación y Estudios Avanzados, IPN
Depto. de Fisiología, Biofísica y Neurociencias
AP. Postal 17-740, 07000, D.F. México.
Tel: 7 54 02 00, ext 210 y 242
con Norma Vázquez u Hortencia González

Solidaridad para Viviana Erazo

Berta Hiriart

Hoy recibí una carta desde Chile en la que me cuentan que Viviana Erazo ha sido amenazada de muerte. ¿Viviana?, ¿por qué ella?, pregunté tontamente al vacío, del mismo modo que deben preguntarse miles de personas ante las amenazas a sus seres queridos; como si pudiera haber una respuesta minímamente racional, más allá de la mera imposición del poder por la vía del terror. Es una lógica ciega y demente la de estos atropellos.

En la Unidad de Comunicación Alternativa de la Mujer del ILET, en Santiago, hay un cartel que dice: "Sabias como serpiente, prudentes como palomas". Y así es Viviana. Con la mirada suave e inteligente de sus ancestros indígenas observa al mundo, y cumple con cuidado la parte que le corresponde en su marcha. Sin aspavientos, silenciosamente, colabora en la edición de los boletines y cuadernos que hablan de las experiencias de las mujeres latinoamericanas. Lo hace desde su país porque sabe que este trabajo es particularmente útil para las chilenas, en estos momentos de lucha por el retorno de la democracia.

Una tarde del año pasado, Viviana me enseñó Santiago. Mientras recorríamos esas calles lavadas esmeradamente para borrar las huellas de la sangre, me habló de lo que ella quiere para su país. Es lo mismo que desea la mayoría de la gente: que haya empleo para todos y todas, y vivienda, comida, escuelas; que cada quien pueda expresar sus puntos de vista, y que éstos cuenten en la organización política y social; en pocas palabras, que la vida sea cultivada.

Es pavoroso constatar que hay un pequeño grupo poderoso para el que estos deseos son subversivos, y que no tiene reparos en callar a quien los dice en voz alta, y aun, a quien sólo los piensa o los intuye. Es inclusive difícil de imaginar a este monstruo que persigue a Viviana, desde el anonimato, atreviéndose a desasosegar su persona justa e inocente. "Una de estas noches le vamos a cortar el cuello", le ha dicho por teléfono, y ha ido hasta las puertas mismas de su casa. ¿Cómo no sentir miedo por ella, si ese monstruo asesina a los niños y despoja de los derechos mínimos a todo un pueblo?

Otro recuerdo, sin embargo, calma un poco el ánimo. Aquella tarde en Santiago, vimos un pentimento que empezaba a aparecer en una barda. Alguien, seguramente hace muchos años, había escrito la palabra Libertad, y ésta fue luego cubierta por varias capas de pintura amarilla. Ahora, la fuerza del tiempo, de la lluvia y de uno que otro muchacho, estaba logrando derrotar a la censura, y las letras, a pesar del pintor de brocha gorda, reaparecían deslumbrantes.

El monstruo no es invencible, no podemos permitir que lo sea, por Viviana que dejó tantos cariños en los ocho años que vivió en México, y por todos los chilenos que desean lo mismo que ella.

NOTA DE ULTIMO MOMENTO: Recibimos la buena noticia de que han cesado las amenazas a Viviana Erazo. La solidaridad de las mujeres latinoamericanas logró detener este acto de violencia.

Tununa Mercado

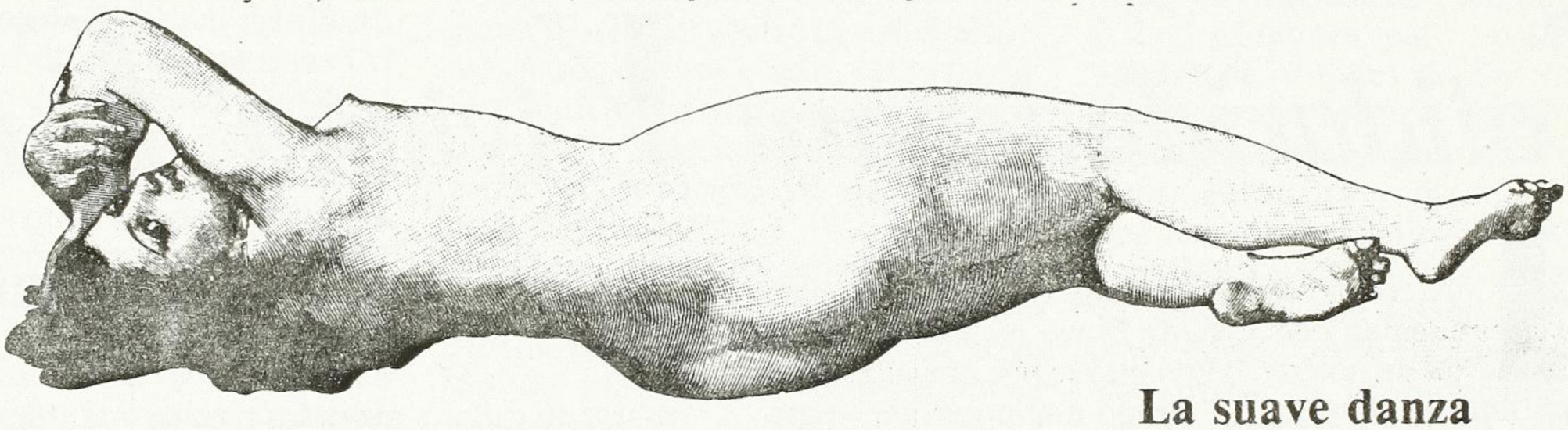
Corramos Libres Ahora

La poesía de Rosamaría Roffiel hace mucho que venía circulando en revistas, libritos artesanales o de boca a oreja, casi como una confidencia. Ella a veces se afana en acomodar un collage de texto e imagen en una tarjeta postal, o en un cuadro más bien "íntimo", de esos que no se cuelgan sino que se llevan consigo en la bolsa; o se lanza a hacer una antología de sus amigas, también, como ella, poetas.

La suya es una práctica inclasificable en la taxonomía literaria: atípica, se desliza del testimonio escrito a la imagen visual o fotográfica, del verso a la prosa, en una rica ambigüedad propia de una búsqueda de modos de expresión que no cesa y que no se satisface (ella es muy poco conformista) en sus logros.

Ahora, en *Corramos libres ahora* (México, Ediciones Femsol, 1986) el género es la poesía. El libro está dividido en tres partes: "De mujer a mujer...", "Murmullos en el oído", "En tu esencia y tu piel me encuentro, amor...", títulos todos que definen en sí mismos la intención poética de Rosamaría: decir a las mujeres, amorosamente, con apasionada dedicación, que existe una libertad alcanzable, que la felicidad y el placer del encuentro amoroso son utopías imaginables y, aunque parezca demasiado ingenuo, realizables. En este sentido, los poemas, por su soltura y comunicabilidad tienen un carácter "didáctico"; se enseña en ellos una manera de concebir el amor —un arte amatorio— construida sobre la entrega, la verdad, la audacia, el descubrimiento de la solidaridad, la comprensión de un ser femenino, y otros valores que han de resultar reveladores para quienes se debaten en las sombras —y no es exagerado el término— de la ignorancia sobre la mujer, se trate de hombres o de mujeres.

Poemas de amor cotidianos, que se hacen cargo de una vida gozosa de mujer, con sus glorias y sus soledades; osados porque no es común ni cotidiano hablar del amor entre mujeres, ni revelar sus secretos ni sus modos, ni menos aún concebirlo como un modelo de relación; incitadores porque insuflan aire a una posibilidad que por lo general está asfixiada en sus propias buenas intenciones: entender el alma y el cuerpo femenino (esa totalidad).



Cántico

Me gustan las mujeres esdrújulas
sin brújula
sin mítica
con tónica

las que aman con las vísceras
las células
las glándulas

las rítmicas
intrépidas
impúdicas

las pérfidas
ingrávidas
poéticas
las mágicas
las lésbicas
lunáticas

Me gustas tú, Andrómeda
erótica
magnífica
política
MUJERICA

Reto

Hemos cumplido la sentencia
por osar mirarnos desnudas
al espejo.
Corramos libres ahora.

Disidente

No nací para amar
todos los días
a la misma hora
por el mismo canal
ni en la misma cama

10 en conducta

La tarde se acaba
y nosotras,
una vez más,
como buenas amantes
se va
cada una
a su casa.

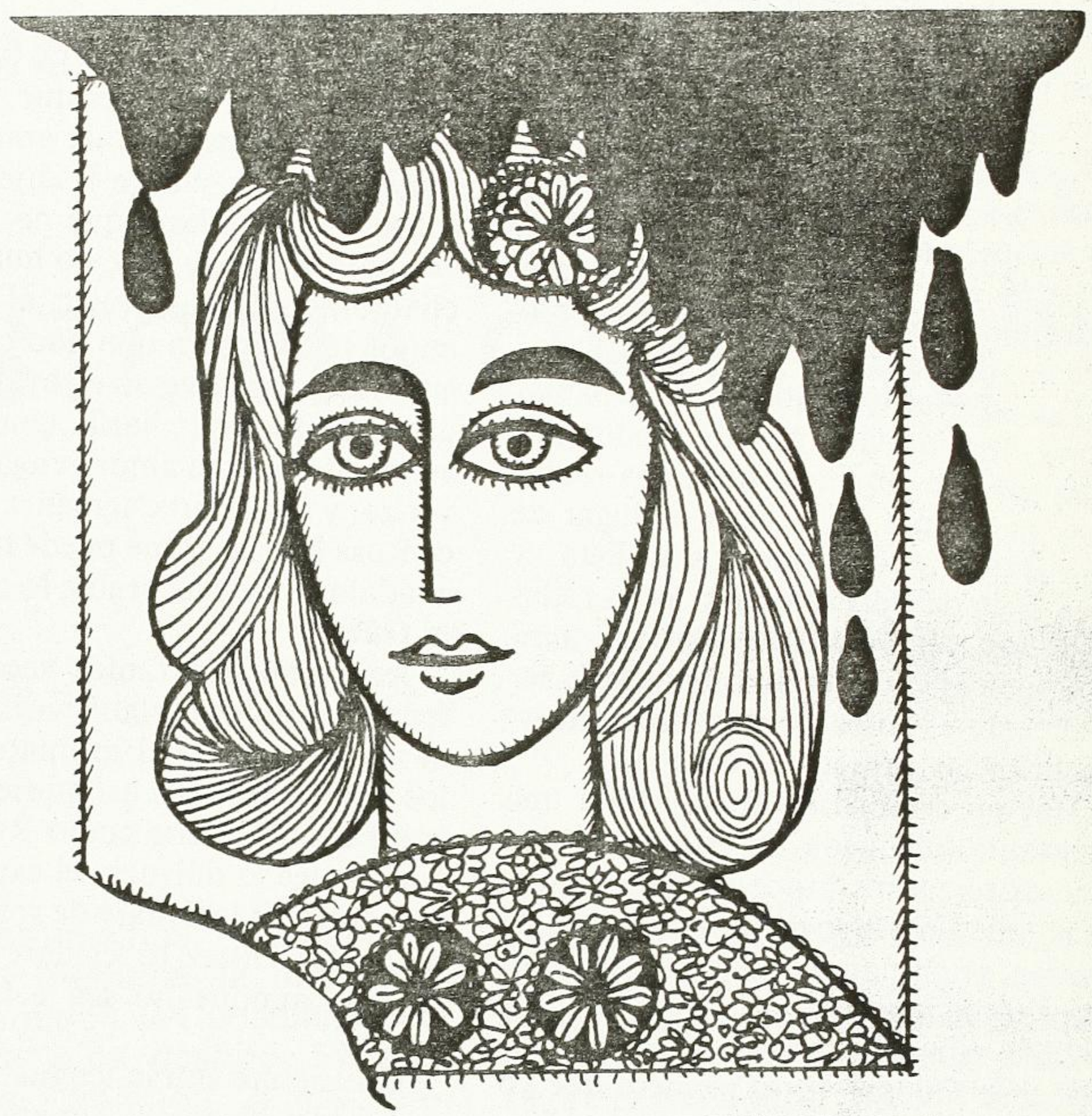
La suave danza

Nos besamos
por el puro
absoluto
placer de besarnos
listones de lenguas
dientes como peces alados
festín de salivas
giros
valses
pájaros
tu boca ranura
cereza
grosella
mi lengua gaviota
cometa
sirena
se encuentran
se tocan
se enredan
marineras de un viaje
sin ida ni vuelta

tu boca es el mar
mi lengua, un barco de vela.

Angeles Mastretta*

Un amante con lengua de cometa



Desde la tarde de exilio periodístico y desazón en que conocí a Rosa María Roffiel, me la he pasado agradeciéndole cosas, consuelos, compañía, paz.

No conozco a nadie a quien no le pase lo mismo con esta poeta del modo de vivir que es la Güera. Por eso parece tan fácil y es tan difícil hablar de ella. No necesito venir aquí a defenderla, ni a adularla, ni mucho menos a contarla, porque Rosa María pertenece a ese reducido, casi exclusivo grupo humano incapaz de hacer enemigos, y sencilla hasta la transparencia.

Si les digo que la Güera es excepcional van a responderme que ya lo saben, sin embargo a alguien tenía que tocarle el privilegio de explicar el siempre inexplicable consenso en torno a alguien. Alguna vez quisiera tener la sabiduría necesaria para simplemente contar a una mujer como ella, quisiera volverla un invento, un personaje de novela, y aún así creo que resultaría increíble. Una mujer de maneras suaves y voz de Ave María que tiene la fuerza y el valor de irse a Nicaragua en mitad de una guerra, a Líbano en mitad de otra guerra, a cualquier guerra en mitad de su paz.

Una mujer que besa despacio, bebe despacio, mira despacio, camina despacio, y llega siempre a tiempo, registra siempre todo, saborea todo, ama intensamente. Una mujer que nunca grita y nunca se deja pisotear, una mujer de manos cálidas y cuerpo rebelde. Extraña mujer que intuye cuando es necesaria y que se sabe prescindible, una mujer incapaz del chantaje y perfectamente capaz de poner en todo la misma pasión, una mujer sin reproches, sin quejas, sin resguardos. Una mujer valiente que no insulta jamás, una mujer desafiante que no echa bravatas, una mujer trabajadora que no presume, que hace su quehacer con la misma cotidiana paciencia con que las abuelas cocinaban almendras, y cocina delicias con la misma eficacia con que escribe, toma fotos, hace cine, se dibuja en poemas.

¿Cómo no va a ser poeta una mujer así? ¿Y cómo no van a resultar amorosos, vitales, entrañables, cercanos sus versos? Recuerdo un día en que me invitó a comer a su casa. Llegué tarde, con las manos tensas y la prisa en los ojos, hablando en el tono agudo y ávido de la desesperanza, exhausta, con diez minutos para conversar y tragarme lo que hubiera de comida antes de seguir corriendo el mundo sin ningún sentido. Estaba de un humor negro y la tranquilidad con que Rosa María abrió la puerta y me mostró unas pechugas de pollo todavía crudas reposando en salsa blanca me produjo el clarísimo deseo de ahorcarla ¿Con qué derecho se llamaba mi amiga alguien capaz de jugar así con el tiempo, de negarse a la importancia de mis múltiples quehaceres? No me acuerdo qué dije, pero debe haber sido una agresión, tampoco me acuerdo qué contestó ella pero debe haber sido algo sabio porque yo permití que cerrara la puerta y caí suavemente en el abismo de sus encantos.

Cuatro horas después oscurecía en el jardín al que llegaban pájaros desde quién sabe dónde. Nosotras estábamos sentadas en el pasto hablando, mirándonos los pies. Yo le había enseñado a la Güera cómo tejerse diminutas trenzas en su cabeza rayada y ella me había puesto en paz con la vida aunque fuera un rato.

Siempre me pasa lo mismo con la Güera, con ella y con lo que sale de ella, con su libro de poemas para hablar de lo que hoy nos reúne. No sé si por destino, por equivocación o por naturaleza pertenezco al mayoritario grupo de mujeres que miran a los hombres como un premio, que los gozan y los padecen de esta manera inevitable y desigual que la Roffiel lamenta en el primer poema de su libro, pero sí sé que también por naturaleza me gus-

* Angeles Mastreta en la presentanción del libro *corramos libres ahora* de Rosa María Roffiel.

tan las mujeres y también por equivocación y por destino aprendí a no decirlo.

A las mujeres nos educan para rivalizar, para no tener tiempo de mirarnos, para querernos poco, para oírnos menos, para contarnos nunca. Y deshacer ese entuerto cuesta trabajo, pero de pocos trabajos sale uno tan bien pagado. Creo, que entre otros aciertos, el libro de la Güera ayudará a encontrar el valor que ella suelta cuando dice por ejemplo: "mi cuerpo al que amo por sobre todas las cosas".

Las mujeres tenemos fama de habladoras, de narcisistas, de fodongas, Chismeamos por teléfono, nos reunimos en salones de belleza en lugar de en cantinas, nos ponemos a dieta y otra serie de barbaridades pero todas éstas son sólo maneras vistosas, aunque poco eficaces de lo que debería ser realmente el gusto por nosotras, nuestas historias, nuestros cuerpos.

Hay en el libro de Rosa María una constante búsqueda de esto que deberíamos ser: seres humanos que se gustan, que no tienen miedo, que se cuidan, se miman, se entregan, se cuentan sin reticencias.

"Mi vulva es una flor, un higo" —dice la Güera— y lo primero que yo siento es que *vulva* es una palabra fea. No me gusta, ¿Por qué no usó mi cococho, mi triángulo, mi... algo menos? ¿Menos qué? —me pregunto— Menos *claro,* Acéptalo Mastretta, lo que te molestó fue la claridad. Vulva es una palabra tan poco sonora como nalga, tan precisa y transparente y sonora como nalga. Lo que pasa es que tú siempre dijiste pompas y panocha y cosas menos ciertas. Pero tiene razón la Güera, ese lugar suave íntimo y carnoso por el que tantas maravillas nos pasan, se llama *vulva* y su nombre preciso tiene derecho a la poesía. Vulva, mi vulva, qué bonita palabra: *vulva*.

La Güera se apiada de las mujeres que se desgarran, se encierran. Se conduele de sí y de nosotras, se alegra de nosotras esdrújulas sin brújula, intrépidas, impúdicas, mágicas, y de sí lésbica, lunática, magnífica. Porque a ella no le salen las mentiras y como además de los hombres le gustan las mujeres —copas repletas, goces continuos, lunas— entonces lo dice y es cachondísima:

"Tu piel está hecha para depositar secretos / tu entrepierna para buscarlos.

Se entrega: La tarde se acaba/ Nos derrota este amor. *Claudica:* y se me olvidó enseguida que ya te había olvidado. *Se rebela:* Yo puedo todo menos eso, todo menos sentarme a esperar junto al teléfono.

Me dijo hace unas tardes: tengo miedo, es la primera vez que una mujer va a publicar poemas de amor a otras mujeres. Y yo que no le dije nada entonces le digo ahora que no hay motivos para el miedo, que yo nunca me he enamorado de una mujer, al menos no en los términos en que uno cree que se enamora, pero que no estoy dispuesta a asegurar que no lo haría. Uno tiene que estar listo para el amor venga de donde venga, y eso es precisamente lo que hace Rosa María. ¿Qué puede tener de escandaloso, de censurable lo que escribe la Güera?

Así como uno tantas veces quisiera tener una esposa, alguien dispuesto a ir al mercado, freir el jitomate, cuidar a los niños y sonreir, así quisiera uno encontrar un amante como Rosa María, cuando lee la dulzura, el éxtasis con el que quiere: Me llenaré de sol en el verano de tu vientre/ te regalaré un caracol entero/ aunque no sea a mí a quien deseas.

Un amante con la lengua de cometa, de pájaro, de barco. Un amante con la mano atrevida y risueña, con la mano sin flojera que a veces tienen las manos de los hombres.

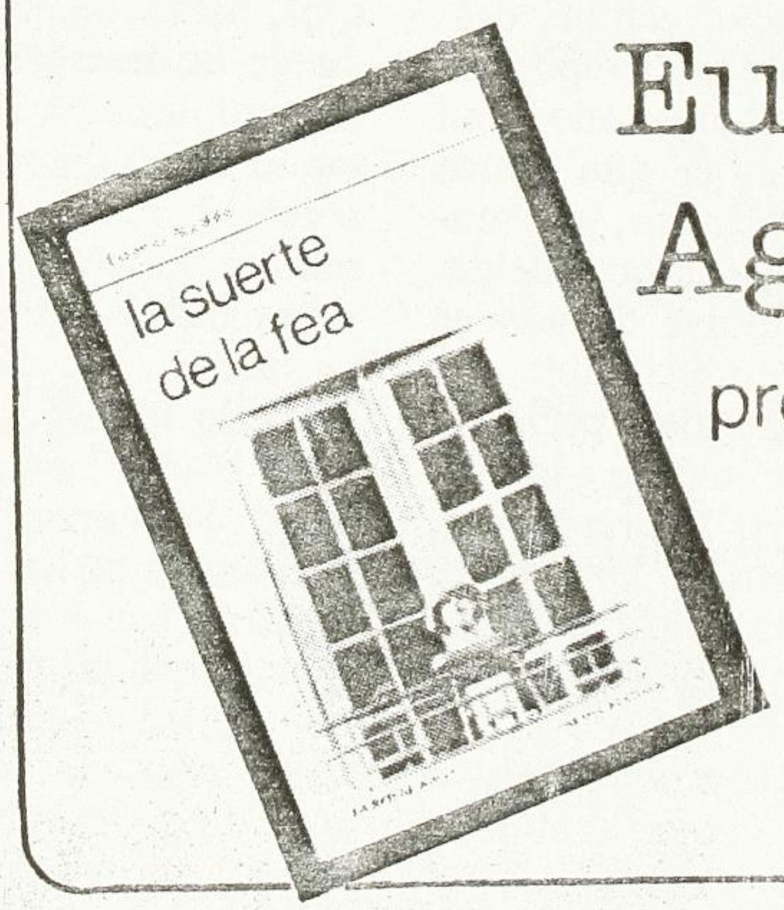
Hay otra cosa notable en los poemas de la Güera: el sentido del humor. No es frecuente, menos aún entre quienes escriben de amores y formas de amar que suponen excepcionales. Están siempre tan tristes o tan en el do de pecho de su marginalidad que se alejan de los lectores que por azares del destino no entienden el amor homosexual, para llamarlo de alguna manera. Rosa María se burla de sus ganas, de su rabia, de su nostalgia, de sí toda:

"Me pregunto
¿deveras será cuestión de tiempo?
Me contesto:
Sí, seguro que en un siglo..."

Es la Rosa María de siempre, con una golondrina inquieta entre los muslos, con una piel que quiere vivir por su cuenta, con una cabeza que siente, con un deseo, idéntico al de todos nosotros, de que alguien venga y le borre hasta el último rastro de ganas.

Qué loca está la Güera, qué radicalmente cuerda es la Güera. No queda más remedio; hay que darle las gracias otra vez, como siempre que se cruza por nuestra vida con su sangre verde y su interminable y revoltosa paz. Gracias Güera, gracias por los versos que escribes y por los que contagias y acompañas.

La suerte de la fea



Eugenio Aguirre

premià

Noé Jitrik

Lo que se dice y lo que se soslaya en "LA HISTORIA OFICIAL"*

El telón de fondo, no demasiado oculto, de la película *La Historia oficial* que, por una suerte debida sin duda al Oscar que obtuvo, fue proyectada en México, es el sistema represivo que se instauró en la Argentina desde 1974 hasta 1983 en uno de sus aspectos más tenebrosos, el de secuestro de niños, hijos de prisioneros políticos, y su posterior entrega a familias "bien" de la Argentina o de otros países.

Sería demasiado complicado describir en qué consistió tal sistema; baste decir que, por lo general, la dictadura militar procedía con sus enemigos políticos ilegalmente, secuestrados y detenidos en campos clandestinos, en los que los sometía a la tortura y, en muchos casos, los ejecutaba después; los cuerpos, a su turno, arrojados al Río de la Plata o enterrados en fosas comunes, figuran como desaparecidos: quien quiera enterarse de esto puede consultar *Nunca más,* publicado en Argentina en 1984, luego de investigaciones que, sin ser totalmente exhaustivas, dan cuenta de un horror sin nombre. "Desaparecer" para no dejar pruebas tenía su correlato en la estructura móvil de los campos mismos, "desaparecidos" para dificultar la investigación y disminuir las posibilidades de justicia y de castigo. En esa estructura, muchos niños pequeños que habían sido "chupados" junto con sus padres, además de los nacidos en cautiverio, eran a su vez secuestrados y, a continuación, entregados mediante tortuosas maniobras legales a otras familias, en algunos casos parientes de torturadores o de militares o, en la mejor de las hipótesis, a personas dispuestas a adoptar un niño por otro tipo de razones.

Se puede hacer una doble lectura de este procedimiento: por un lado, despojar a las madres presas de sus niños, sin entregarlos a sus abuelos o hermanos u otros familiares —lo cual habría implicado reconocer la situación de ilegalidad en que retenían a los padres— se funda en una especie de condena biológica: un guerrillero, o una guerrillera, es un ser depravado y enfermo que le puede haber transmitido a su fruto la semilla del mismo mal que los militares se habían hecho un deber de extirpar; entregarlo a la familia de la que procede sería perpetuar el mal; por el otro hacer que se críe en el seno de una familia "decente' es salvar a esas criaturas que, en esas condiciones, pueden recuperar su inocencia. Del rigor positivista y racista a la melcocha de los buenos sentimientos cristianos, esos grupos sociales lograron encubrir lo siniestro de su idea de las cosas y de los seres humanos en lo repugnante del bienestar pequeño burgués como condición para una redención beata de una sociedad afectada por el terrorismo.

Casi simultáneamente, y como demostración de que existía todavía en la Argentina la salud mental, las madres y abuelas de los desaparecidos tomaron conciencia del problema e iniciaron vastas campañas de denuncia y recuperación; como en las situaciones de catástrofe, espíritus lúcidos (y que no perdieron la cabeza) pensaron en esos niños e hicieron lo indecible

---

* *La Historia oficial* Guión de Aída Bortnik y de Luis Puenzo, quien es también su director. Actores: Norma Aleandro (premio a la mejor actriz en el Festival de Cannes, 1985), Héctor Alterio, Chunchuna Villafañe, María Luisa Robledo, entre otros. La película recibió un Oscar a comienzos de 1986.

para hallarlos y recuperarlos, en el uso de un derecho legítimo e irrecusable que sólo la bestialidad de la dictadura y la estupidez de sus cómplices civiles podía ignorar. En algunos casos lo lograron, en otros —la mayoría— aún no, pero, a tres años de terminación de la dictadura, la madres y abuelas prosiguen infatigablemente una labor que cada día se hace más complicada pues los niños recuperados son el espacio de un drama traumático impresionante: problemas de identidad, problemas de pertenencia y, con el paso del tiempo, problemas de valores, de educación, el imponente conflicto —para los que finalmente se enteran de quiénes son—, de asumir, junto con su identidad, la historia familiar, la vida y la muerte de sus padres, a veces a manos de aquellos que los vistieron, alimentaron y educaron durante años.

Nada menos que este "trozo de vida" asumen los autores del filme en el que son representados algunos de estos aspectos centrales; otros están ausentes. La ausencia más notable, me parece, reside en lo histórico —paradójicamente— propiamente dicho: el drama no parece tener origen; según la película las cosas ocurrieron y son sus consecuencias las que organizan el relato, con los rasgos de complejidad y contradicción que residen en el tema mismo pero no los que podrían surgir de un análisis global.

Pero, no obstante, hay que destacar en primer lugar como un valor lo que se podría designar como el proceso de gradual toma de conciencia de una verdad horrible: una mujer, que inicialmente pertenece al universo de la mentira blanda de esa burguesía argentina "que no quiere saber", va dejando penetrar mensajes y señales, como se dice en semiología, hasta que llega a la verdad total; ese proceso dignifica a esa mujer y constituye un modelo de interpretación que tiene que ver con los alcances del "feminismo", cosa que muchos quieren ver como un simple y molesto ruido reivindicativo: lo más entrañable de lo que puede ser una "manera de ver" femenina es lo más afectado por la represión en todas sus formas y es una mujer la que lo comprende y, por añadidura, lleva tal comprensión hasta sus últimas consecuencias que consisten, justamente, en abandonar y condenar ese universo pequeño burgués al que parecía condenada en primera instancia, sin saberlo, placentera e ignorantemente.

Ese acierto paga su precio: si se trata de mostrar el proceso de conciencia de una manera verosímil, haciéndose cargo de los lenguajes propios de ese medio social, a causa de esa verosimilitud la idea se melodramatiza, se convierte en la "angustia de una madre" y la "angustia de una abuela", contrapuestas y, de manera muy extraña, melodramáticamente complementadas e integradas; además, la representación de lenguajes y ambientes veda la aparición de lenguajes más críticos mediante los cuales se pueda "decir" algo más sobre el fundamento y el desarrollo de esta situación; y si, en principio, los discursos intelectuales pueden ser contraproducentes para cierta concepción cinematográfica, dada la importancia de ciertos temas no hay más remedio que asumirlos, pero aquí se crean las condiciones para que no suceda. Es difícil dar relieve a un discurso ramplón cuyo peso es tan grande que tiene consecuencias sobre la nitidez de los términos realmente dramáticos; así, y quizás porque en ese esquema de verosimilitud de ambientes burgueses ser comprensibles y no crearle problemas al público es un prejuicio muy consistente, el hecho de que los padres hayan sido realmente guerrilleros es soslayado. No se sabe por qué fueron secuestrados y muertos, no hay la menor posibilidad de pensar acerca de lo que hicieron y si hicieron bien o mal desde las perspectivas y posibilidades de análisis del público. El melodrama, como se ve, reduce las angustias sólo con omitir información o con entregar la interpretación sobre la "historia oficial" mastificada y digerida en función de esquemas globales que tienen, a su turno, un alcance político muy preciso. En efecto, y también mediante una única alusión, pareciera que la película se rige por la tesis de los "dos terrorismos", —también llamada de los "dos demonios"—, tesis tranquilizante que evita plantearse los problemas particulares y concretos del nacimiento y desarrollo y/o racionalidad de los movimientos guerrilleros, así como su fracaso, y del nacimiento y desarrollo del aparato represivo.

De ninguna manera quiero decir que esta obra me parece negativa; al contrario, tiene el valor del tema que recoge y muchos aspectos de su planteamiento son rigurosos y profundos: nada es tan difícil como decir en voz alta "esto pasó y aquí lo ponemos para que ustedes consideren qué hicieron, cómo ocultaron", y la película lo dice; lo que creo, y valoro grandemente, es que constituye algo así como una primera e inicial moción en un debate que apenas se está iniciando y que muchos en la Argentina tienen interés en cegar. Yo desearía, en cambio, que nuevas películas y libros vayan todavía más adentro de un periodo que es como una pesadilla. Y si antes se recomendaba olvidar o anular las pesadillas, después de tanto dolor hay que desear que se llegue más al fondo, a la raíz del dolor de modo que la pesadilla nos explique y nos aclare y así podamos seguir viviendo.